

CARLOS A. VALDERRAMA
Y JOSÉ ANTONIO CAICEDO ORTIZ

COMPILADORES

ANTOLOGÍA

DE ESCRITOS AFROCOLOMBIANOS

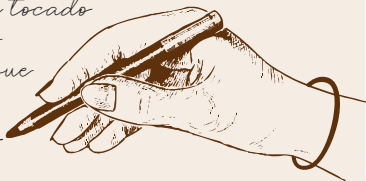
*...entonces me dije que era el
mensajero del viento y de mis
ancestros, fue así como empecé
a escribir este poema que
era un sueño obsesivo*



Jorge Artel

*A nosotros nos ha tocado
leer lo de los demás y es
momento de leerlos para que
otros nos lean*

Mary Grueso



FERIA INTERNACIONAL
del LIBRO de CALI 2020



GEUP

GRUPO DE EDITORIALES
UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO

Colección:
En memoria de Juan Camilo Sierra Restrepo



Editorial
Universidad
Icesi





GEUP

GRUPO DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO



ANTOLOGÍA DE ESCRITOS AFROCOLOMBIANOS

Compiladores:
**Carlos A. Valderrama y
José Antonio Caicedo Ortiz**



FERIA INTERNACIONAL
LIBROeCALI20

Antología de Escritos Afrocolombianos / Manuel Zapata Olivella [y otros];
compiladores Carlos A. Valderrama y José Antonio Caicedo Ortíz - 1a
ed. -- Cali : Escuela Militar de Aviación "Marco Fidel Suárez" (EMAVI)
: Universidad Autónoma de Occidente : Universidad Icesi, 2020.

168 páginas ; 21 cm.

Incluye índice de contenido.

ISBN: 978-958-5590-41-0 (PDF).

1. Intelectuales negras y negros 2. Escritores (colombianos) 3.
Diáspora 4. Afrodescendientes - Colombia 5. Autores (Colombia).

I. Zapata Olivella, Manuel, 1920-2004, autor. II. Valderrama, Carlos
A., compilador. III. Caicedo Ortiz, José Antonio, compilador.

301.45196 cd 21 ed.

Catalogación en la fuente - Universidad Icesi

Antología de Escritos Afrocolombianos

© Derecho reservado para los autores

Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico (GEUP)

Gestión editorial

Escuela Militar de Aviación "Marco Fidel Suárez" (EMAVI).

Universidad Autónoma de Occidente.

Universidad Icesi.

Diseño de colección

Universidad de San Buenaventura Cali.

Transcripción y corrección de estilo

GS Communications.

Diseño de carátula, diagramación y maquetación

Johanna Trochez - Ladelasvioletas.

ISBN: 978-958-5590-41-0 (PDF)

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio
reprográfico, sin la autorización escrita de los editores y de los propietarios
del *copyright*. Los textos en esta publicación fueron proporcionadas por los
compiladores, por lo que declaran tener la autorización para otorgar su uso.

Primer edición, octubre de 2020

Edición especial para la Feria Internacional del Libro de Cali de 2020

AGRADECIMIENTOS



Agradecemos infinitamente a las organizaciones sociales afrocolombianas por compartir sus archivos y trabajos escritos. A la intelectualidad afrocolombiana por inspirarnos en la tarea de continuar sus luchas a mano alzada. Agradecemos a Eduardo Díaz Saldaña por compartimos algunos documentos escritos de su padre, Natanael Díaz. A Juan de Dios Mosquera, líder del Movimiento Cimarrón, cuya generosidad nos permitió acceder a los archivos de la organización. A los editores universitarios Jennifer García, José Julián Serrano y, especialmente, a Adolfo A. Abadía por el apoyo para que esta antología de escritos afrocolombianos pudiera ser publicada.

CONTENIDO



7 Agradecimientos

11 Presentación

IDENTIDAD, ESCRITURA Y NEGRITUD

19 Manifiesto negro

21 Identidad del negro

29 Arte y cultura. El aporte del negro a la cultura universal

MOVIMIENTO SOCIAL Y CULTURA NEGRA EN COLOMBIA

35 Razón de ser del movimiento de cultura negra

43 Movimiento

47 Todos somos negros

51 Carta-manifiesto del Movimiento de Cimarrón

CRÍTICA LITERARIA Y OTROS ENSAYOS

57 La negredumbre en García Márquez

65 La esclavitud en la “María” de Jorge Isaacs

83 Batalla con la luz

RACISMO ACADÉMICO Y PROBLEMÁTICAS EN EL PACÍFICO

93 Los estudiantes y el prejuicio racial

105 ¿Qué impide el progreso del chocó?

113 Los problemas de Buenaventura y
el Departamento del Valle

FOLCLOR COMO POLÍTICA DE LA IDENTIDAD NEGRA

119 ¿Qué sabemos de los negros en Colombia?

125 Notas sobre el folklore chocoano

133 Tres trabajos inéditos del maestro Teófilo Potes

143 La cumbia. Síntesis musical de la nación colombiana

163 Sobre los compiladores

PRESENTACIÓN

Tradición escrita del pensamiento crítico afrocolombiano

POF CARLOS A. VALDERRAMA Y JOSE ANTONIO CAICEDO



En Colombia, las “primeras huellas” sobre un archivo escrito de la intelectualidad afrocolombiana se remontan a los textos de Luis Antonio “El Negro” Robles y del poeta momposino Candelario Obeso, quienes a finales del siglo XIX dejaron algunos testimonios en defensa de la raza y las culturas criollas de ascendencia africana. Desde el parlamento y la poesía respectivamente, sus escritos aparecen como la expresión pionera del “político y del poeta negro”, producto más de la heteropresentación colonial que de su propia autoafirmación. Sin embargo, apropiaron algunos trazos de su escritura como un acto de denuncia y condena sobre las manifestaciones de racismo experimentadas por ellos.

Desde entonces, y especialmente en el siglo XX, han emergido figuras trascendentales como Diego Luis Córdoba, Natanael Díaz, Marino Viveros, Jorge Artel, Manuel Zapata Olivella, Miguel A. Caicedo, Juan Zapata Olivella, Helcías Martán Góngora, Teresa Martínez de Varela, Carlos Arturo Truque, Oscar Collazos, Mary Grueso y Alfredo Vanín, quienes han contribuido en la formación de una tradición escrita afrocolombiana (Caicedo, 2013), que con su mano alzada han denunciado

las injusticias sociales, el racismo y las desigualdades económicas vividas por sus paisanos y co-raciales en el país.

Otros como Rogerio Velásquez, Arnoldo Palacios, Miguel A. Caicedo, Sofonías Yacúp empuñaron sus plumas contra los vejámenes heredados del colonialismo y la esclavitud del siglo XIX y las políticas de exterminio económico y militar impuestas por las elites criollas y mestizas, que en el siglo XX han empobrecido las geografías y a las poblaciones de la diáspora africana en Colombia.

Estos pensadores, líderes y escritores oriundos de las costas, los valles interandinos y ciudades intermedias se transformaron en la voz pública del “pueblo negro” como lo señalaba en su momento Amir Smith Córdoba, ejerciendo un protagonismo nacional desde distintos roles; ya fuera como políticos partidistas, gestores culturales, investigadores, pero especialmente como humanistas que forjaron la primera etapa por la inclusión de la “cultura negra” en diversos ámbitos de la vida nacional como expresión de una militancia letrada (Caicedo, 2017) y orgánica.

En los comienzos del siglo XXI, la estela de la producción epistémica afrocolombiana se ha ampliado producto de la aparición de investigadores e investigadoras que desde la academia y las organizaciones dan continuidad al proyecto intelectual acorde a los nuevos tiempos. De ahí que este breve recorrido hace posible hablar de una memoria escrita, que a pesar de su invaluable aporte, no ha sido tan visible dentro del amplio y variado legado de la afrodiáspora a la construcción de la nacionalidad. En este sentido, nuestros propios trabajos buscan sacar del anonimato la tradición escrita de la intelectualidad afrodiaspórica (Caicedo, 2013) y del pensamiento crítico afrocolombiano (Valderrama, 2018).¹

Parte de nuestra labor es contribuir a la visibilización de esta memoria intelectual, siendo conscientes del reto que implica, dado

1 Ver también, Arboleda (2016); García (2016); Caicedo, Valderrama y Valencia (2020).

que todavía hay una diversidad de hombres y mujeres que no han sido reconocidas ni valoradas en el pensamiento social colombiano en general, ni en los estudios de la diáspora afrocolombiana en particular. Por eso vemos la necesidad de recabar en los archivos dispersos del testimonio escritural para completar el rompecabezas de la trama intelectual negra, e incluir otras voces que no han sido visibles, pero que han dejado sus puntos de vista con relación a las problemáticas de las “culturas negras”. Estamos convencidos que estas personalidades desconocidas también deben ser valoradas en su justa dimensión para una comprensión más integral y genuina sobre la configuración de la tradición intelectual afrocolombiana.

Con esta antología de *escritos afrocolombianos* buscamos la multiplicidad de voces que desde distintas posiciones, espacios y temporalidades han plasmado sus visiones de mundo sobre las experiencias más sentidas de los y las descendientes de la diáspora en nuestro país, sin desconocer a las figuras pioneras. Los escritos que presentamos aquí fueron obtenidos durante nuestros trabajos de campo en los últimos años. Son archivos cedidos por organizaciones sociales como Cimarrón, y la generosidad de figuras destacadas como Eduardo Díaz Saldaña. Otros los desempolvamos de revistas como *Cromos*, *Revista Colombiana de Folclore* y la *Revista de la Universidad de Antioquia*; y periódicos como *El Tiempo* y *El País*, la mayoría publicados en los años 50, 60, 70 y 80s. En este sentido, el lector encontrará escritos de autores celebres y de otros no tan renombrados, dada la poca circulación de sus trabajos, pero que revelan trazos de la tradición escrita del pensamiento crítico afrocolombiano: aquel definido por su proyecto antirracista en todas sus dimensiones.

La antología se encuentra dividida en cinco secciones. El primero denominado *Identidad, Escritura y Negritud*. Aquí se presentan escritos de Marco Realpe Borja, Amir Smith Córdoba y Carlos Calderón, los cuales plantean miradas críticas sobre la identidad y la cultura negra/ afrocolombiana. La segunda sección, *Movimientos Social y Cultura Ne-*

gra, incluye escritos de Rosa Amelia Uribe, Amir Smith Córdoba, Leida Viveros Vigoya y del Movimiento Cimarrón. Estos textos reflexionan sobre el movimiento social afrocolombiano, sus agendas políticas y culturales anti-racistas. En la tercera sección, *Crítica Literaria y Otros Ensayos*, consignamos escritos de Manuel Zapata Olivella, Rogerio Velásquez Murillo y Natanael Díaz, quienes proponen categorías identitarias (*la negredumbre*), que desde un revisionismo crítico cuestionan las representaciones afrodescendientes en novelas costumbristas (La María) o desarrollan ensayos que reflejan la virtualidad de la prosa literaria. La cuarta sección, *Racismo Académico y Problemáticas en el Pacífico*, contiene los escritos de Libardo Córdoba Rentería, Ramón Mosquera Rivas y Natanael Díaz. El primero es un capítulo de la tesis monográfica del autor, quien nos muestra la manera como jóvenes del “Bloque Uganda” de la Universidad del Valle, vivieron y entendieron el racismo universitario. Los otros dos escritos nos comparten una mirada sobre las problemáticas sociales y raciales que viven los territorios del Pacífico colombiano. Finalmente, la quinta sección, *Folclor como Política de la Identidad Negra*, ofrece escritos de Manuel Zapata Olivella, Rogerio Velásquez Murillo, Teófilo Potes y Delia Zapata Olivella como reflejo de la política del folclore negro (Valderrama 2016).

En definitiva, esta compilación la entendemos como parte de la labor y el compromiso como estudiosos y sujetos de la diáspora afrocolombiana. Es parte de nuestra contribución para hacer cada vez más visibles las voces de los y las pensadoras de nuestra tradición escrita. Esperamos que la comunidad académica y la comunidad afrocolombiana encuentren en este compendio un soporte para sus trabajos investigativos, organizativos y sobre todo, para la militancia antirracista en todas sus formas.

Bibliografía

Arboleda, S.

- 2016 *Le han florecido nuevas estrellas al cielo. Suficiencias íntimas y clandestinización del pensamiento afrocolombiano*. Cali: Poemia.

Caicedo, J.

2013 *A mano alzada... memoria escrita de la diáspora intelectual afrocolombiana*. Popayán: Sentipensar.

2017 Escritura y diáspora afrocolombiana: militancia letrada de la raza. *Revue D'Etudes Décoloniales* (2).

Caicedo Ortiz, J. Valderrama Rentería, C. y Valencia-Angulo, L.

2020 Trayectorias políticas e Intelectuales Afrocolombianas: Perspectivas y metodologías para su estudio (Editores). *Revista CS* (30): 11-16.

García-Rincón, J.

2016 *Por fuera de la casa del amo: insumisión epistémica o cimarronismo intelectual en el pensamiento educativo afrocolombiano siglo XX*. Pasto Universidad de Nariño.

Valderrama, C.

2016 Intelectualidad crítica afrocolombiana: la negredumbre en el pensamiento intelectual de Rogerio Velásquez Murillo. *Nómadas* (45):215-227.

2018 El arte literario y la construcción oral del territorio. Pensamiento crítico afrocolombiano. *Revista Colombiana de Antropología* (54): 93-117.

IDENTIDAD, ESCRITURA
Y NEGRITUD

MANIFIESTO NEGRO*

Por MARCO REALPE BORJA



La gran Cultura Blanca, ha muerto. Pero antes de morir con grandes estertores se despide la gran ballena, monstruosa, alienante, feroz. El espectador que hay en nosotros, así mismo asiste al funeral de lo Negro que le ha prestado su concurso y perdido con ello, identidad. La que dijo, pues, ser única en el mundo y se impuso con soberbia, sucumbe sin auxilio.

La conocí ya tullida, cuando no había ya nada de sus ruinas al final del banquete. Sin poder hacer nada por sus adeptos, lo único que salvo de este naufragio es el mantel de Negro, que también -repito- ha estado a punto de perder su identidad al ser devorado por ella. Reconozco que, abrazado a sus pies yo fui su esclavo igual que mis antepasados y la inmensa mayoría de mis contemporáneos. Pero en la misma medida que la conocí medía sus antros y me fui despidiendo sin saberlo. Muchos la ven, pero no la conocen todavía, porque viven de su comercio vil, aunque no tan “poderosos” sino como mendigos, quizá como nunca lo ha sido hombre ni raza en el espacio. Su pestilencia aún no se extingue, sino que temerosa de ser descubierta se vale de artilugios con el fastuoso disfraz de la Democracia se viste; busca luego refugio en el corazón del hombre y sale a las plazas vestida de

* Tomado de Marco Realpe Borja (s.f.). Manifiesto negro. *Revista Negritud: Órgano del Centro para la investigación de la Cultura Negra / Movimiento de Cultura Negra*, No. 1.

oropeles. Por eso tiene también tantos adeptos, quienes, encandilados por el fuego fatuo de sus palabras, no se resisten a ser tentados de caer en su vórtice. Pero si aún nos levantamos; si aún no hemos caído; si denunciarnos la servidumbre a que nos tienen sometidos, es porque ahora nos hemos decidido por el Arte Negro, que no es arte de esclavos sino arte nacido de lo auténtico fresco, del hervor de nuestra sangre sin fronteras. Oídme vosotros, adoradores de lo falso: atreveos a cruzar a la otra orilla, vosotros que nunca os atrevéis, fuera de vuestro amado sometimiento, a nada. Aventurad no solo el tímido pie sino también el cuerpo y vuestra mente cerrada, para que os abráis al agua pura en este bello océano negro. Veréis entonces los frutos que atesora mi raza y compadezcamos la pobre humanidad, su porvenir incierto, sin el auxilio que le falta y con el solo derrumbe de sus pilares y el cáncer que roe sus entrañas, llenos de horror y espanto vemos cada minuto cómo crecen sus montañas de iniquidad y oprobio, con la incertidumbre del niño y la desesperanza del anciano, demolido todo como entre las aspas de un confuso molino, permanecemos atónitos, en medio del combate de los dos rivales blancos, que ya no se sabe a dónde ir ni a dónde volver los ojos...! Sol negrísimo: descúbrenos tu blancura de hueso, el milagroso rayo que ha de encender al mundo malo, amalgamado y levantado por las manos del blanco, y ahora envilecido por su codicia, su ambición y su odio. Dobleemos, pues, esta doliente hoja y extendamos sobre las lepras del mundo el manto que yo anuncio, como única esperanza la liberación a través de lo negro y en todas sus proféticas formas. Sobre los cristos rotos del espíritu, abríos a la visión de un mundo, en una distancia germinación ovárica de la carne, que me infunde persuadiros a torcerle el cuello a la bella. Desdémona, el arte puro de la cultura blanca, hidra, odiosa y condenada a morir por los virtuosos de la palabra.

Un mundo Nuevo se avecina: el Nuevo Mundo de la bella Negritud, Y yo me decido por el arte libre: el Arte Negro.

IDENTIDAD DEL NEGRO*

Por AMIR SMITH CÓRDOBA



*“Si la cultura es
la manifestación de a
conciencia nacional...
la conciencia
nacional es la forma
más elaborada de la
cultura”. F. Fanon.*

Los pueblos como tal son dueños de una realidad que, gracias a condiciones inherentes, necesita ser sometida a cuidadosos estudios que puedan, de una y otra forma, mostrar que de acuerdo con los patrones que coadyuvan, debe ser cuestionada, no con parámetros empíricamente importados, sino en concordancia con la realidad científicamente estudiada. Ello no quiere decir que entre lo cuestionado y lo cuestionable, dejen de haber principios generales que, de mayor a menor grado, contribuyan, tanto para el uno como para el otro, a hacer cada vez más viable y vital, la predisposición objetiva que alimenta la búsqueda en la vida de los pueblos.

Cultura Negra es el resultante del carácter desenvolviente de un pueblo, es lo que histórico-geográficamente le da vigor a un presente

* Tomado de Amir Smith Córdoba (1978). Identidad del negro. *Revista Negritud: Órgano del Centro para la investigación de la Cultura Negra / Movimiento de Cultura Negra*, No. 3.

creciente, es el aporte negro en la construcción de la identidad que vive, la encargada de mostrarlo como dueño de una herencia cultural, la que por transculturación en unos casos, la desculturación y la endo-culturación en no menos cantidad, ha forjado el alud empobrecedor de rasgos cuali-cuantitativos que hoy, en nuestra tarea reivindicadora, están llamadas a jugar un papel importante y determinante si se quiere para una sociedad que reclama un nuevo y más adecuado tratamiento.

No disputamos ni defendemos el derecho de ser hombre: nos planteamos el derecho de ser hombre; nos planteamos el derecho de ser persona civilmente encontrada, sin peros y son los mismos derechos de cualquier otro ciudadano. No pedimos permiso para que se nos acepte o se nos tolere, pues es a nosotros a los que nos toca promediar la clase de relación que nos conviene y la que más se ajusta a nuestra actual situación; porque “aunque te den el pán”, —como dice Nicolás Guillen— el pán es poco ¡y al menos el pán de puerta en puerta”. El encuentro con nosotros mismos, debe vislumbrarse consciente y consecuentemente de acuerdo con los objetivos que propugnamos, es hacerle un alto a la des-personificación congénita que nos han impuesto, es a partir de nosotros mismos con el orgullo vitalizador de un hombre, de una “raza” y de una cultura, es aceparnos tal cual somos,... pero “a un hombre” —anota Aimé Césaire— al que se le ha enseñado, no solo a no tener la imagen y semejanza de Dios, sino la del Diablo”, es lógico que se rechace; precisamente, es ese rechazo de sí mismo lo que atosiga e incómoda al negro, y es apenas explicable, ningún negro quiere ser blanco. Y menos mal que han ido fracasando todas aquellas fórmulas que han buscado y siguen buscando, de una u otra forma, blanquear al negro...

Que el negro se sienta atraído por patrones y comportamientos superfluos que ha plasmado en él la cultura occidental, no es raro porque es lo que se le ha enseñado; es culto y dueño de buenos modales si se comporta como blanco, ¿y quién puede decirme de verdad cómo ha sido y sigue siendo el comportamiento blanco?... Ahora; si un negro es consecuente y es capaz de reclamar con cierto grado severo y consciente

de sus derechos, es impertinente, pero lo hace otro (no negro) y es un verraco. Sí es que comportarse como negro es ser: “grosero”, “insolente”, “patán”, etc.; no es gratuito cuando se dice, por ejemplo: “tenía que ser costeño para embarrarla”, lo que equivale a decir, tenía que ser negro... El acondicionamiento ha sido tan magistral que cualquiera por miope que sea lo percibe en una sociedad tan hipócritamente falseada como la nuestra, donde se estimula la seudomorfosis que ampara la pigmentocracia, con lo que se sigue fomentando la opción de convertir al negro en el peor enemigo del mismo negro; un juego degradante y obstinado al que se siguen presentando dirigentes consagrados por la mediocridad y la insensatez.

El negro no sólo es tambor, canto, música, deporte, danza y movimientos acelerados por la euforia cadencial de sus ritmos; no en todo ello muestra mucho de todo aquello que no le ha sido posible expresar de otra manera.

Cobremos la confianza perdida en nosotros. Aprendamos a tener fe en nosotros mismos, clamaba con insistencia M. Garvey. No somos África, pero nos encontramos primento-grográficamente respaldados por una cantidad de habitantes que hacen posible pensar en el concepto de Negritud como bandera étnica inicial en el logro de nuestros objetivos, de allí la importancia de crear nacionalmente las condiciones apropiadas, no para que el negro baile, ya que sabido es que el negro baila y muy bien: lo que queremos en el mejor de los casos es no quedarnos bailando. Nos escudamos, no en el buen trato que se “merece” un artista o un deportista; si a ese nivel somos huevas personas para todo el mundo porque con ellos circunscribimos lo que el blanco quiere seguir viendo en nosotros, lo pararemos en la raya y le diremos que no. Vamos por la oportunidad que nos han negado:

“...pero...

Por qué carajo... si estudio

Me llaman necio

Si aprendo me llaman a su continuidad,

Si sé
Ya no hay espacio para mi conocimiento,
Si insisto me llaman a sus casas
Buscando en mi la colaboración que no desean
Y prolongándome en su prolongación me neutralizan...

(Del libro "Perfil de mis Palabras en una Esperanza Negra")

Cuando el negro se comprehensa a sí misma y conciba el mundo de una manera diferente a como se lo han mostrado, hará nacer la esperanza negra en sus anhelos frustrados, ello es sencillamente, imponerle una tarea regresiva al universo racista... , es marcarle un límite a la esperanza postergada, la obnubilada y envilecida por los preconceptuales patrones desnaturalizadores de occidente. Pero llegar el sosiego y nuestra causa se hará común porque "sin conocernos —como apunta Nicolás Guillén— nos conoceremos en los ojos cargados de sueño y hasta en los insultos como piedra que nos escupen cada día los cuadrumanos de la tinta y el papel. "Somos dueños de una manera de ser y de sentir, de una forma propia de percibir las cosas, lo que vitaliza la razón de ser de un comportamiento. No es imitarlos lo que nos seduce, es que no vamos a darles la satisfacción de que comenten complacidos el "milagro" que ha logrado hacer de nosotros; no tendrían el gusto de ufanarse porque han sido descubiertos por ese negro rebelde que ha conocido la afrenta en su orgullo de "raza" y de hombre. Como lo hace ver Jan Christian Smuts: "La antigua África ha concluido y las razas blancas tienen que afrontar la nueva situación que ellas mismas han creado". Es sin duda muy severo Pinercole Musini en su obra "Catanga, Pie de Fuego", dedicada a Ignacio Gunzambambe, cuando sostiene: "El temor que te atenaza en este momento angustioso te viene del peso de una tragedia que tú has querido, inventando el mito de tu prestigio, de tu privilegio, de tu supernaturaleza, ahora tú no eres legendario para esa gente que ha descubierto que es igual que tú..." Tratar de seguir difamando hoy al negro, es no comprender

su cultura y por ende no conocer su historia, así lo daba a entender un antillano inspirado en Montesquieu en 1721: “¿Por qué quieren que yo trabaje para una sociedad a la que yo no quiero pertenecer? (algo más, que está contra mí) ¿Por qué se quiere que yo defienda, a pesar de mí mismo, una organización que se hizo sin contar conmigo?” Asistimos al final de una tragicomedia, es el desmonte de un mito creado por la supremacía cultural y de raza que quiso inmortalizar occidente. El negro ha dicho basta ya de razones superiores empeñadas en seguir mancillando nuestra personalidad. Nuestra identidad cuenta con sobrada razón en la vida de estos pueblos. ¡Estamos de pie y no vamos a agachar la cabeza!

La negritud como bandera

“Mi apellido: ofendido;
mi nombre: humillado,
mi estado civil: la rebeldía;
mi edad: la edad de piedra”.

(Así nos lo ha pintado Aimé Césaire,
actual alcalde de Martinique)

Toda cultura tiene un valor implícito que las hace valer por sí misma, allí radica su grado identificable, lo que las hace necesariamente dueñas de patrones particulares e inalienables. Precisamente, es este principio el que le da interactivamente, la capacidad de enriquecer y ser enriquecidas por otras. “Donde no se conserva piadosamente la herencia del pasado —decía Menéndez y Pelayo— pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea...”

Solo en la medida en que logre refrendar mi historia que es la historia del hombre y de la humanidad, se hará claridad dentro de los objetivos que se planea nacionalmente el país, y el concepto de Negritud será un fenómeno cultural históricamente necesario dentro del contexto de la sociedad colombiana. Cuando algunos comentan

con insistencia que el concepto de Negritud está superado, a estos y aquellos les diría que sí, pero también les haría notar que en Colombia esta etapa de transición, aún no se ha dado.

Así que hoy puede hablarse hasta la saciedad de la identidad como bandera, pero este concepto (el de Negritud) no dejará de ser una gran escuela para todos aquellos pueblos que aprendieron con cierta premura a darse cuenta de la necesidad de que el negro con valores propios que lo emularan se diera a la tarea de aprender a ser él. Hay los que tratan de desconocerlo, pero quien por múltiples razones llega a darse cuenta que ha sido sistemáticamente despreciado, y que el deprecio que soporta es el precio legado por la endilgación cultural en más de cuatro siglos, no tiene derecho a ser miope, para tratar de desconocer de ese modo la realidad que intuye su propia realidad; y su reacción consecuente en el mejor de los casos es la de cortarse las alas que se había dejado crecer, que equivale desenterrar un pasado para proyectarlo, es romper con el formalismo instaurado por la sobreimposición cultural.

...Se asiste a la llegada de un científico, su presencia se registra con cierta sospecha y con cierta desconfianza: por razones laborales contrata un chofer quien se mostró complacido en prestarle sus servicios, no sin antes adelantarle ciertas condiciones exigidas por su religión. Después de amena conversación se entera (el científico), que el taxista a su servicio era doctor egresado de Oxford y no ejercía su profesión como abogado, lo que impacientó al científico que terminó interrogándolo... ¿y por qué Ud. de chofer? Y él le respondió: es que yo viví en Londres, estudié allí y no acepto lo que llaman “civilización”, he recibido una formación blanca para blancos y no quiero ni deseo usar esas enseñanzas que ofenden al hombre contra los míos, le reitero mi deseo de servirle pero le advierto que tengo mi religión y mis costumbres y por lo tanto en un momento dado puede que tenga que ir a rendirle culto a mi Dios y a mis antepasados; en uno de esos momentos se detienen frente a una laguna y va a hacer sus oraciones y sus peticiones a Dios y Dios era el Cocodrilo...”

La tradición de un pueblo es el espejo justificador de su conciencia cultural. El caso de la tribu Lobedu de Transvaal, África, a la que le ofrecen equis cantidad de vehículos, y los rechazan alegando que la vida humana es mucho más importante que el afán; para nosotros, todo acto apresurado es detestable, es un irrespeto craso a nuestras sobrias costumbres. ¿Cómo puede ser detestable la oportunidad de hacer las cosas mucho más rápido que lo habitual? Es que, para nosotros, respondieron, no hay cosa más grosera, vulgar y censurable que la prisa. Pero... vivimos un mundo a la carrera que se mueve a pasos gigantescos... Ese mundo agitado ha sido creado por Uds. Y nosotros no queremos alcanzarlos, imitarlos ni competir con esa mecanización que mata al hombre, ya le dijimos que en nosotros lo que más se debe respetar es la vida humana que es mucho más importante que la velocidad. Pero podrían aprovechar el tiempo viajando... Sí, pero nos perderíamos del grato placer que nos dispensa el trayecto de ir hablando y departiendo con los amigos...

Negritud es una realidad histórica que no puede desconocerse por la omnilia acróstica de un resultante medido por las deformaciones culturales. Haremos valer la importancia de ser y de sentir negro. Ese tambor que se agita marca un límite, el límite trasunta la voz dicente de una cultura, y ese hombre que lo toca es su inspirador y su intérprete. Negritud es cobrar la razón histórica de una “raza”, es encontrarse con África, donde “la negrura de la piel —dice Frank Yerby en su obra “Negros son los Dioses de mi África”— constituía una de las principales condiciones seguida inmediatamente por las formas...” Para la Cultura Africana el Diabolo es blanco y los dioses son negros. Somos los herederos de un ancestro cultural que debe erguirse en moldes íntegros, y ello se hará efectivo solo, en la medida en que nos aceptemos tal cual somos, empero, hemos logrado revivir en nosotros el valor histórico y geográfico de una “raza” que propugna una gran alternativa de justicia y de sosiego para el hombre y para la humanidad que reclama nuevas y mejores interpretaciones para la vida del hombre en sociedad.

ARTE Y CULTURA. EL APORTE DEL NEGRO A LA CULTURA UNIVERSAL*

Por CARLOS CALDERÓN M.



Los estudiosos del problema de las razas, la única explicación científica que encuentran acerca del color de la piel de los seres humanos, está en el factor clima. El antropólogo cubano de fama universal Fernando Ortíz, en su magnífica obra “El engaño de las razas”, profundizó en el concepto de que la raza no es una creación de la geografía sino de quienes tienen prejuicio y sobre todo tiene complejo de superioridad como se observa en algunos círculos del llamado hombre blanco. Pero Europa que es una pequeña península de Asia, está entre dos grandes bloques terrestres y grandes agrupaciones humanas. Y hay de advertir que solo en las postrimerías del Siglo XVI esta península de Asia estuvo a la defensiva de las grandes migraciones culturales, militares y políticas de pueblos como los del Norte de África y de Asia. Para el verdadero hombre de ciencia el concepto de raza es una entelequia que no tiene asidero en los verdaderos valores de la humanidad y de la historia. Ya José Martí, el Apóstol de la libertad en Cuba, en un formidable ensayo en su periódico “Patria”, combatiendo los prejuicios de raza del español colonizador decía:

* Tomado de Carlos Calderón M. (s.f.). Arte y Cultura. El aporte del negro a la cultura universal. *Revista Negritud: Órgano del Centro para la investigación de la Cultura Negra / Movimiento de Cultura Negra*, No. 1.

“No hay odio de razas porque no hay razas”, los pensadores canijos que alientan y recalientan las razas de librería no se dan cuenta que en el amor y en la naturaleza está la suprema identidad del hombre”. Martí, quien llamaba a Bolívar Padre ya Rubén Darío, hijo, es el más fiel continuador de la obra de Bolívar. Su bandera de lucha y su sacrificio lo llevó a defender al hombre cubano, sin distingos, y solía decir que en el corazón de los humildes estaba viva siempre la llama de la gratitud. Dichoso este apóstol de la libertad, cuyo sacrificio no ha sido en vano. Hoy quienes gobiernan la tierra “más hermosa que ojos humanos jamás vieran”, han sido fieles a la memoria de este cubano universal. En la Cuba de hoy, no hay prejuicios de razas, así como no hay explotación del hombre por el hombre. Con su liberación todos los cubanos y hay que recordar que el 30 por ciento de la población cubana es de raza negra y el negro con su trabajo, con sus cantos, su capacidad para morir por las causas nobles ha fecundado la tierra de América, de nuestra América y de la otra América. Para Hugh Thomas en su interesante libro “Cuba, su lucha por la libertad”, sostiene que el negro de las Antillas con su trabajo ayudó mucho a la revolución Norteamericana, al hacer posible la compra de armas para los ejércitos de la rebelión, que combatía el Imperialismo Británico. Y qué decir de los hermanos Maceo y Antonio Maceo, quien se opuso al Pacto del Zanjón, arengaba a sus mambises al grito de “los derechos no se mendigan, se conquistan con machete”. Y qué decir del poeta inmortal Nicolás Guillén, el más grande cantor en nuestra lengua de ambos mundos.

Y en Colombia el aporte a la cultura, la medicina y la política de los hermanos Zapata Olivella. Juan, aglutinando la conciencia de negros, zambos y mestizos. Porque el movimiento que él orienta no lo es solo en defensa de la raza negra, lo es en defensa del indio, del mestizo, del mulato y del blanco pobre. Lo que sucede es que, de las minorías oprimidas, la mayor parte de estas pertenecen a la raza negra. Pero estas minorías unidas constituyen el 80 por ciento de la población colombiana. Esto es la pobrecía, quienes todo lo dan

y nada tienen. De esta manera, el problema de clase, de clases explotadoras y explotadas se une la emisión de raza. Y Manuel y Delia Zapata Olivella, recorriendo la vasta geografía colombiana, haciendo inventario de las canciones, las décimas, poemas, el arte del pueblo. Porque no otra cosa es o representa la Fundación para Investigaciones y Prácticas Folclóricas, que ellos dirigen. Y en el siglo pasado, ya que, en su atardecer se levantó Luis A. Robles, muchas veces solitario en medio de la aristocracia de la sangre y de la tierra, como los Caro, los Arboleda, los Mosquera y los Holguín, a defender al hombre colombiano, víctimas de la herencia colonial representada en los hijos de los encomenderos y esclavistas. Y allá en la América del Norte, el negro echando las bases de las primeras manifestaciones económicas de un gran pueblo. Y en el profundo sur “a Dios rogando y con el mazo dando”. Sus cantos alegraban los corazones de los esclavos y esclavistas en la hora de infortunio. Y viene la Guerra de Secesión, que enfrenta a un norte industrializándose, tocando las dianas del progreso con la técnica y la organización, producto de la Revolución Industrial, y ese negro de Norteamérica conquista su libertad política, o por lo menos cree conquistar en los campos de batalla estimulado por el Decreto de Emancipación del esclarecido y generoso Abraham Lincoln: “Esta nación no puede vivir mitad sierva y mitad libre”, entendió que en los tiempos modernos la esclavitud es ignominia. Que un pueblo asalariado por lo menos en apariencia puede regatear en el mercado laboral, y otra vez con los ojos puestos en la historia, recordamos que, desde Cuzco en 1824, el Genio de América, Simón Bolívar, escribía a Santander rogándole enviar al sur más hombres y oro, enfatizando que esa guerra estaba costando más oro que sangre, que enviara al Chocó y Antioquia por más oro y soldados. Y a los chocoanos nos ha costado mucho y nos está costando guardarle a Colombia esa esquina oceánica que mora en la parte Norte de América del Sur. Y nosotros en cada gobierno, ponemos las esperanzas para el desarrollo económico, social y cultural de la región homogéneamente negra de este país, y allí no llega el progreso. Para las clases

dominantes las regiones de la periferia, Choconía, Guajira, Orinoquía, Amazonía, son tierras que no cuentan mayormente porque allí no se dan la riqueza pulpa o sea no están las grandes concentraciones de capitales que dan ganancia fácil a quienes orientan la economía, no a la producción creadora sino a la especulación destructiva. Porque evidencia el hecho que el desarrollo del capitalismo colombiano, ha seguido en términos generales las mismas pautas de la colonización y depredación españoles. Misión histórica de la sociedad nueva que se avecina, será la de cambiar estas pautas que no han dejado que la nación colombiana se haga fuerte, libre y próspera.

3. Y volviendo al aporte de los negros a la cultura universal repetimos que este no solo ha sido en la esfera de los bailes, las danzas y el folclor. La constante histórica desde que el mundo es mundo, muestra ese aporte variado, selectivo, firme y creador, sin la valentía de nuestros soldados quizá se hubiese demorado más la independencia política. Juntos negros, indios, mestizos y blancos derrotamos al Imperialismo español. Pero no hemos derrotado a la oligarquía, heredera putativa de ese imperialismo feudal y anacrónica que hoy todavía fatiga a la sociedad de la Península Ibérica, sino que lo diga la espada de José Prudencio Padilla, heroico en Trafalgar, cuando en octubre de 1805 combatía como soldado a bordo del barco insignia español San Juan Nepomuceno, y glorioso mil veces en las batallas navales de Riohacha, Santa Marta, Cartagena, para culminar con la decisiva batalla Naval de Maracaibo, batalla que hizo posible el triunfo de Carabobo. Vale decir, la independencia de Venezuela. Y la figura épica de Carlos Manuel Piar, el mejor táctico y estratega, que después de Sucre dio Venezuela al mundo. Y el sargento Falucho, también de raza negra, que en 1822 era fusilado por los españoles en la Argentina insurrecta, al negarse a saludar al opresor pabellón español. Y en Cartagena la Heroica de siempre, los negros mantuvieron desde la Colonia el estandarte de la libertad, en sus Palenques y hasta hoy mantienen allí viva la esperanza de un cambio fundamental.

MOVIMIENTO SOCIAL
Y CULTURA NEGRA
EN COLOMBIA

RAZÓN DE SER DEL MOVIMIENTO DE CULTURA NEGRA*

Por ROSA AMELIA URIBE



He decidido aprovechar esta oportunidad para aclarar algunos criterios en torno a la tarea que ha venido desarrollando el “Centro para la investigación de la Cultura Negra en Colombia”, y lo que implica el concepto de Negritud para la causa nacional.

Al afirmar que “la mera Negritud *que también pudiéramos llamar negredumbre* es un embeleco reaccionario”, es tan arriesgado como absurdo. Que rápido se desenmascaran estos individuos y qué fácil delatan la repugnancia que les inspira nuestra identidad.

Definitivamente, estos burócratas asimilados, los que actúan como “ideólogos equivocados”, pobrecitos... no se resignan a que nosotros empecemos a prescindir de sus “fabulosas enseñanzas” y utilicemos un lenguaje propio. Se obstinan en seguirnos enseñando... con razón a estos padrastrós de la patria, les incomoda y les disgusta el concepto de Negritud. Lo siento por quienes se incomodan, pues nosotros no sustituiremos nuestro concepto de NEGRITUD por el de *negredumbre*, el que les obsequiamos con mucho gusto.

* Tomado de Rosa Amelia Uribe (1977b). Razón de ser del movimiento de cultura negra. *Revista Negritud: Órgano del Centro para la investigación de la Cultura Negra / Movimiento de Cultura Negra*, No. 2, pp 29.

Cuando Santiago Pinto sostiene por ejemplo que el “Centro para la Investigación de la Cultura Negra en Colombia” tiene su razón de ser en el trato discriminatorio que históricamente ha recibido el negro es tajante, y desconocer esta anotación que no deja de ser severa dentro del análisis crítico de la labor que nos ocupa, es cruzarnos de brazo, cuando nuestra tarea es y debe ser clara, y en su claridad, debemos plasmar el rechazo a todo acto de segregación, discriminación, o racismo que atente contra la integridad de cualquier grupo étnico. La discriminación se da y es palpable; claro que mientras el negro siga mirando desde abajo, no pasa nada, ni siquiera se le determina, pero si empieza a escalar posiciones, surgen entonces las complicaciones, ¿por qué? Porque el puesto que se le ha sabido asignar es el de subordinado y nada más. Me pregunto entonces: dónde se construye de verdad ese “embeleco reaccionario” de que quiere presentarnos el “sujeto de marras” cuando comenta por ejemplo que lo ocurrido con el embleco del “arianismo” hitleriano, aunque mucho menos agresivo y dañino que él, este da la “Negritud” viene a ser reaccionario” que tal eso que sabe a ciencia cierta que quienes han sido los agresivos son los mismos reaccionarios que no nos han permitido ser nosotros mismos.

Hoy trabajamos para hacer clara, es decir, para difundir, representar y crear una historia, una geografía, una filosofía, una antropología fundada etc., donde el negro ocupe el lugar que realmente le corresponde y no el lugar desde el que tradicionalmente se le ha mostrado.

Los tiempos cambian y dentro de ese cambio el negro entra y entrará a jugar un papel importante, preponderante y decisivo si quiere, dentro del contexto histórico que vitalizarán los pueblos. Se construye un hombre que arrimado a sus propios valores empieza a darse la seguridad y la confianza que por tanto tiempo le han negado. Es decir, un hombre que empieza a creer en los valores de su raza, valores por tanto tiempo maltratados, tergiversados, obstruidos y avasallados. Avasallamiento que a nivel de endilgación, solo ha ser-

vido para alimentar el estereotipo de “valores superiores”; mitos que empiezan a desmoronarse y que inevitablemente se vendrán abajo.

Cuando hablamos de un hombre que arrimado a sus propios valores empieza a encontrarse como persona realizada y realizable dentro del contexto social que habita; lo enmarcamos dentro del concepto de Negritud, ello representa la influencia africana en Colombia, con rasgos muy propios y tan característicos que no pueden dejar de ser cultura Negra para la causa que abraza el país, y particularmente el negro que había este suelo patrio.

Hemos sostenido que el concepto de Negritud implica la afirmación de los calores del negro, la necesidad de que el negro aprensia a ser negro, de buscar incentivos que (inicialmente) le permitan entender que no hay razón para querer ser blanco. No se trata de que el blanco quiera ser negro, de lo que se trata es que el negro entienda que, si el blanco jamás ha sentido vergüenza o incomodidad por su condición de blanco, ¿por qué entonces hemos de ser negros quienes hayamos de sentir vergüenza por nuestra condición de negros?

No se puede (o al menos, resulta vacío) hablar del desarrollo si no se tiene hombre y cultura como base. No se puede seguir afirmando teóricamente al hombre cuando en la práctica se le niega su cultura.

¿Cuál ha sido el concepto de lo negro si no el concepto de lo sucio, de lo feo etc.; mientras lo blanco es sinónimo de lo bello y de lo bueno? Pero eso no es gratuito, eso tiene su razón de ser; y es que el negro no ha tenido de sí mismo un concepto propio, él ha tenido de sí, el concepto pre-conceptualizado que de él y desde arriba ha difundido el hombre blanco con su criterio marcadamente racista, discriminativo y endilgativo.

Observen: Dios es blanco, la virgen es blanca, los angelitos también en cambio el diablo es negro, pero... no siempre lo fue. Antes, cuando era el ángel más querido por dios era bello, blanco y muy hermoso, pero cuando lo expulsaron del cielo y se volvió

perverso, ya no fue más blanco, se volvió negro y muy feo (lo que hace suponer que la negritud es una como especie de maldición o castigo que además, implica maldad o perversidad) y puedo asegurar que ningún negro quiere ser el diablo; quizá en esa medida pueda explicarse medianamente por qué negro le incomoda serlo y prefiere escapar (aunque sin conseguirlo claro está), a su condición de negro. Pero si los químicos no hubieran fracasado en la preparación de fórmulas para blanquear la piel; muchos negros habían dejado de serlo, al menos a nivel de pigmentación.

Al negro no se la ha permitido ser en relación con los demás, pues siempre han tenido que ser en función de los demás, a eso lo han habituado y lo que nos proponemos es precisamente ser en relación y no en función de los demás.

Resulta evidente que al negro no se le ha considerado mayor de edad, ejemplos prácticos los tenemos en Rodesia, en Namibia y Sudáfrica, donde una minoría blanca aplica los más despiadados métodos de racismo normal, legal y constitucional, donde aún se puede tratar al negro como hombre de segunda categoría; ¿acaso hay en el mundo quien desconozca los métodos del apartheid?

Se dice regularmente, no hay problema con los negros, ellos “también son humanos”, lo que no hace otra cosa que tratar de seguirlos afirmando teóricamente; pero cuestionemos la práctica y preguntémonos; ¿acaso se nos está dando iguales oportunidades?

Hemos dicho que el negro se la ha utilizado más a nivel de cuerpo y ¿acaso no es cierto que al negro se le conoce más por sus calidades para cantar y bailar que como persona capaz de decidir su propio destino? Es cierto que el negro baila y baila bien, pero lo que perseguimos en el mejor de los casos es no quedarnos bailando.

Sabemos que la cultura (entendiéndola como el conjunto de todas las riquezas materiales y espirituales creadas en el curso del desarrollo histórico de la humanidad) no es dueña de color alguno, no es negra,

ni verde, ni roja, ni blanca ni de ningún otro color. Pero observen: A nosotros se nos habla de la cultura que heredamos de la “madre patria” (de España) es decir, de la cultura europea o de occidente o, en otras palabras; de la cultura del hombre blanco y, a eso nadie se opone, es algo que ha sido universalmente aceptado y ¿quién desconoce que el europeo, tradicionalmente se ha caracterizado entre otras cosas por su criterio racista? ¿Y cómo desconocer que occidente ha logrado imponer su cultura no solo a los suyos sino también al mundo entero y en completo detrimento de todas aquellas otras manifestaciones que no encajan dentro de los parámetros establecidos por ellos? Incluso las cualidades o defecto de cualquier otro grupo étnico se miden teniendo en cuenta como termómetro los patrones establecidos por la cultura de occidente, pues ésta al imponerse, ha logrado convertirse en la “madre” de las demás. ¿Y por qué si toda cultura vale por sí misma?

Toda esta serie de prejuicios sistematizados contra el negro, lo han ubicado en una situación de inferioridad con respecto al blanco. Se dice, por ejemplo, que en Colombia no hay discriminación racial. ¿Por qué lo dicen? Porque aquí no se predica la inferioridad del negro. ¡Claro! No hace falta decir y repetir que el negro es inferior, pues cuando estamos completamente seguros de algo no tenemos que esforzarnos para demostrarlo, pues se entiende que es algo ya demostrado y por todos conocido. Luego no es necesario pregonar la inferioridad del negro, precisamente por ser algo de lo que se supone no quedan dudas (ni siquiera a los negros mismos, que saben de ellos lo que el blanco ha querido que sepa).

Lo otro es la certeza de que la situación del negro como tal, no es un fenómeno que surge al margen de la lucha de clase, sino que, por el contrario, es producto de ella. Pues lo cierto es que, si no hubiese aparecido la propiedad privada sobre los medios e instrumentos de producción y con ello, el sometimiento de unos por parte de otros; jamás hubiese sido necesario someter a nadie y menos a una raza (que en este caso viene a ser precisamente la raza negra). Pero, no obstante,

la discriminación contra el negro (que repito, sabemos está enmarcada dentro del contexto de la lucha de clases), ha tomado tal dimensión y tales características, que se hace necesario prestarle atención, sin que ello implique necesariamente la búsqueda de soluciones al margen de la lucha de clases y fuera del proceso de la lucha por la liberación política y económica de nuestro país, pues sabemos que esta tarea (la tarea de liberar a nuestro país del yugo neocolonial y defenderlo de cualquier otra potencia que pretenda sojuzgarnos); tendrá que ser tarea de todos los que no estemos de acuerdo con ningún tipo de explotación o sometimiento, pues Colombia no es de blancos, no es de indios, no es de negros, es la patria de todos los colombianos.

Pretendemos que el negro se organice y lo hacemos partiendo inicialmente de nuestra etnia; lo cual nos ha costado el calificativo de racistas. Pero olvidan quienes tal cosa afirman que no ha sido el negro quien creó los criterios racistas, pues a este (al negro) le ha tocado ser víctima de tales criterios, el negro no ha sido excluyente, se nos ha excluido, y cuando nos proponemos transformar esa realidad, para que el negro no siga mirando al blanco desde abajo; entonces se nos llama racistas, qué tal...

Todos sabemos que la sociedad dividida en clases antagónica lleva implícita la alienación y todo tipo de sometimiento, entre otros, el sometimiento cultural por parte de la clase explotadora, luego no se pude desconocer que el negro es producto de una doble alineación pues se le ha explotado por pobre y además, se le ha discriminado por ser negro. Y si eso es falso, ¿qué decir entonces de los negros arrancados del corazón de África y traídos a América no precisamente en calidad de turistas? Como consecuencia de ello, nosotros (con muy pocas excepciones) descendemos de “esclavos” y mientras siga sintiendo nostalgia por las cadenas, mientras se estimule tácita la convicción de que el negro solo es apto para ser manejado; el negro seguirá siendo sometido de una u otra forma por más revoluciones que haya, pues si no hay amos él los buscará

siguiendo así la “tradición”. Pero resulta que el negro no siempre fue esclavo y como raza, no nació esclava; y su tarea reivindicadora, forjará las bases de reencuentro consigo mismo y para ello, tiene necesariamente que vitalizarse su historia y su geografía.

Un hombre huérfano de valores y además despersonificado, es presa fácil de engaños y traiciones no solo para su raza sino también para su clase. Estos y muchos otros son los incentivos que nos empujan a luchar por el reencuentro del negro mismo, ya que si a lo largo de la historia de la humanidad, que es la historia de lucha de clases y, dentro del contexto de la explotación del hombre por el hombre, el negro ha sido doblemente explotado y golpeado; somos conscientes de que al negro le corresponde (con mayor razón si se quiere) luchar implacablemente contra todo tipo de explotación, sometimientos e injusticias. Por eso investigamos un ancestro que ha sido sistemáticamente tergiversado y menospreciado. No se puede desconocer lo esencial y fundamental que es conocer nuestra propia y verdadera historia si es que en realidad de verdad queremos luchar, defender y partir de nuestros propios valores (tanto tiempo pisoteados) para lo cual debemos tener un incentivo capaz de hacernos ofrendar lo mejor de nuestras satisfacciones en aras de una causa por lo demás muy justa. Lograremos o seremos capaces de lograr un estímulo mediante el conocimiento crítico de toda la ignominia de que hemos sido víctimas y sus respectivas causas, pues somos conscientes de que no se debe buscar la fiebre en las sábanas sino en el paciente, pero no es acaso en el seno de la sociedad clasista donde se dan y se preparan las condiciones para su destrucción y construcción de una sociedad más justa donde necesariamente, será eliminado todo tipo de explotación y por ende de discriminación? Precisamente es ella la tarea que nos ocupa y nos preocupa, la que nos mueve a trabajar con denuedo y con decisión por un mejor y más justo mañana para Colombia y el negro que habita este amado suelo.

MOVIMIENTO*

¿Qué es el “Centro para la Investigación de la Cultura Negra en Colombia?”

POF AMIR SMITH CÓRDOBA



Es una entidad jurídicamente constituida en el Bogotá con fines no lucrativos que persigue estudiar lo que ha sido el carácter desenvolvente de la Cultura Negra en Colombia, y a nivel histórico-geográfico el aporte del negro en la construcción de la identidad nacional.

Lo de Movimiento de Cultura Negra se debe a un lema que abraza sin excepción a todos los negros de Colombia, ya que por Centro para Investigación se presentan situaciones complejas por mal entendidos, cuando muchos tratan de creer que no caben en él, porque no están provistos de las herramientas necesarias que como investigadores o como intelectuales les permite juzgar o diagnosticar a nivel científico el carácter desenvolvente de negro en Colombia, con sentido causal valedero que lo muestre dentro del contexto triétnico de la sociedad colombiana.

No es una dicotomía lo que propugnamos, propugnamos un movimiento, no solo de todos los negros que pueblan el país, sino de todos, sin distinción de credo, raza, origen, sexo, etc.; es decir, de

* Tomado de Amir Smith Córdoba (1977b). Movimiento. *Revista Negritud: Órgano del Centro para la investigación de la Cultura Negra / Movimiento de Cultura Negra*, No. 1, 25–26.

todos aquellos que estén predispuestos a investigar un ancestro que ha sido sistemáticamente tergiversado.

Es nuestro interés que los negros que habitan todas y cada una de las zonas pigmento-geográficamente demarcadas por la negritud en Colombia, sea cual fuere el rincón donde se encontrare, se sienta respaldado, para que de ese modo pueda responder a los objetivos que en esta etapa debe plantearse nacionalmente como colombiano. No a nivel de subregión, región, intendencia o departamento, lo que no hace otra cosa en la práctica, que disgregar lo que sería la actitud de un negro nacionalmente organizado. Trabajamos por: Pto. Berrío, Uré, Barranca, Patía, Guapi, Timbiquí, Puerto Tejada, Barbacoas, Cali, Tolú, Santa Cecilia, Cartagena, San Andrés (Islas), Chocó, etc.; es decir, nos preocupa y nos impacienta la situación de todos, pero no es más drástico y severo propugnar por el encuentro del negro nacionalmente. No son pocas las experiencias que se han dado en el país de negros sumamente dicentes a nivel regional o sub-regional, pero completamente ignorados por otras regiones que como la de él, también pudieron enriquecerse con su palabra, sus obras y sus hechos. Tenemos que reflexionar y darnos cuenta que las cortinas están puestas y son las que buscan vendarnos cerrándonos el camino a cada paso. Por eso mientras Buenaventura sea una cosa, una realidad, un hombre; Chocó otra cosa, otra realidad, otro hombre; Palenque una cosa diferente, una realidad diferente, otro hombre diferente, San Andrés (Islas) una cosa ajena, un hombre ajeno, etc., no podrá existir entre los negros que poblamos a Colombia, una unidad de criterio que nos oriente con paso reivindicativo como grupo étnico esclarecido que debe encontrar su puesto en el ámbito operativo que mueve nacionalmente la vida del pueblo colombiano.

Dispersión Congénita

Desde los más remotos comienzos de la presencia del negro en América como esclavo, se forzó en él una ilación sistemática de despersonificación que permitiera el más incondicional avasallamiento

como seres sometidos para, desde ese ángulo, juzgar todo por malo que fuera, razonable y conveniente para los “pobres negros”, a cambio de “valores superiores” creados por la cultura occidental.

Podemos comprender entonces como el negro recién llegado a estas tierras, en primer lugar, se veía obligado a separarse de sus congéneres o de aquellos con quienes pudiera tratarse en la misma lengua o idioma. En segundo lugar, eran sometidos a severas marcas que enfatizaran su pertenencia como propiedad de equis patrón. En tercer lugar, eran sometidos a trabajos forzados que negaban en todos los tramos de la existencia la vida del hombre. En cuarto lugar, cuando vieron que las cosas se les complicaban y se tornaba todos los días más difícil el control e esa masa humana, procedente de África que poco a poco se les escaba de las manos, alimentaron la última posibilidad, la que precisamente se vigoriza en la seudomorfosis que llevaba a un negro a capataz, logrando entonces que el negro desde esa posición o prebenda acondicionada se convirtiera en el peor enemigo de los negros. Los tiempos han cambiado, hoy la situación es diferente, pero ello no quiere decir que nos e siga alimentando la misa opción. En quinto lugar, encontraban en el negro inclusive la posibilidad de llegar hasta los palenques convirtiéndose así (el negro) en delator de tácticas y estrategias acumuladas por los Cimarrones que lograban evadirse o fugarse del pesado yugo que engendró la esclavitud en América y particularmente en Colombia.

Diremos entonces, que todo ello ha contribuido a hacer en él (en el negro) una mentalidad dispersa y aislacionista en cierto sentido; particularista y mezquina en cierta forma, lo que lleva a promover en los negros tareas dispares amparadas por corrosivos desacuerdos. Por ello no podemos cruzarnos de brazos ni vivir resignados a que: Tumaco, Chocó, Palenque, Barranca, Puerto Tejada, Buenaventura, Tolú, San Andrés (Isla), etc., vivan nacionalidades distintas, siendo todos ellos los negros de la misma Colombia. El momento es propicio y más prometedor que nunca o nos unimos como grupo étnico

esclarecido, interesados en validar situaciones que nacionalmente diezman nuestro radio de acción y de posibilidades, o nos tocará a pesar nuestro seguir pidiendo de rodillas lo que no hemos aprendido a reclamar de pie.

Encuentro con Nosotros mismos

Para que como negros respondamos contribuyendo a hacer valer ciertos fundamentos que deben incidir al encuentro de una identidad nacional, capaz de mostrarlo ascendente en la búsqueda de un objetivo común, es necesario que nos predispongamos al encuentro con nosotros mismos. Encontrarnos nosotros mismos es aceptarnos como tal, es hacer hincapié en nuestros propios valores para proyectarnos; es aprender a contarle a nuestra raza, a nuestra historia, a nuestra geografía, a nuestros hombres, a nuestras costumbres y tradiciones, a nuestra personalidad, a nuestros héroes, etc., etc.

Ahora: lo de los negros que quieren ser blancos, concentraremos en ello el resultante, si estudiamos y analizamos a nivel consciente la tarea endilgativa de la cultura occidental, encontraremos a un negro despersonalizado que le han enseñado a renegar de sí mismo y de su color, a odiarse inclusive. ¿Saben ustedes lo que significa mostrarle al mundo por espacio de 500 años al diablo negro? Hagamos salvedad y digamos: ningún negro quiere ser diablo. ¿Qué nos queda entonces...? Investigar nuestra historia para que orgullosos de un ancestro, le digamos ¡presente! A Colombia en la justa causa de hacerla grande, próspera, justa y generosa.

TODOS SOMOS NEGROS*

Visión personal sobre el Primer Congreso de Cultura Negra de las Américas, que constituyó una sacudida necesaria en la decisión de lucha y transformación de una raza

Por LEIDA VIVEROS VIGOYA



Eludo voluntariamente toda alusión a los componentes política internacional, estructuras socio – económicas, compromisos políticos partidistas nacionales y tal vez espionaje internacional de las organizaciones paramilitares internacionales, presentes sin lugar a dudas en cualquier certamen promocionado ampliamente como el que se acaba de terminar aquí en Cali, para abrazarme estrechamente a ese magnífico cuerpo negro poético de la ilusión de la Fraternidad al amparo insustituible de la imaginación que aglutina todas las formas adjetivas del lenguaje cuando invade la voz de una garganta negra para cantar, gritar o simplemente hablar.

Soy una mestiza de este inmenso continente de Benedetti, que sentada al lado del hermosísimo panameño Alberto Smith también mestizo, como nos lo dice su apellido tuve que poner en cero mi programada cabeza pensante intelectual caleña de profesora universitaria – perver-

* Tomado de Leida Viveros Vigoya (1977). Todos somos negros. *Diario El País*. Cali, domingo 11 de septiembre de 1977

tida como diría alguno de mis colegas- formada por la escuela crítica semiótica francesa y de mujer simpatizante de los grupos izquierdistas socialistas colombianos de VIVIR sólo como negra o “afro-americana”, ese congreso al que desde el año pasado cuando lo estaban preparando. No son corriente en mi rutinario mundo académico caleño; la casi histérica vitalidad del profesor brasileño Abdías Do Nascimento, quien con su mágica voz mató al capitalismo, renegó de él, vetó al segregacionismo sudafricano y condenó la discriminación racial existente en Brasil (¡sorpresa para muchos!); con su mano en alto y la potencia de sus gritos viriles. La dulzura evangélica del profesor Salomón Chalá, apóstol de la comunidad Chonta ecuatoriana, a quien en su juventud le negaron el deseo de ser sacerdote cuando era seminarista, por ser negro. El inconformismo de nuestras nuevas generaciones frente a la aburguesada dirección del presidente y el secretario del congreso –tan paternalistas y autoritarios– interpretando valientemente por la dialéctica materialista de José Eusebio Campos Dávila, joven psicólogo peruano. Las exóticas túnicas del super-refinado Diouf Mam Biram de Senegal con su música francés africano.

El cuerpo gigantesco, escultural de Eleonor Traylor, la gringa encantadora negra de vestimentas “afro-árabes”, artísticamente forradas a sus caderas, sus nalgas, sus piernas y su cabeza. O las a veces incomprendidas afirmaciones del representante egipcio El-Khazindar Mohamed, quien, en este álgido momento político africano, quiso reivindicar la importancia de la participación de los árabes en la confirmación del pensamiento negro en África. Y la presencia silenciosa de los representantes de España (¿condescendientes, acaso?) y de Chile (siempre sombría), etc. Para no perderme en la noche de la despedida, en el recuerdo delicioso de las miradas, risas y palabras seductoras que recibí de Lawrence Prescott.

Esta invasión de las raíces en la superficie de mi sangre, esa corriente indomable y amorosamente rebelde de los contenidos auténticamente propios luchó y ganó la batalla vivencial a la pose racionalista del mestizaje cultural. El planteamiento de muchos de los hermanos presentes

afirmaba la necesidad de combatir la ideología de los matices: “sambo”, “mulato”, “trigueño”, por eufemística y dispersora. Lo verdadero: Todos somos negros o “afroamericanos” y en este pensamiento se concentra históricamente la estructura signifiante del concepto de NEGRITUD. Las otras maneras consagradas por la práctica social dominante de los neo-colonizadores buscan en últimas, anonimizar a los miles de hombres, mujeres y niños mestizos, trabajadores que alienadamente perseguirán la identificación con los modelos poco problemáticos de las nacionalidades, sin internacionalismos peligrosos por subversivos a los ojos de los “blancos” dominantes. Es en este nivel de la bifurcación de la problemática donde se mueve la contradicción que intenta resolver el concepto de negritud. Por un lado, la apariencia física de los matices étnicos y por otra la profunda realidad del origen, la filogénesis antropológica y cultural del negro, sobre todo en las Américas.

Para el negro-resentido y humillado-colombiano, para nosotros los domesticado hombres y mujeres negros de este país- en el cual somos una minoría racial pero una enorme fuerza laboral – en base a la mistificación que “en Colombia no existe la discriminación racial”, para nosotros los favorecidos de la fortuna que siendo negros pudimos, venciendo miles de prejuicios, llegar a los colegios de la alta burguesía, a los clubes sociales, a las universidades cotosas, a los barrios residenciales de la clase media alta, etc., se nos ha olvidado con la ayuda de los viajes a Europa y los Estados Unidos, con el cine, la televisión, la prensa y la literatura de consumo, con las modas y prerrogativas liberales de la sociedad colombiana, la verdad temida y escondida, interiorizada por nuestros mecanismos de represión individual: *SOMOS NEGROS!*

Para todos nosotros, los asistentes negros al certamen y especialmente para los participantes colombianos, este congreso fue una sacudida necesaria. Esa presencia arrogante de quienes con su “negrura alborotada”, con su inquebrantable (en los más valerosos) decisión de lucha y transformación, me llevó a reconocer lo muerto del saber agenciado en las universidades, al desierto comunicativo de las cátedras de

repetición y reproducción de modelos. Había demasiada vida en las, a mi juicio, equivocadas protestas de las mujeres negras que se “rebotan” contra sus hombres por contraer matrimonio y preferir a las mujeres blancas; mucho más de liberación femenina efectiva en las voces celosas de las hembras que reprochaban a sus compañeros, el que sean mucho más tiernos en las expresiones amorosas cuando se trataba de las mujeres blancas y ser con ellos toscos, bruscos y secos. La profusión de textos, ponencias, debates, plenarias y sobre todo el intercambio personal de los trabajos en comisiones o las conversaciones antes y después de las comidas; nos proyectó la medida real de las potencialidades aquí dormidas y allá despiertas en África, Estados Unidos, Panamá, Brasil, Perú, etc. En lo que a mí respecta, oí el campanazo de sus voces como desde un sueño profético: ¡Hermanos negros libres u oprimidos, ha llegado la hora de nuestro internacionalismo negro!

Los hermanos panameños al solicitar la sede para el segundo encuentro en 1979 expusieron entre otras razones, la necesidad de que el mundo entero conociese la verdadera realidad de la Zona del Canal de Panamá, cuya infraestructura e historia están determinadas por la fuerza de trabajo de las manos y los cuerpos de miles de hermanos negros sin cuyo concurso al igual que las murallas de Cartagena jamás hubieran podido levantarse. Esas reflexiones sobre un pasado oscuro y reprochable han de orientar nuestras reflexiones desde los primeros modelos coloniales a los más recientes o últimos. Trabajemos con verdadera conciencia para que las fuerzas verdaderamente representativas de nuestra raza asistan en delegaciones cada vez más numerosas a los próximos encuentros par que la presencia de los hermanos estudiantes, obreros y campesinos elementos productivos activos de las Américas y de África, sea efectiva y real, para que puedan expresar sus vivencias cotidianas y tengan voz y voto para enriquecer las ponencias de sus privilegiados compañeros (intelectuales). Solo de esta manera podemos combatir la sombra del espectro paternalista y burocrático que acompañó a este encuentro primero.

CARTA-MANIFIESTO DEL MOVIMIENTO DE CIMARRÓN*

Por MOVIMIENTO CIMARRÓN



Buenaventura, Agosto 27 de 1983

Doctor
BELISARIO BETANCUR CUARTAS
Presidente de la República de Colombia

Honorables Miembros del
CONSEJO DE MINISTROS
Palacio de Nariño
Bogotá D. E.

Con todo el respeto y consideración que el Señor Presidente y sus Honorables Ministros merecen, nos permitimos presentar enérgica protesta y la demanda de una sanción ejemplar para el Señor Álvaro Rodríguez Hernández, periodista que representa a Colprensa y labora

* Tomado de Movimiento Cimarrón (2015). Archivos organización Cimarrón. Bogotá

en varios medios de prensa y radio de Pereira, por haber escrito la expresión racista más ofensiva y degradante contra el pueblo colombiano, causando gran estupor y sorpresa en los círculos de intelectuales y de la Comunidad Negra en particular.

En el Diario La Tarde No. 2.247 del 6 de Julio del presente año, página 5, columna 2, final del artículo, se lee:

“PUNTILLAZO ECONÓMICO: Dizque cuando los negros se mueren, a los ataúdes les hacen agujeros... para que los gusanos - salgan a vomitar afuera”.

Esta indigna expresión es demostración objetiva de la supervivencia del prejuicio racial en la forma de estereotipos racistas en el inconsciente colectivo de los colombianos y en contra de las Comunidades Negras.

Sin embargo, no constituye un hecho aislado en el tratamiento dado en la Nación a las personas negras a través de los medios de comunicación, otros ejemplos son:

1. Las tiras cómicas, leídas por millones de personas y que aparecen en los periódicos del país, promueven los estereotipos de persona negra: inferior, salvaje, esclava y torpe; así puede observarse en “Mandrake y Lotario”, “Arandú y Taolamba”, “Tarzán”, “El Fantasma”. Todas ellas emitidas con la penetración cultural de Estados Unidos donde el virus del racismo afecta todas las manifestaciones del modo de vida cotidiano en contra del hombre negro, indígenas y latinoamericano.
2. En publicaciones como “Memín Pinguin”, de la Editora Cinco, donde se exageran y ridiculizan las características étnicas de la persona negra. ¿Qué niño querrá ser Memín? Todos se burlan de Memín por feo e ignorante, y Memín con su madre representan en el inconsciente al

hombre negro, a la Comunidad Negra. Caricaturas como la “Negra Nieves”, publicada en el Espectador y El País, demostrando a la persona negra como torpe e incapaz de pensar objetivamente.

3. En programas de humor de la Televisión donde se invita al pueblo colombiano a reírse de la ignorancia y el atraso económico, social y cultural en que se encuentran las Comunidades Negras, tales como las actuaciones del llamado “Negro Palomino” en el programa sábados felices.
4. La ridiculización de la persona negra hecha por productores de telenovelas cuando disfrazan actores blancos para realizar papeles que deberían ser desempeñados plenamente por actores negros. Ejemplos notorios: La Marqueza de Yolombó, La Pezuña del Diablo.

En las Comunidades Negras existe un creciente sentimiento de rechazo rotundo a estas manifestaciones públicas de prejuicio racial y solicitamos al Gobierno Nacional y especialmente a los Señores Ministros de Gobierno, Relaciones Exteriores, Educación y Comunicaciones se dignen atender y responder a las reivindicaciones siguientes:

1. Que el Estado Colombiano suscriba la Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial.
2. Que conforme a dicha Convención se legisle, prohibiendo y elevando a la categoría de delito toda propaganda, publicación o acción pública o privada, que incite a la discriminación o tienda a la inferiorización o ridiculización de la persona negra o indígena, especialmente en los medios masivos de comunicación y publicidad: televisión, cine, radio, prensa, tiras cómicas, revistas, libros y textos escolares.

Somos conscientes que la apertura democrática y la sinceridad del Señor Presidente nos dan la Seguridad moral de contribuir con estas reivindicaciones a la consigna de rescatar dentro del país al hombre colombiano, de unificarlo en tomo a la bandera nacional y pregonar las bases auténticas de nuestra nacionalidad en cuya formación y desarrollo ha contribuido de manera determinante el aporte de la Comunidad Negra.

Del Señor Presidente y los Señores Ministros atentamente,

MOVIMIENTO NACIONAL POR LOS DERECHOS
HUMANOS DE LAS COMUNIDADES NEGRAS DE CO-
LOMBIA “CIMARRÓN”

Anexos: Fotocopias de la Convención.
Ejemplares del Periódico La Tarde.
Curátulas de la Revista Memín.

CRÍTICA LITERARIA Y
OTROS ENSAYOS

LA NEGREDUMBRE EN GARCÍA MÁRQUEZ*

Por MANUEL ZAPATA OLIVELLA



Los resquemores despertados por la pretendida ausencia de los africanos en *Cien años de soledad* (1967) de Gabo, nos ofrecen oportunidad excepcional para plantear las diferencias entre negredumbre y negritud en su novela maestra. Pero antes precisemos conceptos básicos de las religiones Yoruba y Bantú:

En esta última, cada ser viviente posee por lo menos, dos sombras. Una visible, la que nos sigue los pasos cuando andamos de contraluz, permanente custodia de los Ancestros y, otra invisible, perdida en la sangre, luz que alumbrará la vida de los hijos por nacer. Eso somos. Rastro visible y ebullición de la sangre oculta.¹

La génesis vital del hombre deviene de la existencia de un pacto previo entre un Ancestro y el nuevo descendiente. El primero es dador y protector del *kulonda*, semilla sembrada en el vientre de la madre generadora de la vida, la inteligencia y la palabra. A su vez, el protegido velará por preservar su existencia, enriquecerla con la sabiduría, sus hazañas, las artes y una prole numerosa, con lo cual

* Tomado de Manuel Zapata Olivella (1998). "La negredumbre en García Márquez". En: *Memorias del XX Congreso Nacional de Literatura, Lingüística y Semiótica: Cien años de soledad, Treinta Años Después*. Bogotá: Inst. Caro y Cuero, Universidad Nacional de Colombia, pp. 107-112.

1 DESCHAMPS, HUBERT, "Las Religiones de África", Buenos Aires, Eudeba, 1962.

el ancestro asciende en la sociedad jerárquica de los muertos. Toda contraversión de esta ley acarreará al violador la pérdida de la sombra protectora y los honores y prestancia del difunto.

Finalmente, el concepto *Muntú* (hombre) alude no sólo a los vivos, sino a los muertos, estrechamente ligados a los animales, árboles y estrellas. En esta concepción del mundo, el hombre no es el rey de la creación sino una semilla que se nutre de la savia de la vida y la muerte.²

Cuando se trata de concretar la presencia de lo africano en nuestra historia, en la cultura y la filosofía de América, es necesario saber nadar en estas aguas. Para muchos, África es sólo mensurable en la piel de sus descendientes. Más lo cierto es que hay otra luna negra que nos tiñe el alma y los huesos, jamás asomada a los espejos.

Quienes hayan leído apresuradamente la novela de Gabo, tal vez se sorprendan que la mulatería costeña, tan visible en Aracataca como en las calles de La Habana, no se proyecte en los personajes de Macondo. Sin embargo, esto no quiere decir que la *negredumbre*, el alma de Papá Montero no ande percutiendo su tambor en todos los rincones de su obra. Tal vez, y esto explicaría la alergia de sus críticos, es que ellos mismos ignoren la cantidad de lunas africanas sumergidas en su sangre.

Nominando caprichosamente las cosas —un poco a lo Adán— llamo *negredumbre* a la herencia biológica que nos ha llegado del mestizaje entre lo “indio” y lo “negro”, entre lo “blanco” y lo “negro”, ese revoltillo africano tantas veces mezclado en el crisol de América. Lo mismo podría decirse de la vertiente europea, la *blanquedumbre*, el cordón más retorcido de nuestra placenta. Y desde luego, con mayor propiedad de la *indiadumbre*, primigenia vena en nuestro sincretismo.

Cuando menciono la *negredumbre* me refiero a esa sombra oculta de que hablan los filósofos yorubas y bantúes, viva en el ritmo, en la palabra que palmo en las invocaciones a los muertos. Sentimiento

2 TEMPELS, PLACIDE, “Bantu Philosophy”, Paris, Presence Africaine, 1969.

africano que ilumina nuestra mirada más profunda, la herida más dolorosa, la risa más desafiante.

Leopold Sedar Senghor, exponente de la filosofía Yoruba, ha definido la *negritud* como “el conjunto de valores culturales del mundo negro, tal y como se expresa a través de la vida, las instituciones y valores de los negros”.³

Esta conciencia del pasado épico y glorioso permitió al pueblo africano mantener el recuerdo de haber nacido libre y de sentirse libre aun cuando lo hubieran encadenado. Esa ha sido su dignidad, jamás perdida en el socavón de la esclavitud.

¿Cuántos descendientes de africanos guardan en América el recuerdo lúcido del esplendor y poderío de su etnia? No creo que sean muchos, pero esos son los profetas de la *negritud*. En cambio, son millones los afros, mulatos y zambos que andan con sus sombras adentro, creando, bailando, sin que tengan conciencia de su ritmo africano, zombis de la *negredumbre*.

Se han escuchado voces demasiado lugareñas que quieren reducir el amplio universo de *Cien años de soledad* a los límites de Aracataca. Desempolvan manuscritos, señalan fechas y amojonan el escondido vientre virginal donde José Arcadio descubrió el galeón sepultado por el tiempo y el olvido. Si la novela de Gabo se hubiera circunscrito a un villorrio del Magdalena, no tendría sus resonantes connotaciones americanas y universales.

Aceptando una realidad geográfica e histórica —todo ámbito pequeño o grande está circunscrito— Macondo es el universo caribeño y antillano. No es caprichosa la demarcación. Sabemos que en este mediterráneo de archipiélagos tropicales confluyeron los cinco caminos de la humanidad, las razas de todos los continentes. Por ello no debe sorprendernos que de aquí hayan surgido los movimientos políticos, ideológicos y estéticos más importantes de América: la revolución

3 SENGHOR, LEOPOLD SEDAR, “Libertad, negritud y humanismo”, Madrid, Tecnos, 1970.

antiesclavista de Haití; los primeros barcos, hombres y municiones de Miranda y Bolívar para la independencia de Hispanoamérica; el ideario de Martí, el Modernismo de Darío y la revolución socialista de Cuba.

Tratar de reducir el espacio de Macondo al estrecho huevo de la perdim es como ignorar que navegamos entre galaxias en un b6lido llamado "tierra". Pero en este 6mbito caribe6o cada novelista ha recreado su propia realidad, escogiendo sus escenarios, sus protagonistas, su lenguaje y su argumento. Aunque el cr6tico pueda descubrir cada una de las islas de este archipi6lago imaginario, jam6s las encontrar6 en la realidad. Hay que quemar las naves como Cort6s y echarse a andar de la mano del 6nico piloto capaz de conducirnos sin riesgo, el propio novelista.

Sin embargo, a6n en este itinerario fant6stico el autor tiene sus 6mulos. Por muy real o fabulado que sea su oc6ano, ha de cuidarse de no marear con cartograf6as ajenas. All6 pueden encallar los barcos m6s veleros.

Es claro que Gabo desde mucho antes de iniciar su navegaci6n sab6a que no era el primer marino en surcar las aguas de Macondo. Y, sobre todo, no ignoraba al gran capit6n Alejo Carpentier. Sus novelas *Ecu6-Yamba-O* (1931), *El reino de este mundo* (1949) y *El siglo de las luces* (1962), demarcaban ampliamente la presencia de la negritud en el Caribe y las Antillas. Adem6s, en esas corrientes sobrenadaban muchas otras botellas con cuadernos de bit6cora: Lezama Lima, Jacques Roumain, N6stor Caro, Rogelio Sin6n y otros m6s que hab6an rumbeado al son de los tambores de la poes6a negrista antillana.

Creador, visionario, cart6grafo de los litorales, Gabo prefiri6 encallar su galeote en las empantanadas ci6nagas de Macondo. Y lo primero que se propuso, dios creador, fue eludir los horizontes de la *negritud*. No era el primero en tomar decisiones de esta 6ndole. Cada autor, en su momento y en su realidad, escogi6 caprichosamente a los personajes que pod6an subir a bordo de su barco. Quiero mencionar un solo antecedente por estar m6s cargado de coincidencias: Jorge Isaacs y su *Mar6a*.

A nadie se le ha ocurrido afirmar que el novelista antioqueño sea un discriminador de amerindios porque los haya excluido de su novela. Como antropólogo, describió las tribus aborígenes del bajo Magdalena y hasta es-cribe una gramática de la lengua guajira. Con mucha más razón debía conocer los reductos indígenas en el Valle del Cauca, aún existentes. Isaacs, sin embargo, tuvo sus razones —tal vez las mismas de Gabo— para proscribir el paso de amerindios por su paraíso literario. Otros autores, precisamente aquellos que acapararon el aplauso universal con sus obras románticas —Lamartine y Chateaubrian— habían abarrotado la novelística con personajes fantásticos inspirados en los aborígenes de América.

Si Jorge Isaacs deseaba obtener cierta originalidad, tenía que inspirarse en un pueblo distinto en ese momento no tan explotado por los románticos: los prisioneros africanos. El tema, no obstante, tampoco permanecía inédito en la época en que apareció *María* (1868). Ya para entonces dos mujeres habían inmortalizado a sus personajes afros. *Sab* (1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda y el *Tío Tom* (1852), de Enriqueta Beecher Stowe. El propio Lamartine había publicado su poema dramático *Toussiant Louverture* (1850).

Nuestro romántico debió enfrentarse a la fama de esas obras y esos autores. En su balanza de novelista seguramente contrapuso el indianismo de los franceses ya en decadencia y la simpatía de que gozaban entonces los africanos a propósito de su liberación. No se debe olvidar que en nuestro país aún se debatía candentemente el pro y el contra de la esclavitud. El mismo Isaacs vivió el tráfico de prisioneros en su propia casa. Agréguese su ancestro británico por parte del padre y comprenderemos por qué fue más fuerte el influjo de los ingleses en la decisión de acoger en su novela a los africanos, prescindiendo de los indígenas que tanto había estudiado como antropólogo.⁴

4 ZAPATA OLIVELLA, MANUEL, "María". Testimonio vigente del romanticismo americano, en Revista Letras Nacionales, núm. 14, Bogotá, 1967.

¿Quién podrá objetarle esta determinación que nos legará una de las páginas maestras en la literatura universal sobre el paternalismo esclavista?

A la inversa de Isaacs, el creador de Macondo prefiere quedarse con sus pocos guajiros, turcos y árabes, pero, sobre todo, con los presuntos “blancos” que ocultan su sangre pigmentada. Extraordinario observador y superior novelista, Gabo nos describirá en la casta de los Buendía, el prototipo de quienes pretenden ignorar que sus abuelos conquistadores, de hábitos polígamos y sin mujeres europeas, debieron amancebarse con amerindias y africanas por varios siglos en el Caribe y resto del continente. He aquí la originalidad de Gabo, mostrarnos la *negredumbre* sin “negros”.

Desde las primeras páginas de *Cien años de soledad* hasta la última, se advierten los trazos inconscientes de la africanía:

1. El incesto como concepción central de la novela. La mitología yoruba se origina en el mito de Yemayá fecundada por su hijo Orungán, de donde nacieron en un solo parto, siete días después de muerta, los catorce grandes Orichas.⁵ La novela se inicia con el temor al incesto de los primos José Arcadio y Úrsula, maldición que se desenvuelve a todo lo largo de sus descendientes y culmina al nacer el último de los Buendía con su temida cola de cerdo. En igual forma, los hijos de Yemayá y Orungán se enredan en una serie de incestos y odios. Uno de ellos, Changó, la gran deidad de la fecundación y la guerra, se casa con su hermana Oba y convierte en concubinas a sus hermanas menores Oyá y Oshún.⁶
2. Rememoremos las concepciones religiosas de los yorubas y bantúes por las cuales los vivos están perpetuamente ligados a sus muertos para hallar sus entronques con las apariciones del difunto Prudencio Aguilar, su pacto de honor con José

5 GONZÁLEZ-WIPPLER, MIGENE, “Santería”, New York, Anchor Press-Doubleday, 1975.

6 LACHETENERE, R., “El sistema religioso de los Lucumís y otras influencias africanas en Cuba”, La Habana, 1940.

Arcadio Buendía y la ulterior persecución del muerto más allá de la Guajira; las repetidas visitas de ultratumba de Melquíades; la presencia silenciosa del fantasma de José Arcadio; los ruidos ocasionados por los restos de los padres de Rebeca Ulloa; el duelo entre Francisco El Hombre y el Diablo que nos hace recordar la leyenda del pacto entre Peralta y el Señor surgida en otra área de la mulatería colombiana.

3. Interpretación mágica de animales, objetos metálicos y fuerzas de la naturaleza:⁷ pescaditos de oro, imán, brújulas, puñados de tierra, lupas, palmas fúnebres, espejos, insomnios, aguaceros, mariposas, etc. Ya hemos visto que en la filosofía africana el hombre está inmerso física y espiritualmente al mundo que lo rodea y del cual se sirve.⁸ Cabe anotar que este tipo de ligazón animista con el universo nada tiene en común con la brujería y la alquimia europeas: máquina de la memoria, sahumeros mercuriales, Santa Sofía de la Piedad, la piedra filosofal o el elixir de la eterna juventud, herencias de la *blanquedumbre* que también campea en *Cien años de soledad*.
4. Los personajes de Gabo constantemente consultan la voluntad de los muertos y médicos invisibles a través de cartas, visitas y oraciones⁹. Pilar Ternera, Aureliano, Rebeca, Úrsula y hasta el incrédulo José Arcadio Buendía acuden a estas prácticas. A ellas habría que sumar las levitaciones del padre Nicanor Reyna, también compartidas por los hechiceros africanos.
5. Supervalía del sexo en el varón y la mujer¹⁰. Nada tan ligado al culto fálico de Legba como la monstruosidad viril de los

7 BASTIDES, ROGER, *Las Américas negras*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.

8 JAHN, JANHEINZ, "Muntú: Las culturas neoafricanas". México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

9 ORTIZ, FERNANDO, "Hampa afro-cubana los negros brujos", Madrid, 1960.

10 FREYRE, GILBERTO, "Interpretación del Brasil", México, Fondo de Cultura Económica, 1964. (XX Congreso Nacional de "Literatura, Lingüística y Semiótica". Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, octubre 29 de 1997).

Buendía y la inagotable libido de una mulata “adolescente” capaz de saciar a sesenta y cuatro hombres en una sola noche.

6. Podría igualmente adelantarse un examen de los vocablos bantúes utilizados en el castellano del Caribe y las Antillas del cual tampoco puede sustraerse Gabo: Macondo, malanga, marimonda, ñame, etc. Sin embargo, el influjo del africano en el lenguaje no debe buscarse solamente en el aporte de vocablos sino en las connotaciones dadas a las palabras españolas y al libre juego de sus creaciones literarias.

Desde luego que el autor de Macondo no anda sólo en esta vivencia inconsciente de la *negredumbre*. Lo acompañan los costeños Héctor Rojas Herazo, Alberto Sierra, Germán Espinosa, Alberto Duque, así como otros grandes novelistas y poetas del interior: Jorge Isaacs, Tomás Carrasquilla, Eduardo Carranza, Pedro Gómez Valderrama y tantos otros. Menos Jorge Artel, Amoldo Palacios, Helcías Martán Góngora, Hugo Salazar Valdés, Otto Morales Benítez y unos cuantos más que pertenecemos al bando de la cimarronería de las negritudes.

LA ESCLAVITUD EN LA “MARÍA” DE JORGE ISAACS*

Por ROGERIO VELÁSQUEZ M.



En la literatura nacional, “María” es guía insuperable para el estudio de la esclavitud. Gracias a la dulzura del relato, al universo que descubre y a las pasiones con que Isaacs pone de manifiesto su manera de pensar, puede el lector, tras del esguince de los actores, reconstruir mucha parte de esa empresa en que el hombre blanco puso a su servicio a otros hombres que tenían la piel negra, dioses y costumbres e idiomas diferentes.

No fue el cantor del idilio de “El Paraíso, propiamente un ideólogo. Para tamaña labor le hicieron falta conceptos morales, valor para criticar las instituciones de su tiempo, mente de reformador. Con todo, detrás de su ficción, de sus temas y procedimientos, que halla, en grado superlativo, afán por la verdad, aquello que lo empareja con los padres del realismo contemporáneo. Hay momentos en que Balzac y Jorge Sand, Lamartine y Víctor Hugo como que conducen al artista por el piélago de sus lucubraciones.

Nacido Isaacs en el Chocó, de padre anglohebreo tenedor de esclavos, pudo decir que conoció el asunto de la manumisión en sus

* Tomado de Rogerio Velásquez Murillo (1957). La esclavitud en la “María” de Jorge Isaacs. En: *Revista Universidad de Antioquia*, No. 128, pp. 94-104

más nimios detalles. Cuando se equivoca, lo hace, tal vez, por conveniencia familiar, por raza o partido o por temor a despertar en el pueblo ideas confusas y latentes de libertad que se movían en la masa. Por otra parte, “María” no es historia sino un punto de referencia en la geografía lírica de América.

Con esta advertencia, vamos a seguir el itinerario de los negros en ese libro sin segundo.

Entrada de los esclavos

Hasta 1851, Portobelo, en la puerta de Panamá, con tenientes, oficiales y cajas reales, destacamentos y castillos; Turbo, Cartagena, Riohacha y Santa Marta, fueron los puertos habilitados para el negocio esclavista. Los parias que se destinaban al Cauca para el laboreo de las minas y menesteres de siembras subían el Atrato en bongos o champanes, para después de cuatro meses de navegación, arribar a Citará. Ascendido el Quito y bordeado el cantón noviteño, bajaban el San Juan para internarse en el Dagua y caer a la provincia de Popayán.

En este viaje de uno a otro mar, por ríos y caminos montuosos y quebrados, al lado de carnes de Guayaquil, vinos de Chile, bayeta y cordobán de Santa Elena, iban los siervos al lado de sus amos. Cuando los desfiladeros lo requerían y las veredas lo mandaban, los señores, delicados y bien nacidos, trepaban sobre los africanos. Era la toma de posesión del alma de los humildes para probarles la obediencia.

Descrita está la litera de El Tambo, en el istmo de San Pablo, y la de San Joaquín, en el Calima: una silla ríspida de madera cortante sobre la espalda del negro; en aquella un travesaño de chonta para el descanso de los pies del que montado luce espuelas de jinete; un cordón vegetal que, al sustentar el peso de la carga, parte en dos mitades la cabeza del resignado, alterándole las venas de la sien, del cuello y del tórax. De tarde en tarde, como señal de apuro, de precipitación y de adelante, un frote del hierro que se enreda en las piernas, y un hilo de sangre que corre por el cuerpo

del que marcha con sed, con el barro pegado a la cintura mal cubierta con un taparrabo de fula, la frente agobiada y sudorosa, la boca cerrada, tenso el pecho velludo y las rodillas flexibles como las de los brutos de carrera.

Así llegó la servidumbre a las haciendas de “El Paraíso”.

Habitación

No se detiene Isaacs en la descripción de la casa de sus padres. Con las modalidades impuestas por el medio, la cultura y la economía de don Jorge Enrique, la tal evocaría, sin duda, la casa grande de los brasileiros que motivó a Gilberto Freyre. Pero si en esta pintura nuestro autor fue parco y pundoroso, descompone, por el contrario, la de los agregados con palabras y detalles veraces como estos:

“En la ribera izquierda había una choza, lavantada, como todas las del río, sobre gruesos estantillos de guayacán, madera que, como es sabido, se petrifica en la humedad; ahí están los habitantes libres de inundaciones, y menos en familia con las víboras, cuya abundancia y diversidad son el terror y pesadilla de los viajeros” (p. 245).

Y más adelante:

“Rufina, señalándome el camino, subió con admirable destreza la escalera, formada de un solo tronco de guayacán muesqueado, y aún me ofreció la mano entre risueña y respetuosa cuando ya iba yo a pisar el pavimento de la choza hecho de tablas picadas de pambil, negras y brillantes por el uso” (p. 248).

“Componíase la casa, que era una de las mejores, de un corredor, del cual, en cierta manera, formaba continuación de la sala, pues las paredes de palma de esta, en dos de los lados, apenas se levantaba a vara y media del suelo, presentando así la vista del Dagua por una parte y la del dormido y sombrío San Cipriano por la

otra; a la sala seguía una alcoba, de la cual se seguía la cocina, y la hornilla de esta estaba formada por un gran cajón de tablas de palma repisada con tierra, sobre el cual descansaban las tulpas y el aparato para hacer el fufú. Sustentado sobre las vigas de la sala había un tablado que la abovedaba en una tercera parte, especie de despensa en que se veían amarillear hartones y guineos, y a la cual subía frecuentemente Rufina por una escalera más cómoda que la del patio. De una viga colgaban atarrayas y catangas, y estaban atravesadas, sobre otras, muchas palancas y varas de pescar. En un garabato había colgado un mal tamboril y una carrasca, y en un rincón estaba recostado el carángano, rústico bajo en la música de aquellas riberas” (pp. 248-249).

Transcurridos cien años, lo dicho por Isaacs sigue teniendo vigencia. De arquitectura lacustre y construcción empírica y circunstancial, las viviendas de los hijos de los trabajadores de los potreros del Valle, de las orillas de nuestros océanos, de todos los ríos de la patria, continúan siendo ranchos de cañabrava y encerados, nidos de paja que traspasan los elementos, refugiados de murciélagos y ratas, maderas trabadas en sitios pantanosos, arcas de animales que cumplen con la vida y con la muerte en vergonzosa promiscuidad, covachas de bejuco y carcoma, tiendas de trashumantes que viajan por la selva, cubiles momentáneos de quienes pasan por el mundo como viajeros melancólicos.

Estos alojamientos son hijos legítimos de aquellos grandes almacenes húmedos y oscuros y de cuatro paredes que se alzaron en Cartagena y el Chocó, en la Villa de Leiva y en los alrededores de Popayán, en esos días nefandos del tráfico negro. En tales buhardas dormían tirados los recién llegados al Continente. Niguas y piojos y escorpiones los devoraban. En el Infierno del Dante habrían tenido puesto estas habitaciones, si el florentino prodigioso hubiera levantado la vista de las cuitas de la Edad Media, y, presintiendo a América, hubiese intuido el destino de la raza africana deformada cada día por el afán económico y por hombres inferiores.

Oficios

Teniendo en cuenta que la Real Cédula de 1789 mandaba “que la primera y principal ocupación de los esclavos debe ser la agricultura y demás labores del campo”, (1) los que servían al judío Isaacs, se consagraron a los deberes sagrados de la tierra. Véseles inclinados en la “costosa y bella fábrica de azúcar”, en las dehesas, en los buenos cebaderos desde el rayo del alba hasta el toque de la oración. Catorce o más horas de trabajo demuestran la sensibilidad de los patrones.

Los riesgos profesionales, merecían juicios como estos:

“—Choto! —gritó; y a poco se presentó un negrito medio desnudo—pasas monas—y un brazo seco lleno de cicatrices. Lleva a la canoa ese caballo y límpiame el alazán.

“Y volviéndose a mí, después de haberse fijado en mi cabalgadura, añadió:

“—Carrizo con el retinto!

“—Cómo se averió así el brazo “—Metiendo caña al trapiche; ¡son muy brutos estos! No sirve ya sino para cuidar caballos” (p. 53).

Aunque en el Código Negro Español se mandaba no imponer a las negras trabajos recios y peligrosos, y en la cédula citada se recomendaba a las mujeres ejercicios menos duros que a los hombres, en “El Paraíso” se violaban estas disposiciones, como lo prueba este pasaje:

“Iba la risueña y fumadora pareja nada menos que a habérselas con otra de potros a los cuales había llegado su turno en el mayal, y supe a qué, porque me llamó la atención al ver, no sólo al negro, sino también a su compañera, armados de rejos de enlazar” (p. 49).

Otros quehaceres pasan por la obra: cazar, hacer de brujo y curandero de serpientes, pescar en corrales y trincheras, llevar el correo, trajinar

con bestias de carga, construir casas, remar en el Dagua y en el Cauca, servir en los establos al lado de animales “molenderos rapados de crin y cola, con potros que corretean y burros viejos que meditan” (p. 49).

Vestido

“Los esclavos, bien vestidos y contentos hasta donde es posible estarlo en la servidumbre, eran sumisos y afectuosos para con su amo” (p. 14).

La expresión **bien vestidos**, no se puede creer. Las Justicias de los Distritos de Hacienda, de acuerdo con el Ayuntamiento y del Síndico Procurador, en calidad de Protector de los Esclavos, nada podían hacer en contra de la doctrina corriente de que la cabeza servil carecía de derechos. Servirle caput mullum just habit, decían los códigos. (2) El Digesto, Séneca, Gayo, Teodosio II, enseñaban lo mismo.

Siguiendo al Fuero Juzgo, el Chocó vistió a sus mineros varones con pampanilla, camisa de fula y sombrero de paja, en tan o que las hembras llevaban un retal de bayeta de la cintura, para abajo. Panamá, en obediencia al Fuero Real, les daba un algodón de bayeta de Cajamarca y calzón de vara y media de bramante. El Magdalena, temeroso de las leyes del Estilo, los uniformaba con pampanilla y sombrero. Cartagena, de acuerdo con las Leyes Nuevas, les tapaba las vergüenzas con telas groseras. Sólo en las propiedades de los Isaacs los condenados iban **bien vestidos**, con calzones y chaquetas, camisas y zapatos, mantas o ponchos para evitar el frío de la noche, ¡contrariando el Ordenamiento de las Tafurerías, el Espéculo y el Derecho Canónico!

De que esto no fue así, nos lo dice el escritor cuando cuenta:

“Vinieron en mi auxilio dos negros: varón y mujer; el, sin más vestido que unos calzones, mostraba una espalda atlética luciente con sudor peculiar de la raza; ella, vestía follado de fulo azul, sin más camisa que un pañuelo anudado hacia la nuca y cogido por la pretina, el cual le cubría el pecho. Ambos llevaban

sombrero de junco, de aquellos que a poco uso se aparagan y toman color de techo pajizo” (p. 49).

Y más adelante, agrega:

“—Choto! —gritó; y a poco se presentó un negrito medio desnudo” (p. 53).

Don Mario Espinosa, miembro de la Comisión Corográfica y contemporáneo de “María”, asegura haber visto en el Cauca, negras con “un retal de bayeta amarilla sujeta a la cintura que le cubría hasta cerca de las corvas, si bien abriéndose más o menos inoportunamente cuando caminaban. Completaba este vestido, un pañuelo **rabigallo** atado por dos de sus puntas sobre la nuca y por los otros dos en los lomos, formando por delante del pecho un velo undoso y desleal que hacía traición cuando no al calor, al menos al volumen” (3).

Del vestuario de los hombres, dice:

“Los hombres andaban casi desnudos, el pie en el suelo, con una camisa de listado y unos altos y estrechos pantalones de dril.” (4).

Por la transcripción anterior se ve que los libertadores de Colombia no pensaron jamás en mejorar las clases pobres. Habían luchado por canonjías personales, por empleos y prebendas para ellos, por el cambio de una dinastía extraña por otra americana. En 1867, época del aparecimiento del libro de Isaacs, después de las batallas y de las promesas, de la licenciatura de los oprimidos, los trabajadores de los campos estaban, en cuanto a vestuario se refiere, en la misma condición en que los vieron Jorge Juan y Antonio Ulloa, en 1735, desnudos, con la nostalgia del boato de los opresores que pagaban todavía un cuartillo a cada hombre que se inclinara sobre la verdura de sus propiedades.

Alimentación

“Como hoy es día de matanza y mi padre madrugó a irse a los potres, estaba yo racionando a los negros, lo cual es una friega” (p. 53).

Se cumplían las leyes. El Código Español determinaba entregar a los siervos carnes y pescados salados, legumbres y frutos mentores, raíces de la tierra, semillas como arroz y maíz, “quantas necesiten pues se lo impon. Todos los trabajos soportables a su vigor y fuerza. Debieran quando menos ser por semana, tres libras de carne o pescado salado, o tres libras de arroz en su lugar y seis de casabe, o cosa equivalente, como Plátanos, Batatas, Vr. a los mayores de diez años y la mitad de ello a los menores.” (5).

Por ser una friega esto de racionar a los galeotes, se optó por no cumplir con el artículo 14 de la mencionada Cédula Real de 1789. En su defecto, los hacendados se tomaron la libertad de dar a sus esclavos de la edad que manda el referido artículo, un día de la semana para que trabajen para sí, en sus conucos, y con lo que esto les produzca busquen con qué alimentarse; de cuyo modo se toca con la experiencia que no sólo se pueden sustentar muy bien dichos esclavos, sino que viven más a gusto que si les dieran las dichas tres libras de carne a causa de que lo que trabajan en ese día, y en los demás de fiesta, les da sobradamente para comprar la misma carne, cuando la encuentran, u otras cosas que apetecen más y les mantiene a su satisfacción.” (6).

Las crónicas aseguran que con esta medida se descargaron los terratenientes de sus obligaciones. Muchos hacendados se hicieron castigar por el Ayuntamiento por negar la manutención y el vestido; otros, a regañadientes, proporcionaron una libra de carne cada mes y diez plátanos a la semana. Esta conducta dio pie para las fugas y los robos, para los alzamientos y rebeliones, fricciones que fueron dolorosas en grado absoluto.

¿Qué comían los hombres de “El Paraíso”? “María” deja entrever que el mantenimiento se reducía a sancocho de plátano verde, carne de monte y raíces como ñame o yuca, los domingos. Para los otros días bastaba con el fufú de ñame o plátano cocido con sal, tápapo o coco; mazamorra de maíz o un trozo de panela o cañadulce en los

entredías bochornosos; caldo de milpesos con arepa o fruta de chontaduro; piltrafas de animales cazados en trampas o muertos a filo de macanas o sorprendidos en lazos o volatines amarrados en nagueares o piaúndes pupúreos y elevados.

Trato

“Pude notar que mi padre, sin dejar de ser amo, daba un tratamiento cariñoso a sus esclavos; se mostraba celoso por la conducta de sus esposas y acariciaba a los niños.” (p. 14).

“Los esclavos eran sumisos v afectuosos para con su amo.” (p. 14).

La causa de esta buena conducta era una consecuencia del tratamiento que recibían. Por brutos que fuesen los peones, tenían que reconocer la magnanimidad del señor que gobernaba sin perros de presa que desfiguraban, sin látigo ni cepo, sin grilletes ni máscara, sin collar ni pregón, sin tumbadero ni campanillas, lejos de la ley que lo autorizaba castigar las infracciones con cortes de orejas y nariz, piernas y corvejones.

En la hacienda de los Isaacs no había botalón para azotar infelices maniatados y encorvados, ni argollas de hierro para sujetarlos en lo alto durante varias horas, ni muñequero que rompía las manos, ni perreros con perdigones para destruir las carnes fatigadas por el trabajo. Tal vez se dosificaban las correcciones para impedir el cimarronaje, la fuga del esclavo que se llevaba tras de sí el dinero que se había dado por él, y la tranquilidad del sembradío. Panamá, Cartagena, Santa Marta, el Patía y el Chocó, habían experimentado en carne propia la furia de los Boyanos y Mozambiques, de Biojóes y Lepañas. Con estos antecedentes, era mejor la prudencia, la moderación, el suave sistema correccional utilizado por el padre con el hijo, a fin de evitar que el muelle contenido cediera como había ocurrido en Santo Domingo, Saija o Venezuela.

Libertad de los esclavos

En la historia de Nay, el más brillante relato de “María”, da el lector con este rasgo de generosidad:

“Mi padre lo allanó todo con dinero. Firmado por el norteamericano el nuevo documento de venta con todas las formalidades apetecibles, mi padre escribió a continuación una nota en él y pasó el pliego a Gabriela para que Nay la oyese leer. En estas líneas renunciaba al derecho de propiedad que pudiera tener sobre ella y su hijo” (p. 182).

De esta manera daba el Derecho Romano la libertad a los esclavos. Mas en los estrados de las Partidas que regía en América, se exigía “un acto solemne sujeto a formas especiales, que podían ser, según la Ley primera, tit. XXII, Partida IV:

“En la iglesia o fuera de ella; o delante de un Juez o en otra parte; en testamento, o sin testamento; por carta o delante de sus amigos”. Y agregaba: “Si fuere hecha por carta o delante de sus amigos, que lo haga ante cinco testigos.” (7).

Quedaron libres Feliciano y Juan Ángel, faltando como faltaron los testigos y la escritura pública que ordenaba hacer la Ley XC, tit. XVIII, Partida III? Que lo digan los juristas. Para nosotros hubo engaño, una estafa de libertad que se patentiza en lo siguiente:

“Mi padre le hizo saber a Juan Ángel que era ampliamente libre, aunque la ley lo pusiese bajo su cuidado por algunos años, y que en adelante debía considerarse solamente como un criado de nuestra casa” (p. 187).

Esclavo era igual a siervo, vasallo, liberto, sirviente o criado, definía la Ley IX, tit. VIII, Partida VII. Si ello es así, Juan Ángel podía ser castigado ejemplarmente, mandado, marcado, lesionado, atormentado en juicio, capturado como cimarrón, en cuyo caso podía ser descuar-

tizado o sentir el arranque de la lengua, la extracción de los ojos o el cercén de los genitales.

Matrimonio

En cumplimiento de las leyes de 1527, 1538, y 1541 que propiciaban las uniones para aumentar el número de los miembros de las fincas, en la obra de Isaacs se registran matrimonios católicos entre individuos de la misma raza, casta y condición. Se clarificaban las familias. Bruno y Remigia al enlazarse para siempre, daban cumplimiento a la Cédula Real de 1778.

Así como está prohibido encomendar indios a los negros' o tener estos blancos o indios a su servicio, tampoco se les permitía casar con razas claras. Cada cual con la suya. De esta disposición se desprendieron los asaltos amorosos, las caídas de las princesas blancas, las fusiones clandestinas en que el negro vencía con sus maneras libres y atrevidas, con sus formas atléticas y rudas, con su ardentía de animal enclado, con sus ritos y su magia, con la llaga de su lengua y con la eternidad de sus dolores.

Arte musical

En el matrimonio de Bruno y Remigia, vuelve Isaacs la vista al arte musical de los africanos. Después de pintar el espacio donde se realiza la fiesta, dice:

“Los músicos y cantores, mezcla de agregados, esclavos manumisos, ocupaban una de las puertas. No había sino dos flautas de caña, un tambor improvisado, dos alfandoques y una pandereta” (p. 15).

Más adelante, agrega:

“En un garabato había colgado un mal tamboril y una carrasca, y en un rincón estaba recostado el carángano, rústico bajo en la música de aquellas riberas” (p. 249).

Muertos los alfandoques, las panderetas y el carángano, quedaron en los litorales las flautas de caña, los tambores rituales de los yorubas o dahomeyanos, la marimba conga o angolense, los conunos, o guasá, los tantanes dados con palos y piedras, los golpes con las palmas de las manos. Para dar sabor a tanta maravilla, los hombres han sumado a su melódico haber, el clarinete y el saxófono, bandola y el tiple, el arpa y la guitarra traídos por los españoles- los momentos de cumbiamba y de merengue, en el Magdalena o maco, en el Patía o el Atrato, la carrasca, en manos de los tocadores levanta su ritmo sordo y achatado como la vida de los que la x cerca del corazón.

Con esta música sonable, cantable y bailable que pareció a Isaacs medio salvaje, cumplieron los negros todas sus tareas. Con los cuerpos desnudos, de tripulantes y estibadores, de recolectores de frutos, de mineros, picapedreros o leñadores; entre cañas de azúcar, algodonales y tabacales; en medio de café y plátanos, oro y platino, arroz y madera, palo de añil o raíces de cascarilla; en la popa o en la proa de las canoas pesadas; en todo movimiento físico, el esclavo dio su canto, el canto roto y descosido, su aúllo, la protesta del canto. Con su ritmo de maza que cae, de martillo que golpea, de hacha que muerde, de remos que se levantan, con su elegía y con su rayo, con su horizonte plañidero y sus batallas secretas, el negro se fue tras de su ruta. Sus hijos y sus nietos fieles a la devoción de la belleza buscan su destino al conjuro de esa música que tiembla en sus canciones, en el cerco de sus redoblantes y el cuchillo pífanos.

Danza

“De los bailarines eran en ese momento Remigia y Bruno; ella con su follado de boleros azules, tumbadillo de flores lacres, camisa blanca bordada de negro y gargantilla y zarcillos de cristal de rubí, danzaba con toda la gentileza y donaire que eran de esperarse de su talle cimbrador. Bruno, doblados sobre los hombros los paños de su ruana de hilo, calzón de vistosa manta y camisa blanca y aplanchada y un cabiblanco nuevo a la cintura, sapateaba con destreza admirable” (pp. 15-16).

“Pasada aquella mano, que así llamaban los campesinos a cada pieza de baile, tocaron los músicos su más hermoso bambuco, por’ que Julián les anunció que era para el amo” (p. 16).

Simplificado el baile que hallaron los negreros en el África ecuatorial, se vino a parar a la coreografía del bambuco. La reducción de las comparsas colectivas que celebraban ritos sacromágicos en plazas y mercados, comenzó con la caza y venta de los ejecutantes, con las prohibiciones de la Cédula Real de 1789 que impedía la unión de los siervos de varias haciendas vecinas, con la separación de los sexos en toda expansión, con la presencia de los amos o de los capataces, con la carencia de bebidas embriagantes, con la profusión de los idiomas diversos que hablaban los negros, con la falta del sol o de la luna. Quizá les faltaría el resplandor de los cocuyos, el cielo estrellado, los bosques con sus mundos que suben y se apagan, la sangre que fecunda.

El bambuco de que habla el chocoano, fue el mismo que hallaron Juan Baptista Labat, en Santo Domingo, en 1689, Don Pernetty, en Montevideo, en 1763, y Helms, en Buenos Aires, en 1806. Había corrido medio mundo en la boca de los caídos, en el parche de los tambores y en las posturas de la plebe. Salve vaho que enardece, lámpara de amores, escape de tristezas, ¡antesala de lubricidad que se agazapa en la mente y en la carne vuelta llama!

Poesía

Marchaba Isaacs “a la puerta del rústico camarote, bóveda de techumbre cilíndrica formada con matambas, bejucos y hojas de rabiahorcado, que en el río llaman rancho, al lado de tablas de guadua que servían para cama bajo aquella navegante gruta” (p. 241) cuando oyó esas canciones sentidas y salvajes de los bundes. Harían coro a semejante vocerío el croar de los sapos, el ruido de las corrientes, el rumor de los manglares, o el vuelo de las aves que se orientaban a sus nidos.

El negro está formado de música y de danza. Coplero, positivista, quimérico, ama la tonada que no se desvirtúa jamás. La miseria y el hambre, el miedo al más allá y los vicios que lo circuyen, la mujer y los hijos, la infancia desventurada, los deseos de riqueza y salud, la injusticia social que lo convierte en esclavo de clases, el amor y la muerte, son sus temas preferidos. Parte de esto fue lo escuchado por Isaacs, en las orillas del Dagua:

“Se nos junde ya la luna;
 Remá, remá.
 ¿Qué hará mi negra tan sola?
 Llorá, llorá.
 Me coge fu noche oscura.
 San Juan, San Juan.
 Oscura como mi negra,
 ni ma, ni má.
 La lú de su s’ojo mío,
 der má, der má.
 Lo relámpago parecen,
 Bogá, bogá” (p. 242).

Enfermedades

Con la epilepsia hereditaria que hace presa en la heroína de la obra, el documental de nuestro paisano muestra otras enfermedades. La hepatitis aguda que elimina a Feliciano, las fiebres palúdicas que se amortiguan con zumos de hoja hedionda o saúco, las mordeduras de culebras “gruesas como un brazo fornido, de tres varas de largo, de dorso áspero, color de hojas secas y salpicadas de manchas negras, cabezas enormes y bocas grandes, y de colmillos como las uñas de los gatos” (p. 247).

Para tantas desgracias, sólo hay médico para los señores. La hija del judío Salomón perece, no por falta de medicamentos, sino por mandatos superiores. Nay, ve el galeno cuando la esplenomegalia es incurable. En cambio, para los bogas y sembradores que luchan a diario

con las víboras y chontas, guascamas y equis, quedan las contras, las plantas sin estudiar, “el guaco, los bejucos atajasangre, la siempreviva y la zaragoza, las hierbas que no se nombran y que los negros conservan en colmillos de tigres y de caimanes ahuecados.” (p. 246). El epílogo de tanto empirismo es la muerte del desgraciado entre agonías espantosas, manando sangre por la boca y por todos los poros, con la carne amoratada, recia la respiración fatigosa, inyectados los ojos de un tinte subido, las manos bamboleantes como las aspas de los molinos.

El pensar en el trópico con sus bacilos y amibas, tenias y anquilosomas que entorpecen la infancia; el soñar con el pian y sus secuelas que inhabilitan para el trabajo físico y para el esfuerzo de la mente; el llevar en la cabeza los delirios de las recurrentes, o las enfermedades de la piel como la sarna y el carate; la creencia en el reumatismo que anquilosa y aniquila con sus deformaciones en los huesos; el recuerdo de la malaria con su caquexia y perniciosas, sus trastornos meníngeos y sus toques hemoglobínúricos, condujo al jinete español a establecer en su legislación hospitales para los que se movían en el campo.

No puede asegurarse que en las dehesas de los Isaacs se cumpliera con este mandato. La verdad es que Feliciano, la sierva preferida de María, muere en un cuarto de la hacienda, consolada por un sacerdote, rodeada de esclavas llorosas, devorada por calores internos, llamando a su marido, lejos de su tierra nativa que le había dado ojos hermosos y labios violentos, dientes parejos y porte de palmera, andar de mujer bien nacida y grandes virtudes morales dignas de su estirpe.

Muerte

“Eran las cinco de la tarde cuando hice que alejaran a Juan Ángel del lado de su madre. Aquellos ojos que tan hermosos habían sido giraban amarillentos y ya sin luz en las órbitas ahuecadas; la nariz se había perfilado; los labios graciosos, aunque ligeramente gruesos, retostados ahora por la fiebre, dejaban ver los dientes, que ya no humedecían; con las manos crispadas y yertas sostenía sobre el pecho un crucifijo

y se esforzaba en vano por pronunciar el nombre de Jesús, que yo repetía, nombre del único que podía devolverle a su esposo” (p. 184).

“Luego que las esclavas la vistieron y colocaron en un ataúd, cubierta desde la garganta hasta los pies de un lino blanco, fue puesta en una mesa enlutada, en cuyas cuatro esquinas había cirios encendidos. Juan Ángel, a la cabeza de la mesa, derramaba lágrimas sobre la frente de su madre, y de su pecho, enronquecido por los sollozos, salían lastimeros alaridos” (p. 184).

Terminado el rosario, una esclava entonó la primera estrofa de una de esas salves llenas de dolorosa melancolía y de desgarradores lamentos de algún corazón esclavo que oró. La cuadrilla repetía en coro cada estrofa cantada, armonizándose las graves voces de los varones con las puras y dulces de las mujeres y de los niños. Estos son los versos que de aquel himno he conservado en la memoria:

“En oscuro calabozo
cuya reja al sol ocultan
negros y altos murallones
que las prisiones circundan;

En que solo las cadenas
que arrastro, el silencio turban
de esta soledad eterna
donde ni el viento se escucha . . .

Muero sin ver tus montañas
¡Oh Patria! Donde mi cuna
se meció bajo los bosques
que no cubrirán mi tumba” (p. 185)

Sincero y piadoso aparece aquí, el novelista. Sólo que para completarse debió repetir sobre la tumba de Feliciano, las palabras de Jorge frente al sepulcro del Tío Tom:

“Fue en su tumba donde resolví no tener en adelante un solo esclavo mientras pudiera libertarlo” (8).

Los aspectos mencionados son, a nuestro juicio, los principales que brinda “María” para el estudio de la esclavitud. Isaacs, describió la servidumbre ideal, la que amaba, no la que libertó Bolívar en Carúpano y Ocumare, la que estigmatizó don Juan del Corral y combatió don José Félix de Restrepo y dio fin, por innecesaria e improductiva, José Hilario López. La poesía con que el chocono del Atrato encubre la realidad impresionante, no empecé para decir que su creación, sueño del espíritu en muchas de sus páginas, es un cementerio de almas que piden cuentas todavía.

Bibliografía

- (1) De Quiróz, Juan B. (1943). El Contenido Laboral en los Códigos Negros Americanos. *Rev. Mexicana de Sociología*. Año V. Vol. V. No. 4. – México, D.F.
- (2) Maynz (1877). *Curso de Derecho Romano*. 4a Ed. Bruxelles.
- (3) Espinosa, Mario (1942). *Viaje al Chocó*. – Publicaciones del Periódico “Comandos”. – Bogotá.
- (4) Espinosa, Mario (1942). Art. cit.
- (5) De Quiróz, Juan B. (1943). Op. cit.
- (6) De Quiróz, Juan B. (1943). Op. cit.
- (7) Petit Muñoz, Eugenio Narancio, Edmundo M. Traibel Nalcis, José M. (1948). *La Condición Jurídica, Social, Económica y Política de los Negros Durante el Coloniaje en la Banda Oriental*. Vol. 1. – Talleres gráficos “35”. – Montevideo.
- (8) Beecher Stowe, Enriqueta (1938). *La Cabaña del Tío Tom*. Editorial Sopeña. Buenos Aires.

BATALLA CON LA LUZ*

Por NATANAEL DÍAZ



Agónica la cultura occidental —a pesar de su exuberancia primigenia y de su optimismo presente—, más que por el cierre de su ciclo vital por la importancia de sus múltiples hallazgos para entregarle al hombre, así fuese en mínima parte realizado, algo de sus anhelos y de sus ambiciones perennes, se ha hecho más notorio en la presente crisis, cómo el destino del ser humano ha sido dirigido como si se tratara del de un arcángel derrotado. Por eso su tránsito terrestre no alcanza a ser otra cosa, tal como se nos presenta en el curso de la cultura “fáustica”, que una “sórdida batalla con la luz”. Iluminado el universo circundante por el propio resplandor de las estrellas, y aquel otro mundo abscondito del misterio por la lumbré de los sueños, el hombre no ha hecho nada diferente a tratar de vencer esa honda claridad ofuscante que así le combate, mostrándole todas las cosas en la excelsitud de su prístina hermosura y dándole, para hacer más doloroso su martirio, la infinita medida de su infinita distancia. Para el hombre actual, aquello que le permite ver la forma de los seres y las cosas, no es más que beligerante claridad, combatiente luz, agresivas auroras.

De ahí que el destino de la humana especie en lo que ya de cultura occidental y cristiana, no haya sido algo distinto a un permanente intento para fugarse de la torturante luz, huyendo de sus trágicos

* Tomado de Natanael Díaz (1951). Batalla con la luz. *Periódico Sabádo*. 3 de Febrero, 1951, p 7.

espetas, sumergiéndose bajo los parpados para así encontrar sin timideces la esquiva noche eterna.

El drama actual del hombre está, pues, y, en definitiva, enmarcado por la claridad que tantas hermosas cosas le muestra en su cruel y al mismo tiempo subyugante letanía. Todo lo que él ha podido realizar como artista principalmente, ha tendido fatalmente a patentizar esa tremenda verdad. Y, si fuésemos a efectivizar el balance de esa tentativa, tendríamos que advertir que, hasta el instante presente, el hombre apenas ha logrado por instantes decir esa tragedia de su dramático si no. La historia del arte y de la filosofía, desde el día inicial de la cultura helénica, bajo cuyo mandato imperativo han actuado las inteligencias de la edad presente, nos va diciendo cómo sus obras no han sido más que huella luminosa del fracaso del hombre en el intento de encontrarse a sí mismo; fracaso que ha tenido su raíz en la concepción de creerse hecho a la imagen y semejanza de Dios, pues que creyéndolo así, quiso encontrarse en la cercanía de la estrella, a pesar de tener, como los ha tenido desde siempre, clavados los pies en la dura arcilla terrestre;

Ahora, cuando se hace más necesario que nunca un lenguaje universal en el que puedan entenderse todos los hombres por la exactitud en expresar su angustia prometeica. sólo la poesía, en el campo del arte, con su universo de símbolos eternos e inefables; con su idioma de profecía; con su sed infinita de celestiales aguas; con su absorta mirada sobre la sangre de los hombres, vertida ininterrumpidamente por su propia mano satánica, es capaz en esta hora de Incendios y de muerte, con masacres en la alfa noche, de expresar la sigue siendo devorador insaciable de su propia estirpe, por la insistencia en aherrajar a sus hermanos más débiles.

La poesía como intento de equilibrio entre la sombra que es el hombre y la clara forma de su esperanza, antes que la exaltación de la alearía transitoria, del alba ilimitada, de la flor que ignora su precario destino, de la doncella plácida, tiene ahora como fin trascendente el relato auténtico, así sea de desesperado, del tránsito humano por

estos senderos de sangre y de cósmica miseria*. Así debió ser siempre, porque, en verdad, ¿conquistó el hombre alguna vez la exacta altura de su ambición o satisfizo plenamente sus vitales urgencias para justificar en algún instante su optimista Júbilo? ¿Acaso la sonrisa suya no fue en todo momento una especie de Danto con los labios, música fúnebre, sonoro sollozo, cuando el pan estuvo distante de sus manos suplicantes? Por lo menos, para la gran mayoría de los hombres, la vida ha sido menos que ella misma: exactamente, muerte lenta, llanto inconsolable. Dijérase que el humano ser al dejar las impenetrables tinieblas de la no existencia, no hizo otra cosa que conquistar un sitio de combatiente con la luz que así le ilumina la presencia de las cosas, precarias unas y próximas a sus manos deshabitadas, y distantes esas otras que a él le son menester.

Así fue desde el principio de los días. Mas los poetas voceros naturales de la humanidad entera ante los sórdidos dioses, no cumplieron el demoníaco destino de elevar hasta su huella abyecta, taciturna tanto más cuanto que el hombre* el lucero su grito de pavor. Sorprendidos ante el dramático espectáculo de la vida, se evadieron de sus sitios de combate y cuando era su misión aquella de decir la miseria y total pavora del hombre y de descubrir su sino incógnito el dolor y la agonía acechantes, entonaron en su voz de desertores temblorosos la égloga apacible, la balada languideciente, el ritornello afeminado, en la exaltación de las cosas mínimas, en tanto que dejaban sin nombrarla apenas, la hermosura de la lucha del hombre por sobrevivir a su propia catástrofe. Por eso, la elegía sólo creció a trechos de siglos, flácida en sus formas, agónica en su vida incipiente por entonar pequeños incidentes personales, olvidándose de que sólo la expresión apocalíptica es propia de su voz. Sólo que la poesía se ha visto obligada ahora a crecer alimentada en la sangre, la angustia y las lágrimas del hombro. Ya puede decirse que ahora éste es su objeto último, con todo lo que él significa de muertes y de resurrecciones sucesivas. Atrás queda la infantil alegría, las fuentes sonoras, los crepúsculos sentimentales, la flor en trance de arcángel,

la vida como río de melifluas aguas. Ahora es el hombre con su total miseria objetiva y subjetiva, con su llanto oceánico, con su muerte a cuestas, con su abierta herida palpitante, el único tema para el cántico. Los labios ungidos para esa deífica misión no tendrán otras palabras para el delirio y la embriaguez, en tanto que el hombre prosiga en su agonía. Es la batalla con la luz.

En nuestro medio intelectual los trabajadores de la poesía, con su ancestral individualismo se quedaron vertidos hacia adentro, dijeron lo de su mundo interior, deteniéndose más que a escuchar el sonoro discurrir de las lágrimas y de la sangre en actitud ecuménica, a expresar los requerimientos de sus corazones enfermos de sentimentalismo puro, enternecidos con el repetido florecer de los Jardines, con la fluvial sonrisa femenina, en tanto que la agonía del pueblo esclavizado o masacrado, el surco destruido por el fuego de las pasiones, los lechos profanados por la pezuña de la bestia, los niños hambreados, los ancianos pateados, los manteles vacíos, las vírgenes violadas, no le merecieron más que un gesto de desprecio y de sorna. De cuando en vez uno como Julio Flores, el calumniado de populachero; otro como Silva, aquel como Valencia y éste tan próximo como Barba-Jacob, intentaron hablar en nombre de la humanidad dolorida y sollozante, Pero no pasó aquello de ser posturas individuales, intentos, más o menos logrados. Los posteriores, especialmente los de “Piedra y Cielo”, estremecidos por el derrumbamiento de tantas cosas erigidas por la cultura de Occidente como eternos postulados humanos, comenzaron a decir un poco de la agonía del hombre, mezclado ese lenguaje con cánticos de “amoroso amor”. Pero, realmente no hicieron —por mandato de la época— otra cosa que llevar a su más pura expresión esa poesía transparente, tierna de amores y de olvidos transitorios, de rosas y de lirios exuberantes. Con esa generación, que alcanzó la más pura y elegante forma en la estructura de la metáfora y aun del verso, se cerró definitivamente el ciclo de poetas para niñas y comenzó ésta más trascendental, más grandiosa, de poetas para el hombre, cuyas más altas figuras responden a los nombres de Walt Whitman, Porfirio

Barba-Jacob, y más cabalmente Nicolás Guillén y Pablo Neruda en la poesía de América.

En la última generación de poetas colombianos, Carlos Castro Saavedra ha dado definitivamente pasos, Pero uno más Joven que él, MARCO FIDEL CHÁVEZ, aún no frecuentado por nuestra “crítica”, estremecido hondamente por un cataclísmico temblor humano, anuncia un rumbo verdaderamente universal para nuestra poesía. De su libro próximo a aparecer, es el título que encabeza estas digresiones. En él se aparta el poeta radicalmente de la tradición lejana y próxima que ubicó a nuestros líricos en el sitio en donde sólo pudieron decir su llanto y su ternura, para colocarse entre los pocos poetas universales que han advertido los caracteres apocalípticos de la hora presente. Por eso su Poesía, superando la etapa prometeica de que nos hablara el gran León Felice y regresando sin pueriles temblores al sendero de angustia de las lágrimas y de agonía de la sangre, levanta su voz incendiada de elegías, para que en los labios nos quede el insistente, exacto sabor a cenizas de la presente hecatombe. En la temática del poeta de quien venimos hablando singularmente conmovidos por la excelsitud de su mensaje, el hombre se nos presenta tal como han querido que él fuese los encargados de dirigir su destino sobre el polvo de la tierra: angustia transeúnte, planta de sollozos, anhelo de definitivos hallazgos, ansiedad de vuelo, sorpresa de constatar cómo a pesar de que “el destino nos hace ganar la luz a ciegas”, ésta, luego de sentirnos invadiendo su espacio de transparencias insasibles, nos niega insistentemente:

“Hace veintitrés años gané mi sórdida batalla con la luz.

Ahora hasta la misma luz me desconoce.

Siento cómo un extraño ángel ha cortado mis alas”

Y luego de la tremenda desesperanza de ver que el alba agoniza dejándonos en medio de la dura sombra, nos dice cómo el hombre desea regresar a la entraña de la dura sombra, eternamente ciega:

“Qué duro el hueco en donde estuvo el día.

Qué inútiles y duras las espigas y las hojas de oro sin tallos y raíces.

El árbol dando su sombra fiel para el amor sin límites en la
mesa sin nadie la blanca sombra del mantel de nieve”

El tiempo presente, con su rostro de luto innegable, ha impreso en la poesía de Chaves su expresión nocturna, su estirpe de elegía. En su poema “Segunda Elegía”, el poeta nos hace caer en la cuenta de cómo la vida del hombre ha comenzado a derrumbarse, dejándolo orillado, balanceándose con su vocación de adiós, de ala, de agonía, anticipando su ser a sus propias cenizas y mostrando cómo en exacto sitio donde posara su planta, queda una aldea amarga, amarrada a su piel sin estatura, al barro desnudo y sin imágenes, ciego de amor y transparente de olvido. Y sigue ardiendo el hombre en el canto de este poeta nacido en Puerto Tejada “de betún humano”, y a quien Abelardo Forero Benavides, nuestro extraordinario escritor crítico, político y literario, ha llamado “un nuevo gran poeta”, en la antología que de su obra presentó el número anterior de SÁBADO. Es en “Elegía Prematura” en donde dice cómo el instante actual, proceloso de beligerancia universal, quiere con sus aparatos de muerte inevitable, hundir al hombre en la tiniebla definitiva. En “Nuevas Palabras”, el poeta, seguro de que el tránsito del hombre por estos senderos terrestres, trazados para que sea más visible su dramático si no, debajo de la mirada encendida de las altas estrellas, no ha sido más que un permanente naufragio, convulsión de sueños, marea de sanare derramada, ordena imperativamente a los que aún tengan las pupilas listas para descubrir el asombro, mirar absortamente lo que les rodee:

“Habitad el paisaje
–serenamente–
con todos vuestros ímpetus.
Dejad que un claro río
ilumine
la noche de tu sangre.

Habitad todas las cosas
sólo un día.
Habitad la belleza,
los labios,
los rincones,
porque tal vez el tiempo
huya como los pájaros,
y entonces tu soledad
no será soledad
sino vana tristeza,
Habitad las noches oscuras
las maderas,
la blancura del lino,
los golpes en la tierra,
habitad cada forma de la vida,
vivid múltiples veces
sólo un día.

Tal vez una profunda quietud
tus músculos azote.
Gritad.
Luchad contra la muerte.”

En verdad, siempre la vida del hombre fue lucha contra la muerte. Ahora cuando ésta realiza la más grande de sus cosechas, la vos del poeta quiere congregarnos a todos. Luchemos contra la muerte.

RACISMO ACADÉMICO
Y PROBLEMÁTICAS
EN EL PACÍFICO

LOS ESTUDIANTES Y EL PREJUICIO RACIAL*

POR LIBARDO CÓRDOBA RENTERÍA



La propuesta inicial de construir la microhistoria debió ser modificada, dada la dificultad de enfrentarse con la fragilidad de la memoria para recuperar las fechas exactas de los hechos por parte de los entrevistados. Por tal razón no puede realizarse la microhistoria hilvanando hechos a través del tiempo y, ante lo previo, decidí recurrir a un inventario de hechos ocurridos entre los años 1977-1979 en la Universidad.

Este inventario de hechos encierra el mismo sentido del plan inicial puesto que no se desprende del tema bajo el cual fue propuesta la realización de la microhistoria.

Los estudiantes en general habitaron las residencias universitarias en dos formas: 1) por adjudicación y 2) pirateando (es decir, habitando de hecho las residencias universitarias). A la par que las personas de raza negra que habitaron estas residencias también lo hizo un grupo de personas oriundas del Departamento de Nariño, que en su gran mayoría ocuparon el segundo piso del bloque 385K, pasaban en cierta forma desapercibidas dentro del contexto universitario, dado que su color de piel (blanco) se lo permitía, porque en nuestra sociedad

* Tomado de Libardo Córdoba Rentería (1995). *Prejuicio racial en la universidad del valle entre los años 1976-1979 [Apartes]*. Tesis de Grado presentada como parte del requisito para optar al título en Sociología. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Sociales y Económicas, Departamento de Sociología.

colombiana es corriente dentro de ciertos espacios observar estas tertulias. Lo que no era común dentro del espacio universitario era observar reuniones de personas de piel negra.

El apelativo que se le daba al bloque era el de Uganda y nace como consecuencia del poblamiento de algunas habitaciones por estudiantes negros sin ser estos la mayoría. Al anterior se le puede dar el sentido de negarles la nacionalidad colombiana y ubicarlos dentro del contexto africano.

Dichas relaciones se pueden caracterizar como unas relaciones sociales de dominación marcadas por el prejuicio racial que hacían que los estudiantes negros reaccionaran emotivamente cuando se les intentaba ofender por pertenecer a la raza negra.

La selección de las transcripciones se dividió en dos niveles: 1) forma de dominación 2) en forma de chiste.

Mi compañero era muy acelerado ¡ah! Era porque ya se murió y empieza a tocarle... “no les toques” ... y estos empiezan a decirle que no los toquen, la vaina termina la discusión en un cuento racista, a mí me dio mucha rabia con Harold, ... vos por qué tenés que llevar la discusión allá... la discusión no tiene nada que ver con lo de negros. Hay un problema de bulla, por qué tienen que llevar la discusión allá.

P: ¿De los problemas que más incomodaba en la universidad eran las fiestas que estos muchachos hacían los viernes?

R: Tenían en el cuarto piso un equipo de sonido.

R: HAGA PATRIA MATE UN NEGRO... NO LO MATE... SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES... Eso, por ejemplo, yo fui contrario a eso, entonces yo decía para mucha gente eso es indiferente y para otros simplemente daba risa y servía de broma.

R: Para muchos esto es indiferente y para otros era motivo juicio, pero para los muchachos de la costa pacífica era algo agresivo.

Arquitecto, exalumno de la Universidad del Valle

R: Yo los conocí en el año 1976 en tercer semestre.

A ellos los distribuyeron en varios bloques sin embargo, por esta penetración cultural que siempre ha habido a través de la costa de la cultura americana predominaba mucho en los muchachos estos de Buenaventura y ellos fueron haciendo prácticamente un movimiento por toda la Universidad para apoderarse del Bloque 385K, ellos hacían gestiones para que los pasaran por cuestión étnica, por cuestión racial, casi siempre lograban su propósito entonces a todos los ubicaron en el bloque 385, los Costeños (personas nacidas en la Costa Atlántica) con su mamadera de gallo y toda esa vaina empezaron a criticar esa pedantería del negro porque es un complejo de inferioridad expresado a través de ciertos movimientos raros, es decir, hablando inglés, haciendo una cantidad de vainas, extrovertiéndose que lo que simplemente simbolizan el complejo racial.

Entonces los costeños empezaron a mamarles gallo, empezaron a colocarles letreros en la pared donde decían “haga patria mate a un negro” eso fue preparado por los costeños empezaron a mamarles gallo y ellos se resintieron mucho viendo la reacción de los negros, los letreros sencillamente, los letreros ya no aparecieron en los exteriores del bloque sino que se metieron al bloque, ya en las paredes en las puertas muy subrepticamente se empezaron a meter los costeños a la gente entraban y colocaban los letreros y ellos todos colinos -tramposo- como decimos acá, empezaron a detectar quienes eran los promotores de esos letreros.

Una vez yo iba ... allá también había un muchacho que era dibujante no recuerdo del nombre tenía su habitación en el cuarto de aseo, el no pagaba residencia por eso y le habían dado una cocineta y la Universidad le auspiciaba la pintura, entonces nosotros íbamos a visitarlo con un muchacho Hernán y a Hernán le dio por escribir

no propiamente insulto para los negros, sino que le dio por rayar las paredes como todo estudiante de Arquitectura; resulta que alguien lo vio y avisó por todos los pisos y cuando salimos los negros venían detrás de nosotros y nos cogieron a patadas y golpes por esa vaina y prácticamente hasta allí llegó el problema, después eso llegó a las directivas y no sé qué tratamiento le dieron a eso.

Aseador Univalle del bloque 385K

P: ¿Qué recuerda usted del bloque?

R: Lo ocuparon personas provenientes de la costa como Buenaventura, Tumaco, y personas del interior como Sevilla, Tuluá, había muchachos procedentes de esa región ahí trabajé durante siete años del 75 al 82.

Uganda porque la mayoría era de procedencia de la Costa casi siempre de color negro formaban siempre su equipo y lo identificaba con ese nombre con esa problemática, identificándose como Uganda.

Volvamos a la discusión del viernes. Casi todos los viernes hacían una fiestecita en las habitaciones de algunos de los de Buenaventura escuchamos que no podían hacer eso porque le iban a sabotear la fiesta.

R: Yo veo que el negro en su tuvo un espíritu alegre debido a su cultura, eso no lo ve muy bien la gente del interior debido a que pensaba que el negro era ffarachoso, guarachoso, escandaloso eso hace un ambiente tirante con los del interior y aparecían eso letreros. “Si quieres hacer patria mata un negro” esos avisos al mirarlos se sentía la persona ofendida por ejemplo cualquiera que sea que se encuentre con esos avisos letreros de va a encontrar que no es una persona grata dentro del estamento universitario directamente es lo que yo puedo recordar.

R: En las reuniones muchas personas que no participaba se sentían mal, no podían dormir, no podían disfrutar, pienso que debido a eso no podían dormir esa fiesta no me dejó dormir posiblemente eran del mismo edificio, pero eso lo ponían hay directamente la gente de noche.

Quiñones ojalá tu amarillo fueses como nosotros los negros que somos fuertes... somos gente luchadora, no nos caemos con una gripita.

P: ¿Las directivas de la Universidad se enteraban de esto?

R: No, a la Universidad le interesaban que no hubiera reyertas, que no se formaran grupos por lo regular estaban pendiente del estudiante que cayera en bajo rendimiento para sacarlo.

Economista, ex-habitante del bloque 385K

P: ¿Conoció usted a los habitantes del bloque 385K?

R: Los primeros grupos de estudiantes negros ingresaron a la Universidad del Valle en el año 1.973-1.974, ahí comenzaron a entrar masivamente, pero estos permanecían muy dispersos. Yo recuerdo los que ingresaron para esa época Mariano Quiñones, Julio César Montaña.

En el año 74-75 ingresaron los Aguirre, en número considerable, pero por coincidencia histórica en el año 77 fue el año en que ingresó el primero grupo de negros concretamente de la Costa Pacífica.

Aquí a la Universidad del Valle para ese año yo creo que ingresaron alrededor de unos 30 o más, mujeres había unas 8 o 10 que ingresaron, es más la única mujer del Pacífico que ingresó en el 73-74 fue Rosa Solís y la “gorda” Adiel.

P: ¿Cuál era la particularidad que los cohesionó como grupo?

R: Yo creo que el principal fenómeno fue cultural, uno cuando llega a un sitio se enfrenta con un choque cultural, con una nueva forma de decir las cosas, en Cali quierase o no se habla diferente como se habla en Buenaventura o Tumaco, hay un choque cultural tremendo, además, las conversaciones y los elementos de la conversación son diferentes. Nosotros necesitamos habla de cosas muy diferentes a lo que podía hablar un muchacho de Buga, de Palmira, de Nariño, entre otras cosas en el bloque cuatro no todos

eran negros había un grueso número de pastusos, tanto es así que ellos tenían dos pisos que eran de ellos, lo que pasa es que como los pastusos son tan callados y nosotros tan bullosos, se podía pensar que éramos los dueños del bloque, por las noches como esto estaba tan alejado de todo, las últimas construcciones eran al frente del autocine -hoy el autocine no está en ese punto, fue trasladado en la vía a Puerto Tejada- de allí para acá el punto más cercano era el barrio La Playa. Nos reuníamos muy tímidamente; yo recuerdo el primer día, la gente que venía del Pascual de Andagoya —Colegio público de la ciudad de Buenaventura— y los que no eran de allí sino de Guapi, Tumaco o la gente que era de otra parte se habían asociado por lo que yo he llamado la personalidad rítmica del negro. Nosotros comenzamos por las tardes a reñirnos a conversar, si hay una tradición es la de conversar en las esquinas, en las puertas de las casas y reproduciendo esas costumbres nosotros nos localizábamos en la plazoleta del bloque allí reunidos conversando de fútbol o de boxeo todo eso comenzó a causar cierta bronca dentro de la otra gente de la Universidad... había gente que no observaba esto bien y eso es porque desafortunadamente los negros que había anteriormente eran muy folclóricos en el mal sentido de la expresión, en el sentido peyorativo de la expresión eran gente que se prestaba para que la gente de acá del interior hiciera bromas racistas como que hubo sangre, que hubo familia, pero nosotros eso si fue una característica singular en la gente nuestra había cierta rebeldía. No aceptábamos es tipo de trato, dentro de ellos mi tío, Felicio Lerma, Roberto Mena, estos muchachos porque fueron los primeros que tuvieron que soportar ese tipo de comportamiento, además, ellos eran muy pocos, unos estaban en un bloque y otros en otros. Nosotros no, llegamos inicialmente 30 a un mismo sitio.

Yo recuerdo al loco Sterling, nacido en Tumaco o en Barbacoas.

Atleta. El loco Sterling también vivía en el Bloque Cuatro. Él era el tipo al cual nosotros le tirábamos lo que no era de la Costa

Pacífica, lo que no era negro, él vivía con sus culebras y cuando llegaba un primíparo las dos noches que el primíparo duraba el loco Sterling hacía unos rezos, unas misas negras, entonces el día siguiente “hasta luego”, el hombre se iba, pero era porque a él le gustaba vivir solo y así nos fuimos apropiando del bloque cuatro, entonces que pasa ante esa circunstancia se dijo que el bloque cuatro era la únicamente de negros, eso era falso había un piso que había mucha gente de Buga, el segundo; el cuarto, de pastusos y en el primer y tercer piso estábamos nosotros, entonces empezaron a aparecer unos letreros: “Haga patria mate a un negro”, “llegaron los negros a la Universidad se acabó la paz”, “No, no los mate. Sociedad Protectora de Animales”, nos pusimos las pilas y dijimos esta vaina vamos a resolverla y no sabes que hijueputas es, nos pusimos a montarle guardia. Recuerdo que César Emilio Rivas detecto a un tipo poniendo un letrero, era novio de una muchacha de Buenaventura que no es negra desde luego, cuando César Emilio pegó el grito cogí al hijueputa. Las puertas se abrieron automáticamente y apareció José Quiñones, fue el primero en llegar donde el cliente que había cogido, lo cogió y lo levantó, ese hombre quedó como muerto, José lo iba a tirar del tercer piso y tuvimos que cogerlo. José no mató a ese tipo porque nosotros lo cogimos.

Cuando empezamos a leer los autores colombianos, no nos gustaron los artículos de Amir Smith Córdoba, no nos llegaba, mientras que, si nos gustaba la forma calurosa como escribía Ángela Devis, los hermanos Soledad, eso nos encendía, leer raíces, eso nos afirmaba y nos dio un criterio político.

Arquitecto, ex-habitante del bloque 385K

P: ¿Cómo observó usted las relaciones sociales de los habitantes del Bloque Uganda con su entorno universitario?

R: Como tú decías ahora aquí uno camina 30 kilómetros y se encuentra con na cultura diferentes, la gente del Pacífico venía en

unas condiciones diferentes, entonces se agrupaban como tribus, por una relación de amistad en el bloque donde ahora funciona Música.

El bloque tiene cuatro pisos, dentro del bloque no eran únicamente la gente de Buenaventura, la que como la gente cree, ese tercer piso la mayoría era de la gente del interior de acá, yo venía de seis había mucho ruido por eso me vine para acá, que dio allí un encuentro de culturas, la gente de Buenaventura, bebedores de alcohol, con el cuento de la salsa y la rumba.

Tenían un discurso pro-africano, pro-negro de Malcon X, muy en boga en ese tiempo, Angela Devis, el de Malcom X no se había manejado.

P: ¿Cómo reaccionan algunos sectores en la Universidad ante la ideología pro-negra?

R: Empiezan los discursos clásicos de chistes ya trillados de los negros “Haga patria mate un negro”, al final escribe otro abajo “Por favor no los mate. Sociedad Protector de Animales”, pero a nivel de mamada de gallo, es decir, no hay en el fondo una actitud perversa en la gente que escribe eso, era el medio universitario y la gente cree que en el universitario esto es permitido. Ante este tipo de bromas fuertes la gente del Pacífico reacciona agresivamente.

P: ¿Esta reacción trascendió hasta el Concejo Académico?

R: No, eso no resolvimos en una asamblea entre estudiantes después se organizó un torneo de Futbolito, esa fue la mejor venganza porque ellos eran como mil equipos con hombres negros, Babalú, tal vez ellos recuerdan más nombres de todos salieron diez equipos, pero al final de la película el eterno equipo de los marihuaneros les ganó el torneo, les tocó refugiarse en el Bloque a todos y salir en fila india a comer porque claro la guachafita estaba montada.

P: ¿Las bromas eran anónimas?

R: Si más bien anónimas como todo grafiti.

P: ¿Cree que en la Universidad se producían prejuicios raciales?

R: No, hermano, eso fue un brote normal de encuentros de dos culturas, un choque leve, ni los problemas fueron a más.

Docente Universitaria, ex – presidente Bloque Mujeres

Nacida en Buenaventura, persona piel clara.

P: ¿De dónde hace el prejuicio en contra de los habitantes del Bloque Uguanda?

R: Mira te cuento una cosa, había una época que había un slogan a nivel nacional. Haga patria mate un pastuso y a los pastusos no les importó ese graffiti, al poco tiempo cuando los muchachos se ubicaron en el bloque cuatro aparece otro que decía “Haga patria, mate un negro”, entonces allí los muchachos hicieron brigadas de espionaje. Un día yo subía con un muchacho entonces él me dijo mira lo que escribieron aquí, entonces alguien lo vio y sin saber si estaba escribiendo lo acusó. De todos los rincones salió gente, o sea que estaban a la espera de cualquiera, no sé si le pegaron yo me fui.

Yo hubiese querido que eso hubiera pasado hoy, para saber si la reacción hubiera sido distinta.

P: ¿Se podría pensar que la actitud racista nace de ellos?

R: Yo creo que sí.

P: ¿Es decir, la ideología racista empieza a formar vida con ellos al interior de la Universidad?

R: Y solamente con ellos, con ellos empezó y terminó.

P: ¿El fenómeno del bloque Uganda podemos calificarlo como algo que nació coyunturalmente?

R: Yo pienso que sí.

Historiador, Profesor Universitario

P: ¿Qué connotación tenía el bloque dentro de la Universidad?

R: Pues, llegó a constituirse en el bloque dominado fundamentalmente por negros de alguna forma se había creado una especie de refugio en algunos casos, se sintió la resistencia, en algunos casos, como un bloque agresivo de negros que no permitirían la participación de los blancos en el bloque.

Muchas veces política otras veces buscaban la hegemonía en la participación administrativa de los bloques, entonces todos estos elementos fueron creados entre otros grupos, los negros en ese momento a partir del 75-76 en adelante la Universidad empieza a recibir un flujo grandísimo de sectores que habían tenido acceso a la Universidad dentro de esos sectores está el sector negro que era un sector de los que más fácilmente podía mostrar la necesidad de residencia.

La universidad venía de una cierta elitización y se fue popularizando muchísimo más de lo que está hoy.

R: Que utilizaban la entrevista para seleccionar la gente y la seleccionaban por su apariencia, yo estoy casi seguro que si nos tomamos el trabajo de saber cuándo ingresó el primer negro a Psicología, el primer negro a Fisioterapia, por ejemplo, y a otros planes obviamente, que va a empezar a verse que tiene que ver mucho con esa eliminación de las entrevistas.

R: En alguna forma se hace evidente esa discriminación real que existe y que continuamente negamos, este es un país donde se niega la discriminación, pero está en todas partes y en la Universidad existe así; ahora no quiero decir que fuera una discriminación solo para el negro, era una discriminación más en términos étnicos, económicos.

P: ¿Entonces el problema ya no era de raza sino de clase?

R: Era un poco de clase, ahora el problema es del otro en que medida se está asumiendo o mejor se está sintiendo que el negro no puede ser sino de una clase, eso también está involucrado en todo esto.

R: Como lo observaba yo, la verdad es que al negro en los años 70, los veía en grupo en la Universidad y los veía solo en la medida en que ellos se agrupaban y en la medida en que eran obligados a agruparse por parte de los demás, es muy difícil establecerlo; pero yo diría que en buena medida ellos se sentían marginados, ellos se alimentaban recogiendo ellos mismos, aislándose ellos mismos. Esto fue dando en el grupo Uganda que se identificaba en cualquier parte de la Universidad hasta que llegó a ser excluyente, esa exclusión es muy posible que se debiera a defensa.

R: Yo escuché enfrentamientos francos, pero curiosamente yo nunca estuve en la Universidad porque realmente era por la noche, llegué a escuchar fue algunos grupos de blancos pasaban y provocaban a los negros y los negros salían y les daban unas palizas que los sacaban corriendo se armaba como una especie de mitin.

R: Aparecían graffitis por aquí o sea por residencias en otra parte en el otro lado del lago, no en este sector si había de esos chistes flojos de negros, negro sirve para hacer muchachos.

R: No, no sé en general quizás fue un rechazo al predominio blanco que se hacía sentir como tal, quizás fue eso, la gente no le está cobrando al negro ser negro sino el que alguna vez fue esclavo, ya no es esclavo, le está cobrando más el no ser esclavo, en otros términos porque allí viene el otro problema, también que es el fundamental para lo que yo pienso y es que la esclavitud no se ha acabado, o sea que la esclavitud jurídica se acabó, cierta esclavitud económica se está acabando, hay otras relaciones sociales donde se sigue manteniendo en muchas gentes por el hecho de que el otro sea negro, no sólo es inferior, él lo manifiesta como inferior; sino que lo está pensando como que le debe obedecer y participar como esclavo.

P: ¿En respuesta a los epítetos agresivos, nacidos de los lastres ideológicos de la esclavitud se presentaban respuestas agresivas? En algunas de las anteriores entrevistas realicé la siguiente pregunta: ¿Cree usted que las razas existen? Ellos me respondieron que no ¿entonces porque reaccionaban cuando se les tildaba de negros?

R: Tuve un caso que yo recuerdo son dos situaciones específicas. Una empezó en mi clase. Yo estaba hablando de la esclavitud del negro y de toda esa cosa y de pronto se paró alguien y me dijo: Profesor usted no cree que está insultado a la gente como yo, cuando me está diciendo negro, le respondí: ¿por qué? Es que nosotros, es que la otra gente no nos dice negros sino morenos, le lleve donde yo quería cuando a uno le dicen moreno y no negro; se lo comparé un poco con la posición de los negros norteamericanos que no quieren que se les diga negros sino black people ya que existe una diferencia entre el color negro y el black people entonces eso quizás si es peyorativo, la utilización del término negro en los Estados Unidos frente al del black people pero aquí no termina eso; por otra parte cuando se está pidiendo ser moreno, en cierta medida está pidiendo ser blanco, yo le criticaba que no tenía que ser blanco. Hubiera nacido blanco, tenía que ser lo que era, que eso no era la cuestión de fondo, eso lo entiendo yo. Cuando en la siguiente clase estamos hablando de blanqueamiento, pero para introducir la clase hice una pregunta a uno de los muchachos: ¿Usted se casaría con un blanco? Pregunté las razones, lo que me llamó la atención de la respuesta fue que me dijo que era para mejorar la raza. En alguna forma es como si existiera; yo no me atrevería a llamarlo cultura sino ideología de la esclavitud, en donde hasta cierto punto se ha comido el negro el cuento de que es inferior y de que tiene que mejorar la raza. ¿Qué diablos tiene que mejorar la raza?

P: ¿Eso de que hasta qué punto el mismo negro se ha comido el cuento el cuento en el bloque Uganda, me pregunto el mismo negro se ha comido el cuento?

R: Yo creo que en buena medida se comía el cuento, porque si no, no hubiera sido tan agresivo.

¿QUÉ IMPIDE EL PROGRESO DEL CHOCÓ?*

POR RAMÓN MOSQUERA RIVAS



Ningún colombiano medianamente instruido puede justificar el abandono en que el Gobierno Nacional mantiene al Chocó, región privilegiada en recursos naturales de toda índole. Por eso desde que opté al título de Ingeniero Civil y de Minas, vengo clamando por la incorporación de aquellas ubérrimas tierras a la economía del país, y señalando qué obras de infraestructura lograrán ese anhelo chocoano: vías de comunicación terrestres, fluviales e interoceánicas; explotación de sus riquezas naturales renovables, como las maderas y las ictiológicas y las no renovables, como los metales preciosos y otros minerales, que contribuyen a tal economía en gran proporción. Desde juego, ha faltado la voluntad oficial de aprovechar el acendrado patriotismo demostrado por los chocoanos desde el nacimiento de la nacionalidad.

Vías de penetración

Sin duda alguna la carencia de carreteras es factor primordial para detener el desarrollo en cualquier latitud del mundo. Por ello es inexplicable que durante más de 40 años no se hayan cons-

* Tomado de Ramón Mosquera Rivas (1979). ¿Qué impide el progreso del chocó? *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*. Núm. 114, Vol. 34.

truido las carreteras Cartago-Nóvita-Condoto-Istmina, y Pueblo Rico-Tadó-Istmina, esta última ciudad unida ya con Quibdó por un *carreteable* de una sola vía, con 74 kilómetros de longitud. Ambas obras fueron iniciadas en la primera administración del Presidente López Pumarejo. Qué decir de la Carretera Panamericana (Ruta Sur), comenzada precisamente por mí hace 13, como Gobernador, mediante contrato con Minobras. Es la hora en que apenas llega al Río Baudó, con unos 50 kilómetros, a partir de LAS ANIMAS, Y lo que es peor, no se ha dado cumplimiento a la Ley 121 de 1959, que ordenó como sector colombiano de dicha vía el tramo Palo de Letras- Juradó-Bahía Solano-Las Animas-Tadó-Risaralda. Mientras tanto, el Ministerio de Obras Públicas acaba de anunciar arreglo con U. S. A. para invertir 3.500 millones de US\$ en el ramal norte, que costará alrededor de diez veces más que la RUTA SUR. Olvida el Ministerio que el Chocó, al igual que los departamentos del antiguo Caldas y Antioquia, necesitan salir al litoral pacífico: el primero, para su desarrollo, y los otros, para exportar el café económicamente, y transportar su carga de importación. Ello conlleva la construcción del Puerto Alterno de BAHIA SOLANO, el mejor del litoral.

Vías fluviales

Constituyen estas sus tres grandes Ríos, Atrato, San Juan y Baudó, con muchos de sus afluentes. Para el Atrato sólo se requiere limpiar unas dos bocas de las 14 por las cuales rinde aguas al Golfo de Urabá, que se encuentran obstruidas por palizadas que arrastra la corriente, debidas a los desperdicios de trozas que pierden los madereros, todo lo cual impide la salida y entrada de embarcaciones grandes. También algún dragado para normalizar el canal navegable. En cambio, en el San Juan basta canalizar ciertos sectores del cauce, a fin de que los barcos puedan atracar nuevamente, sin dificultades, al puerto de Bebedó, El dragado de la Chocó Pacífico durante más de 60 años en la explotación de

metales preciosos, desde Dipurdú hasta más arriba de Tadó, en el San Juan y en el Río Condoto, hasta sobre pasar la ciudad de ese nombre, en el Río Tamaná y su afluente el Opogodó, el draga do, repito, depositó en los cauces de todos ellos gran cantidad de piedras, cascajos y arena, que en tiempo de sequía hacen imposible la navegación, aún en lanchas. Para el Baudó, es necesario destrozarse las palizadas, originadas también en el corte de maderas, que obstaculizan el paso de lanchas, y aun de la tradicional canoa.

Vías interoceánicas

Denomino como tales los tantas veces planteados canales de Napipí y Truandó. Sobre el último de los cuales Estados Unidos y Colombia adelantaron detenidos estudios, cuyos trabajos visité en mi condición de Gobernador, en 1968. Pero la fiebre se enfrió, ya que U. S. A., demostró un aparente interés que yo considero político, pues ya había dificultades con Panamá sobre el canal en servicio allí. En mi concepto fue un sofisma de distracción.

Acerca de este gran proyecto se había adelantado una campaña nacional dirigida por un comité de profesionales, entre quienes se contaba el Ingeniero, Geógrafo y Mayor(r) Rafael Convers Pinzón, quien ha planteado soluciones como la de ejecutar la obra con recursos nacionales o multinacionales, pero en este último caso, conservando Colombia el 51% del capital de acciones de la empresa, en la cual también deberá intervenir el sector privado nacional. Conozco el memorando pasado al Ex-Presidente López Michelsen y el recientemente entregado a la misión árabe que visitó el país. Él se encargará de publicarlos, en su debida oportunidad, Parece que el expresidente citado guardó absoluto silencio al respecto.

Opino que esta es la obra que debe ocupar la atención nacional en materia de vías interoceánicas, por la ventaja de poderla construir a nivel, suprimiendo las esclusas que limitan la capacidad del canal de Panamá, además de reducir los costos del transporte

marítimo. Por otra parte, tal obra desarrollará extensas áreas del Chocó y Antioquia en el Golfo de Urabá. Este, y no el canal Atrato-San Juan en que quisieron comprometer al Presidente López el señor Ministro de OO. PP., Dr. Salcedo Collante y sus asesores, *con irrisorio proyecto inicial de 70 millones de pesos*, es el canal que en futuro deberá ejecutar la Nación. Por fortuna para la República, los técnicos de Minobras, quizá al oír algunas observaciones de entidades chocoanas, y profundizar un poco en el estudio técnico y económico del proyecto, desistieron, ya que los cálculos sobrepasaron los 1.200 millones de pesos. Antes de la suspensión de aquel proyecto, en carta dirigida al Sr. Ministro de OO. PP., hice objeciones técnicas que publiqué en medios de comunicación escrita, como COSTA LIBRE, bajo el título CANAL A NIVEL POR EL ISTMO DE SAN PABLO. Entre otras cosas, anoté que el canal en cuestión no podía ser a nivel debido a la diferencia de cerca de 30 metros de altura entre los puntos terminales de Istmina (76 metros sobre el nivel del mar), y Quibdó (50 metros sobre el nivel del mar). Ello exige construcción de esclusas, y otras especificaciones técnicas para operario. Dije que las aguas del San Juan se verterían al Atrato y causarían serios perjuicios a habitantes y cultivos de las márgenes.

Bueno es anotar que posiblemente el recuerdo del legendario “Canal del Cura”, de la época colonial, construido en el “Arrastradero”, hoy Istmo de San Pablo, y la odisea del Capitán Ospina Navia, quien en la chalupa “Tayrona” hizo la travesía entre los dos océanos, pasando por el canal de Panamá, Buenaventura, el San Juan a Istmina, arrastrándola en el Istmo, bajando el río Quito hasta Quibdó, el Atrato -aguas abajo- y costeano el Atlántico hasta Cartagena y Santa Marta, punto de partida. Este recuerdo indujo a Minobras a posponer el suspendido proyecto.

La obra no daría rendimiento económico, porque los barcos que surcarían tal canal serían pequeños. Y el aspecto recreativo únicamente

beneficiaría un reducido grupo de deportistas y aficionados navegantes ricos, estilo Capitán Ospina Navia. Por ello, estimo que los beneficios para el Chocó y Colombia serían casi nulos.

Recursos naturales renovables

Tenemos los bosques maderables del Atrato, San Juan, Baudó y Litoral Pacífico, este último rico en CAOBA. Sabemos que su explotación constituye renglón apreciable en la economía colombiana. Pero adolece de explotación técnica y suficiente control oficial, lo cual ocasiona enorme desperdicio de maderas y millones de pesos de pérdidas, cosa que no se justifica.

La obra de infraestructura para el adecuado progreso de esta industria es vigilancia bien organizada, con equipo de embarcaciones motorizadas y numerosos Inspectores de Bosques bien remunerados. Además, implantar rígida reforestación, con fuertes sanciones a quienes no la cumplan; cobro oportuno y suficiente de impuestos de explotación de bosques, negocio que deja pingües ganancias. Este impuesto debe repartirse entre la Nación, los departamentos y municipios que poseen las reservas.

Recursos naturales no renovables

Esencialmente están constituidos por los metales preciosos (oro, platino y plata), y otros como cobre. Creemos que todo lo que se necesita para fomentar su producción es poner en práctica un plan que elaboramos en el Ministerio de Minas, acogido por el Consejo Nacional de Política Económica y Planeación y el Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos en 1961. Consiste en ayuda técnica a pequeños y medianos mineros, por medio de prospección de aluviones auroplatiníferos, con taladros Ward, suministro de maquinaria arrendada, principalmente Motobombas, herramientas, y creación de cooperativas mineras. Este plan puede verse publicado en el BOLETIN DE MINAS correspondiente a

los números 90, 91 y 92 de 1961. Si entonces obtuvieron buenos resultados con precio del oro a US \$ 35.00 por onza Troy, no cabe duda de que hoy, con precio de unos US \$ 300, aproximadamente por la misma onza, el rendimiento será mejor. En ese tiempo pensaban aquellos organismos estatales que el valor extraído cada día, no les alcanzaba para el sustento familiar, y por ello propusieron cambiar la mentalidad de los mineros chocoanos por la de explotadores de bosques asalariados. Al mismo propósito, planearon establecer la industria maderera en diversas formas: madera rolliza, triplex, muebles, etc., con miras al abastecimiento del mercado interno y a la exportación. Pero nosotros, con las razones expuestas en dicho plan, que llamamos de *transición*, logramos que lo acogieran en su totalidad, el cual corre publicado en las páginas 491 a 499, del voluminoso libro CHOCO -Plan de Fomento Regional- 1959, 1968 editado por las citadas entidades oficiales. Hoy consideramos vigente su actualidad, y así lo estamos proponiendo a la Gobernación del Chocó.

Recursos naturales ictiológicos

No tiene discusión la necesidad de aprovechar el alto potencial ictiológico que posee el Chocó en ambos litorales. Dichas riquezas las saquean barcos extranjeros, especialmente en las costas Chocoanas. Es poco lo que sacan los pescadores nativos para sustento familiar y enviar al interior. La falta de un regular transporte aéreo ha hecho fracasar varias cooperativas; de allí que muy contadas veces Satena, única empresa que viaja a Solano transporta productos pesqueros, básicos para la provisión de proteínas necesarias a la alimentación humana. El remedio para este mal es la vigilancia permanente de la Armada Nacional en las costas, por medio de patrullas de sus unidades adecuadamente dotadas de armas; montaje de plantas enlatadoras, y fundación de cooperativas pesqueras, amén de servicio aéreo por lo menos dos veces semanales a Bahía Solano.

Recursos hidráulicos

Nadie ignora en Colombia el gran potencial hidráulico del Chocó, con sus grandes ríos que pueden generar energía eléctrica por millones de kilovatios. Sabemos de estudios de factibilidades adelantados. en las bocas del San Juan sobre el particular. Esta infraestructura tendrá que realizarla el país en futuro no lejano para aumentar la capacidad energética ante la crisis del petróleo.

Acotación final

No puedo terminar este escrito sin hacer hincapié en mis puntos de vista expuestos en el artículo que publiqué en EL TIEMPO, edición de junio 5 de 1979, página 4A, titulado ¿Y LA NAVEGACION DEL ATRATO?, en el cual pido al Ministerio de OO. PP. que se provea el puente que se construya sobre tal río, sector de la carretera del Darién, de un tramo central *giratorio* o *levadizo*, para no impedir ni limitar la navegación en esa gran arteria fluvial. Y agrego hoy, que las obras que se realicen para embalsar el río San Juan tengan los mecanismos adecuados para evitar que se interrumpa su navegación.

En los términos anteriores, creemos dejar esbozado un programa de infraestructura que requiere el futuro desarrollo del Chocó, en beneficio de Colombia.

LOS PROBLEMAS DE BUENAVENTURA Y EL DEPARTAMENTO DEL VALLE*

POR NATANAEL DIAZ



Es indiscutible que mientras el tremendo drama de Buenaventura —que indigna más que avergüenza a quien se sienta colombiana de verdad—, esté allí con su vigencia de dolor, de pavor y de injusticia, no sobrarán que se escriba y que se proteste en todos los tonos, urgiendo por la resolución de los problemas que afectan tanto al puerto como a la ciudad en lo que ésta tiene de vital y de humano. Por eso quien estas líneas escribe, combatiente desde los bancos universitarios y luego en el parlamento —sin ser nativo vallecaucano—, por la causa de Buenaventura que es, de suyo, exquisita para el ejercicio del más puro patriotismo, quiere también aportar su grito alto, en lo que ya parece ser una audiencia pública, con ámbito en todo el país, y destinada a enjuiciar el pasado de criminal abandono para con nuestra principal puerta en la frontera marina del occidente y de prospectar una programática de inmediatas realizaciones que le den el sitio a que tiene derecho entre los puertos más importantes del continente.

Desde luego, siempre he creído que el examen profundo de las causas que originan la dolosa desatención para Buenaventura

* Tomado de Natanale Diaz (s.f.). Cedido por Eduardo Diaz Saldaña, hijo de autor, en el 2015. Bogotá

debe hacerse adoptando una postura intelectual. vertida sobre la sociología porque sólo así es posible ver claramente qué es lo que ocurre en las altas esferas oficiales con esa importantísima “factoría” —que sólo eso es Buenaventura—, que, a pesar de tener más importancia que el Banco de la República para la subsistencia del país y de su soberanía, con sesenta mil habitantes, no ha logrado conseguir, ni siquiera que el agua de su incipiente acueducto, construido con tubería de siete pulgadas a pesar de que el doctor Campo Sarria lo había prospectado de veinticuatro pulgadas, pues según el doctor. Aquilino Villegas “los negros de Buenaventura no se bañan, y con siete pulgadas de diámetro tendrán para satisfacer sus necesidades”, sea para sus moradores, pues ella se destina para el abastecimiento de. los barcos que demoran en sus muelles. En un meditado y documentado estudio. que tiene como base el ensayo del escritor argentino Juan Sardina publicado hace diecinueve años en el suplemento literario de “El Tiempo”, y en el cual sostiene que las desgracias de Buenaventura no serán superadas sino después de que sus habitantes dejen de pertenecer a la raza negra, pues los gobernantes en presencia de que la mayoría de la población es de ese tipo etnológico no se sienten obligados, sino más bien reñidos, frente a la urgencia de invertir sumas del erario público en la solución de los múltiples problemas que inciden sobre la vida de la ciudad y del puerto. Dicho estudio será publicado oportunamente. Por ahora, sólo pretendo anotar que, en torno del planteamiento de los problemas del puerto, ha habido una fatal circunstancia, que ha impedido que los altos poderes se preocupen por atender las peticiones por teñas. Me refiero al hecho de que las gentes directivas del departamento del Valle en ningún momento han creído que las necesidades de Buenaventura exigen la atención de todos Jos vallecaucanos, sin distingos de ninguna clase. En tanto que en Cartagena y demás pueblos del litoral atlántico, hacen suyos los problemas de Sincelejo y apoyan, solidariamente su solicitud de acueducto, hasta lograr que en veinticuatro horas de paro cívico se

destinen por el gobierno nacional, cerca de tres millones de pesos para su construcción, a Buenaventura le toca efectuar su “paro cívico de la sed” solo, sin que las entidades comerciales, sociales y oficiales de Cali, capital del departamento, tuviesen el más pequeño gesto de adhesión, ni los poderes gubernamentales del departamento cumplieren su obligación de ser el conducto regular por medio del cual las justas peticiones del puerto llegasen a la capital de la república. Es que, como lo he dicho en anteriores ocasiones, falta una emoción vallecaucana, que cree una mística | beligerante en la defensa de los intereses terrígenos, que haga solidarias a todas sus secciones, contra la cual no prevalezcan pequeños odios vecinales. El día que eso ocurra, el Valle conquistará la posición que le corresponde a su formidable poderío económico. Pero mientras el espíritu cívico. no sea sino una planta exótica entre nosotros y los más destacados valores no sean capaces de sacrificarse un poco en su tranquilidad y en sus prejuicios, el Valle será ante la capital de la república, el último de los departamentos en influencia, aunque llegue a ser el primero en los aportes fiscales. Desde luego, esa actitud de indiferencia con Buenaventura está siendo reemplazada por una acción hacia Bogotá, ejercida en primer término por los diarios y por los organismos que se reunieron en asamblea de comités propuerto. Ojalá que esos telegramas que se han ido tuviesen el respaldo de una gigantesca manifestación pública, organizada para el mismo día en todas las ciudades importantes del Valle, pues sólo así se conseguirá que de Bogotá contesten con hechos y no con desacreditadas palabras de protocolo y de hipócrita cumplimiento.

FOLCLOR COMO POLÍTICA
DE LA IDENTIDAD NEGRA

¿QUÉ SABEMOS DE LOS NEGROS EN COLOMBIA?*

Colombia constituye no sólo para la vivencia del negro actual sino por la remota historia, el eslabón más importante de la transculturación negra

Por MANUEL ZAPATA OLIVELLA



En Colombia estamos en mora con el estudio científico de la transculturación africana. Fueron los brasileños con Nina Rodríguez a la cabeza, quienes iniciaron en América la investigación científica y sin prejuicios del aporte cultural que los africanos habían dado a las nacionalidades del Nuevo Continente. Posteriormente y siguiendo los pasos del insigne investigador brasileño, los afroamericanistas cubanos, haitianos y norteamericanos, prosiguieron las investigaciones en sus respectivos países, ideando nuevos métodos de estudio y ensanchando sus horizontes con el estudio comparativo de las culturas afroamericanas en las diversas naciones del continente. Es así como es posible que existan obras de grandes alcances históricos y sociológicos como las realizadas por Arturo Ramos en el Brasil y Fernando Ortiz en Cuba, que son los grandes monumentos que se

* Tomado de Manuel Zapata Olivella (1956). ¿Qué sabemos de los negros en Colombia? *Cromos*, 13 de agosto de 1956, pp. 32-34.

haya podido levantar al aporte étnico y cultural que los negros dieron a la mayor parte de las nacionalidades americanas.

¿No es sorprendente que Colombia, en cuyo territorio se aclimataron muchas formas culturales africanas mezclándose a las indígenas y a la hispana, que fuera punto de partida de migraciones de esclavos traídos del África para colonizar otros países, como México y Estados Unidos, hacia el norte y por el sur hacia el Ecuador y Perú, no haya iniciado los más elementales estudios de transculturación africana?

Lo poco que sabemos de la preponderancia que hubiera tenido la cultura yoruba en nuestro territorio se lo debemos al brasileño Arturo Ramos, pero esta misma afirmación, demasiado esquemática, no es ni puede ser una base seria, pues las alusiones que hace el insigne investigador, por cierto, muy prudentes, no se hallan confirmadas con un estudio sistemático de la supervivencia del negro en Colombia.

Si no existiera el mismo desapego por el estudio de muchas de las comunidades indígenas de nuestro país, podría afirmarse con suficiente certidumbre que el descuido por estas investigaciones se debe a un prejuicio racial estúpido por desenterrar los antepasados que nos dieron fisonomía de pueblos libres ante el temor de encontrar de pie, erguido y altanero, al viejo bisabuelo africano que desde las bodegas de los barcos negros reclama el reconocimiento de sus claros timbres en la conquista y la formación de la Nueva América. Pero aun cuando se quiera disimular tal prejuicio, lo cierto es que en nuestro país existe un intencionado silencio en lo que respecta a reconocer la gran epopeya del indio y el negro de que tanto se ufanan mexicanos cubanos, chilenos, peruanos y todos los pueblos que, sin menoscabar el gran aporte hispano, relievan y veneran la milenaria cultura indígena y el lazo de sangre que las liga a las culturas africanas.

Desde luego que no puede desconocerse el patriotismo que anima a hombres y entidades que, en nuestro país, a medida de sus

esfuerzos, han contribuido al conocimiento de los aportes indígenas y africanos de nuestra nacionalidad. Pero falta mucho por realizar para que se diga entre nosotros que a tal o cual cultura indígena o africana se debe éste o aquel rasgo peculiar de nuestro pueblo, como lo proclaman orgullosamente otras repúblicas hermanas.

En lo que respecta a la transculturación del negro a Colombia parece que ni siquiera ha surgido el propósito sincero de enfrentarse al problema. Se calla, se desatiende y tal vez hasta se quiera enterrar como si la historia y más aún la biología de un pueblo, pudiera mantenerse eternamente detrás de una máscara. Aun cuando nos desentendamos de estos aspectos de nuestra cultura, avergonzándonos tal vez, la sed de conocimiento de otros pueblos, de otros hombres, nos trae muchos investigadores que precisamente por no conocer nada del negro en Colombia, la escogen como el mejor reducto de sus laboratorios y a nuestras espaldas, van reconstruyendo lo que pretendíamos olvidar. No son pocos los extranjeros que actualmente se encuentran en nuestro país estudiando la presencia del negro en Colombia, ni menos los trabajos que sobre este particular se publican todos los días en los institutos de investigación de otros países hermanos. Para ellos la verdad monda y lironda es mucho más fundamental que el silencio y los sentimientos humillantes.

Colombia constituye no sólo por la vivencia del negro actual, sino por su remota historia, el eslabón más importante de la transculturación africana en América. No en balde fue en Colombia donde se dio el caso extraordinario del apostolado de San Pedro Claver. Su presencia en Cartagena de Indias no fue nada coincidencia: sencillamente en su época era el mayor puerto negrero del continente. Claver no sólo bautizaba a los esclavos que continuarán bajo su prédica inmediata, sino a cientos de miles a los cuales no volvería a ver en su vida, pues de paso en Cartagena, proseguirían su itinerario a otros puertos y naciones hasta donde no podrían alcanzarlos sus manos, pero ya no olvidarían las palabras piadosas que en nombre de Cristo recibían por vez primera desde que habían

sido confinados en las bodegas de los barcos malolientes. ¿Cómo de otro modo puede explicarse que el Santo hubiera podido dar el sacramento del bautizo a más de medio millón de esclavos?

Ahora detengámonos un instante a considerar la gran importancia que tiene para el conocimiento de la transculturación el hacinamiento en Cartagena de negros venidos de todas las regiones de África. Allí los más variados dialectos, las más discordantes anatomías; los más variados instrumentos folklóricos; los más exóticos ritos religiosos; las más extrañas formas de cultura. Es posible que aquellos hacinamientos fueran temporales, pero no por ello puede desconocerse que la mayor parte de esos vocablos, ritos, instrumentos, cantos y formas culturales debían dejar a la postre un rico caudal de costumbres y hábitos que no han podido ser borrados por los siglos. Sobre todo, si se tiene en cuenta que en Cartagena debieron de quedar los más robustos esclavos para la construcción de las murallas y que por un imperativo de la esclavitud, los obligaba a mantenerse en estrecho contacto, con lo cual, aun cuando fuera muy poco el tiempo que les permitieran los trabajos forzados, oportunidad tuvieron para revivir muchos aspectos interesantes de las culturas de las que pocos días atrás habían sido arrancados.

Mas este maravilloso fenómeno racial no se quedó tampoco circunscrito a Cartagena. La Nueva Granada era un país riquísimo en oro; sus ríos y vertientes necesitaban de una fuerte musculatura que permitiera treparlos y conquistarlos; para lo uno y para lo otro, allí estaba el esclavo, y él, portador de culturas ajenas, cumplía sin proponérselo, la de expandir la suya propia. Agreguemos que muchos negros lograban escaparse de sus amos en cuanto podían y que ya cimarrones, se dieron a la tarea de reconstruir su propio mundo porque la dolorosa experiencia del viaje ultramarino les había demostrado hasta la saciedad que un retorno a los viejos lares no podía realizarse nunca. Así se fueron formando en nuestro país núcleos negros de las más variadas fisonomías; unas veces puros, recordando el primitivo

acento africano, como en Palenque; otras veces mezclados con los indígenas, como en Taganga, (Mag.); muchos entreverados con los mismos españoles, como en Cartagena; grandes migraciones que, bajo la tutela española, pudieron conservar su pureza racial aun cuando no su cultura, como en el Chocó y Costas del Pacífico. Imaginemos ahora que cualquier problema de transculturación planteara dudas o sombras a un investigador ya sea colombiano o extranjero y comprenderemos por qué Colombia, aun cuando quiera olvidar su gran historia negra, es un privilegiado lugar en donde estudios científicos bien encaminados, queremos decir sin prejuicios, encontrarían más de una respuesta, más de una supervivencia africana, más da una huella capaz de reconstruir, como acontece con el hallazgo de un fósil o un objeto paleontológico labrado por el hombre, toda la historia de una cultura africana dispersa a lo largo del continente. Por eso llegan y se van los investigadores afroamericanistas de Colombia, mientras nosotros, amos de valiosas claves históricas, permanecemos indiferentes ya no frente a una cultura foránea, sino a los cimientos mismos de nuestra nacionalidad.

Son muchos los problemas que para nosotros mismos nos plantean ciertos rasgos folklóricos de nuestra música. Queremos citar algunos para ilustrar estas glosas. ¿La marimba de bambú que tocan los negros del Pacífico y Chocó es tributaria de alguna cultura africana o es una de las tantas apropiaciones que el negro hizo de los instrumentos indígenas? ¿No es curioso que mientras la marimba se generalizó a todo lo largo del litoral Pacífico, en cambio hubiera quedado refundida en uno o dos sitios de la Costa Atlántica? ¿Si recordamos que en este último litoral el negro tuvo mayores oportunidades para desarrollar su propia cultura africana, ya evolucionándola solos, como en Palenque, ya mezclándose con la indígena o hispana, por qué, preguntamos nuevamente, no se generalizó entre ellos la marimba? ¿Desde luego que marimbas se conocen en las culturas actuales africanas, pero es realmente la misma que poseen los negros del Pacífico? Porque tampoco hay que olvidar que los indígenas

conocían y conocen sus propias marimbas. ¿Quién tomó de quién? He aquí uno de los tantos interrogantes sin responder por falta de un sincero estudio comparativo de nuestras culturas indígenas y africanas.

Se ha dicho, por otro lado, que el bambuco tiene un remoto ancestro negro en las costas del Pacífico. Hasta ahora solo existen vagas alusiones a este hecho, pero ningún estudio concreto. Nosotros preguntamos en virtud de estas dudas no esclarecidas, si realmente el bambuco recogió el ancestro negro sólo en las costas del Pacífico, pues es muy dicente que, en el Atlántico, existan algunos aires musicales, como el merengue y la puya, que, según entendidos en música, tienen un estrecho parentesco con el bambuco. ¿No sería de gran valor para el estudio de nuestra cultura musical que interrogaciones de tanta monta como éstas fueran investigadas por nosotros mismos y no estar a la espera de que un extranjero, preocupado por resolver los problemas de su propio país, nos haga tales estudios que debiéramos realizar nosotros mismos con orgullo patriótico?

NOTAS SOBRE EL FOLKLORE CHOCOANO*

Por ROGERIO VELÁSQUEZ



I

Para hablar del folklore chocoano hay que partir del hombre. El incremento de la esclavitud, la dureza de los señores de Popayán y de Antioquia, el ansia de oro en aquellas dilatadas regiones, la equivocada y desmedida caridad del Padre, de las Casas, clavó, bajo un cielo tempestuoso y en selvas desmayantes, al hombre de color que, lavando oro para los amos, se ha ido mezclando con las otras razas y con los azares de la patria.

Allí, en medio de sus ríos, uncido a la trata y a las actas, quemado por un sello antisocial inhumano, y por el hierro de la cifra, trasoyendo su África en los impulsos instintivos de la sangre, alcanzó el estado de conciencia que le permitió conocerse. Al identificarse como hombre, al lograr su primer empeño de ser libre, cantó su vinculación con la vida y con el universo.

La etnografía que trata de las culturas de los grupos humanos (1); las reacciones del individuo sobre las instituciones: el vivir animal

* Tomado de Rogerio Velásquez Murillo (1948). Notas sobre el folklore chocoano. *Revista de la Universidad del Cauca*, N° 12, Popayán

de la especie por entre la dura sucesión de siglos, y cierta fisiológica vertebración moral a que aspiran las razas que anhelan rebasar lo temporal y lo espacial, está ahí en el canto popular del negro, con el que busca su superioridad ante los seres y le infunde a la vez la noción intuitiva de su jerarquía transcendental.

Porque el negro canta para liberarse, herir, amar u odian Canta en el recuerdo, en los conflictos sociales, en las supersticiones que dominan los grupos no trasculturados, en los mitos y en las leyendas, al beber y al alimentarse. Podría decirse que el canto es el élan vital que lo pone en función de lo superior y en concordancia con su tradición y su carácter con su costumbre y con su lengua, con su arte, su religión y su destino que lo hace caer y levantarse.

Como el leño seco que quiebra su cintura al empuje del huracán; como el sol mañanero o como los valles dormidos en un rincón de la memoria; como un desterrado del paraíso, el negro chocono quiere cantando, reta, llora, golpea narra sus hechos, sus despechos y su soledad, con los puños al aire y con el verso atormentado en el alma. Se dijera que ese hombre “aprendió en la música la voz eterna del mundo, el amor oculto en todas las cosas, la eurytmia admirable de los movimientos cósmicos la consonancia perfecta y la sutilísima proporcionalidad entre lo que desaparece y renace, entre lo divino y lo humano. En la música descubrió sus propios instrumentos, perfeccionó el ritmo, explicó sus leyes, desentrañó la recóndita significación, de los sonidos, reflejando las voces humanas, la angustia y el amor, la nostalgia y la alegría, la voz callada y el patético grito” (2).

II

Hay una copla que pinta el alma del chocono en relación con la libertad. La masa popular del Chocó, aunque traída en gavillas en los buques negreros, con historia que nadie recuerda, con gestos anónimos, con héroes desconocidos, e injusticias sin vindicta, sirvió para escribir la epopeya humana del pasado colombiano de luz de laurel.

El hombre costeño acostumbrado a los peligros, raudo como sus ríos, o sus vientos, fue fiel al demonio de la vida libre. Cuando otras comarcas se rendían ante el Pacificador, *la miserable provincia del Chocó*, como dice Morillo en un aviso al rey. contra los elementos, sostenía la independencia. (3) Creyendo en sus muertos, gobernado por ellos, luchando consigo mismo, dio la carga de Murri que detuvo al invasor que había roto a Cartagena. Después, vienen sus mártires de Quibdó y de la Huerta de Jaime a empurpurar el suelo de Colombia.

Conquistada la tierra dónde clavar la choza de palma, conseguido el sol y la movilidad; conquistada la ley prima de no dejarse arrinconar y de poderse distender en la conciencia, en la moral y en la filosofía, resumió en cuatro versos su credo de pueblo altivo:

Mi dicha solo consiste
en tené mis platanale;¹
en sé como el viento, libre,
sin mandarín que me mande.

Copla que solo puede compararse con la llanera:

Sobre la pampa, la palma;
y sobre la palma, el cielo;
sobre mi caballo, yo,
y sobre yo, mi sombrero.

III

El folklore amoroso del Chocó es bello en grado superlativo. Narrativo, desenvuelto, imprecante, divertido, temerario, suave, festivo, terco, triste, cania la lágrima como un nuevo Calixto, o invade

1 El plátano es el principio de la alimentación en la tierra chochoana. Aunque se tenga maíz, yuca, ñame u otro producto, el hombre suspira por el plátano que siembra detrás de las casas, o en las minas, como ocupación o como ocio. La fecundidad de la selva que prodiga las especies, como el banano, el guineo, el manzano, el hartón, el dominico, etc., etc., contribuye a la conservación de un monofagismo que hará daño con el tiempo al desenvolvimiento orgánico de la raza.

el espacio con una tonada para detener lo que fue breve. Es la pasión indomeñada del corazón que atalaya, curiosa, el horizonte.

Cada comarca tiene su obra representativa. Frente a la anarquía estética del país, de las formas francesas, de los sistemas plagiados en forma seductora; frente a lo mediocre que se vive sin hondura ni criterio; frente a la quiebra de los ecos orgánicos, de la soberbia de la lírica actual, lo nativo, el medio y el hombre, la raza y la leyenda, el habla de las minas o de los acollarados por un nuevo sentido social y económico, es lo que nos da color en la caliente geografía colombiana. Y para definir estados de alma ahí está la sobria vena poética del negro chocoano que busca definir al ciudadano con su verdad y con sus vicios, con sus pasiones y virtudes.

Quien conoce el folklore, conoce el pensamiento del pueblo, es decir, su sabiduría, dice Boggs. (4) Quien desee conocer nuestro clima amoroso, nuestra sensualidad, nuestras grandes ternuras y embriagueces, tiene que extasiarse en nuestro cancionero en donde se habla a la montaña y al alba, al fuego de unos ojos y a la claridad de una sonrisa. Labios sensuales y gordos, pechos esquivos y tensos, caderas fuertes y carnosas, líneas que humillan y obligan a seguir las con exaltación y con deleite, todo se halla en esa poesía desconocida y altanera.

Por aquella que ta allí
por esa me toy muriendo,
ella no me quiere a yo,
pero yo la toy queriendo.

Decime granito de oro (...)
con quien te venís riyendo?
te pareces a la aurora
cuando viene amaneciendo.

Yo quisiera tala viendo
treinta días en un mes,

siete veces por semana,
cada minuto una vez.

Mis ojos lloran por verte
mi corazón por amarte,
mi boca por date un beso
mis brazos por abrazarte.

Y la queja, y el llanto, ¿la muerte de las despedidas? ¿Dónde la poesía
de lo que fue breve como un sueño y frágil como la llama de las rosas?

Esta Noche con la luna
o mañana con el sol
esta noche me despiro
porque mañana me voy.

Lucero del alto cielo
prestame tu claridá,
para seguile los pasos
a mi amante que se va.

Del limón cogí la flor²
del guayabo Tos matojos,
de fu corazón amara
yo solo recojo enojos.

¿Quién dijo mejor lo que le dolía sobre el corazón?

No podía el poeta comparar a su amada sino con un granito
de oro que vale tanto como llamarla fina, reluciente. Es lo más
preciado. Por ese estiércol de Satanás que dijera Papini, lucha la

2 En la flora Chocoana el limón y el guayabo son plantas apetecidas. El primero por sus ingentes usos medicinales y por su flor blanca de olor exquisito con la que se adornan tes novias campesinas el día de su matrimonio. El otro, que nadie se ocupa en propagar, pues lo hace el viento o los pájaros, es una mirtácea que da unas hojas encarnadas como la púrpura de un labio. ¿Comprendéis ahora te cuita del amante que recibe de la naturaleza los dones más selectos y de la mujer de sus sueños, solo enojos? ¿Comprendéis, ya la dualidad de esta tonada?

humanidad no solo en el Chocó sino en toda la tierra. Con qué otra cosa semejarla sino con lo que produce su mundo que en diez años —1932-1942— produjo al país 4.192.685 castellanos de oro. por un valor de \$44.028.076,48? (Geografía Económica del Chocó —Contraloría Gral. de la Rep.— Bogotá. 1943. p. 383.)

Según el medio en que se críe o eduque las pequeñas tendencias instintivas que hallamos en el animal y el niño, evolucionan en el hombre, se socializan, se espiritualizan, acaban por producir inclinaciones tan complejas como el amor a la ciencia y a la verdad, el amor al arte, y a la belleza; el sentimiento del deber y el amor al bien; el sentimiento religioso o sentimiento del infinito. (5) Con este escudo se lanzó el negro a adaptarse al mundo circundante y a vencerlo, sorprendido ante los secretos naturales de ese infierno de la selva que se cierra como abanico detrás del que la cruza.

Por necesidad y por carencia de defensas culturales y sociales, creyó en la magia, los sortilegios y embrujos y se explicó a su manera las enfermedades, el trueno y la noche, el día y el relámpago, el dolor y el placer. Deseoso de protección, de vínculos que lo ligen con el Autor de la luz, ambicioso de fraternizar, profundizar y alcanzar la causa primera de las cosas, interrogó al ámbito sobre el porqué de su debilidad ante el mundo, del por qué su pequeñez ante la grandeza de la tierra. Al filosofar así, lo hizo cantando con sobrehumano poderío.

Hay que ver en uno de esos velorios de muertos o de santos, a un negro oloroso a aguardiente, indagando el origen de los dioses, resolviendo el secreto de María o simplificando el misterio del Espíritu Santo. Hay que oírlo decir:

Quién hizo la Trinidad?
 quién hizo el Velbo humano?
 quién hizo el cielo y la tierra
 y a Jesús Sacramenta?

—Oigame, usted, compañero,
yo le vengo a preguntá:
cómo pariendo la vilgen
doncella puro queda?

—Oigame, usted, compañero,
yo le voy a contestá:
tire una piedra en el agua,
viene a abrí, vuelve a cerrá...
así pariendo la Vilgen
doncella puro queda. (6)

IV

La sátira amorosa contra la mujer tiene en el cancionero chocono coplas amargas, corrosivas. Cuando el negro ha visto que la realidad le ha dejado en las manos solo polvo de mariposas, cuando nada ha logrado de sus luchas, pasiones y andanzas, entonces muerde con su palabra. Es “Mingo Revulgo” que hiere con su lanza a los de arriba sin importarle el crujido de la carne de los que mata con la cuchilla de su verso.

La quiebra de un hogar, la congoja de un hombre que cayó en una emboscada de lobos, la burla de los engañados por el destino o por los conflictos sociales, la honra, las liviandades humanas, todo esto ha creado una poesía cruel, maliciosa y maligna, tal como esta muestra:

El amor de las casaras,
es amor favorecero,
manque el hijo sea de otro
resulta de su mariro.

Delgarita de cintura
como un grano de cebara,
pa que te silve ese cuelpo
siendo tan enamorara.

Pucha vo, pucha tu mama,
 pucha tu agüela y tu tía,
 cómo no ibas a ser pucha
 siendo de la misma cría?

Negro, filósofo y crítico, sigue cantando, mostrando al mundo por medio de tu cañudo salvaje, la realidad tremenda de un pueblo que si desaparece del mapa de la patria total no será, no, por culpa de los que mueren amándolo, sirviéndolo, pensando en lo que vale ser colombiano. Los nativos han permanecido fieles a una tradición de libertad que fuerzas oscuras flagelan y, sin temor al olvido, a los vejámenes y al hambre, con la cabeza erguida, sin ceder al dolor, siguen llevando en alto el pabellón de la República, cuya sombra cae, a veces, con más fuerza sobre agrupaciones que se rindieron ante el Pacificador, como en la vieja metáfora, como una flor bajo la pata de una bestia.

Bibliografía

- (1) Lowie, H. Robert – Historia de la Etnología. – Fondo de Cultura Económica, México, D. F. 1946.–p. 13.
- (2) Arens, Hans. –Adolfo Salazar y la Historia de la Música. Rev. Del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Vol VL, Nos. 393-395.–Bogotá, 1946.– p. 385.
- (3) Valencia Lozano, Jorge. –El Chocó y la Guerra de la Independencia–Imprenta Oficial Quibdó, 1925. p. 6.
- (4) Boggs, Ralph S.–Valor Práctico del Folklore. –América Indígena, México, D. F. Vol V. No. 3. Julio 1945.–pp. 211-215.
- (5) Quatrecasas. –Cita hecha por Alberto D. Cireli en “Incurción por el dominio de los Instintos.”–Publicaciones del Instituto de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.–No. 46.–1945 p. 9
- (6) Estos diez versos los trae Ciro Mendia como tomados en las orillas del Atrato, en su libro La poesía popular, editado en Medellín.

TRES TRABAJOS INÉDITOS DEL MAESTRO TEÓFILO POTES*

POR TEÓFILO POTES



I. La mina. El negro y la magia

Siglo XIX. Años de 1820 a 1848. Territorios del Departamento del Cauca. Ríos Quilcacé, Timbío y Patía. Caminos de herradura y trochas. Fundos agrícolas, dehesas y centros de explotación aurífera. Hermosas casas de hacienda, techos de tejas de barro, paredes escaladas color blanco y zócalos diversos, son las habitaciones de los amos y de sus familias; mantienen en ellas a un reducido número de esclavos y esclavas negras para el servicio doméstico; los demás esclavos ocupan ranchos cuyos techos están cubiertos con hojas de caña brava o dulce; pisos de barro; o sea que los ranchos se enclavaban en la superficie de la tierra; utensilios, aperos de labranza, aperos para el laboreo de las minas y muy pocos utensilios de cocina, ollas de barro, tinajas, platos, cucharas de mate o de palo; camastros para dormir, ningún mueble, fogones de tres piedras, barbacoas de caña brava o de varas de árboles; piedras grandes colocadas sobre pilares para moler maíz, machacar alimentos —plátano, carne, yuca, maní,

* Tomado de Teófilo Potes (1975). La mina, el negro y la magia; coreografía del currulao. *Aleph*, Vol 13. Manizales, Colombia.

etc.— PROPIETARIO DE LAS HACIENDAS DE QUILCACE Y LA MACANA: Don Pedro de Angulo.

Es un trozo de historia vivida por nuestros antepasados en los fondos de los canalones auríferos ya en las vegas de los ríos, ora en las estrechas gargantas de los desfiladeros, en las cabeceras de las quebradas cantarinas y en los lechos que abandonaron las corrientes en busca de rectificación para sus nuevos cauces. Parece que esta historia se hubiese perdido en la noche del olvido como todas las cosas que fueron de NEGROS, pero no se mantiene latente en el corazón de los hijos del litoral Pacífico. Es la historia de hombres y mujeres que vivieron hasta hace poco en el abismo sin fondo de la esclavitud, descendientes de una raza extranjera nacida bajo el sol de los trópicos donde eran mimados por la diosa Libertad, pero que ya venidos a la América quedaron convertidos en la dolorosa condición de parias; es que el corazón de los negreros como el de sus amos no tiene para con ellos misericordia; el afán de poderío, el ansia incontenible de riqueza, el cambio de posición social, hízolos sentir superiores, perdieron toda noción de sentimiento humano y se hicieron insensibles ante la miseria de seres humanos que poseían no solo dignidad sino títulos de nobleza...

La Mina: antro de dolor, hombres de rostros macilentos carcomidos por el hambre y la miseria, extenuados por los excesos de trabajo, de castigos y de inhumanidad, convertidos en máquinas con el fin de saciar la insaciable avaricia de sus amos. Los esclavos mineros “vivían en la tragedia y nunca sonreían; enseñaban el nardo de sus dientes no más que en el momento del gesto doloroso; cuando el latino hundía su candela silbante en el charol de sus rostros sudorosos” y vivían subyugados por algunos de sus hermanos de raza, quizá más afortunados, quienes no Creyéndose Negros, se convirtieron en verdugos de su propia sangre, eran los

CAPATACES y como tales tampoco tenían alma, jamás se ruborizaron al ver los cuerpos de sus hermanos convertidos en “surtidores de agua tibia”, al decir de Luis López de Meza.

En un pueblo sin historia las facultades creadoras del artista suplen las deficiencias documentales. No se sabe que admirar más en esta obra, si la clara y fría belleza del estilo, lleno no obstante de imágenes de una vida extraordinaria, o la grandeza salvaje de los episodios, o la marcha rítmica de la acción. Descripciones y cuadros hay en La Mina que sorprenden a la vez por su plasticismo, por su vigor, por su exactitud y sobre todo por un poder de evocación pocas veces igualado en las representaciones de carácter folclórico.

Lo esclavitud se convirtió en una carga mecánica y agresiva que pesaba sobre el espíritu de la humanidad, impartiendo su tonalidad a todo, porque toda sociedad está en gran parte afectada por su espíritu.

La estructura de la sociedad estaba basada y arraigada en la esclavitud. Los trabajos más duros se hacían bajo compulsión; no bajo compulsión indirecta como sucede en nuestro sistema de salarios sino bajo la compulsión directa del dolor físico y aún la muerte para el esclavo que no cumplía su cometido. Escenas llenas de contenido visual.

En los chiguales o juegos folclóricos infantiles se interpretan ciertas fábulas regionales como el “Pichil1”, el “Sapo”, y la “Araña”, el “Sapo y el Venado”, el “Conejo y el Tigre”, etc.

Los actores son los mismos asistentes a las ceremonias, y en muchas ocasiones se hacen “relatos” y “diálogos”, algunos espontáneos y otros dirigidos por las “maestras” o los “fiesteros”. En todos estos dramas se acostumbra el canto, la música y la danza.

Los trajes son sencillos, pero de colores fuertes o vistosos. Las mujeres llevan sombreros de paja —tetera, güinul u hoja— blancos o de colores entremezclados; blusas de chiquero y collares de fantasía. Otras veces se cubren la cabeza con un trozo de tela blanca o de color a manera de turbante; portan siempre pañuelo; raras veces se ve una mujer vistiendo bayeta —atuendo caído en desuso actualmente— o portando chumbes en la cintura. Los chumbes como las bayetas eran confeccionados en diferentes formas y combinados con hilos y lanas

de diversos colores. Daban cierto aire de donosura y dejaban ver la figura arquitectónica de las mujeres de antaño.

La fe en la magia o en las supersticiones, constituye una de las primeras y más fuertes expresiones del despertar de la confianza del hombre en sí mismo. Cuando la ejerce o la práctica para sí o para otros ya no se siente a la merced de las fuerzas naturales o sobrenaturales; desligado así empieza a desempeñar su propio papel y se convierte en su actor, en el espectáculo de la naturaleza. Además, toda práctica mágica se basa en la convicción de que los efectos naturales dependen en alto grado de los hechos humanos. El practicante de magia está por eso convencido de que la naturaleza no le regalará sus dones sin su activa colaboración. Por ello cada campo particular dispone de sus propias reglas mágicas. Las hay especiales para la pesca, para el amor, así vemos que, en las antiguas sociedades totémicas, los diversos clanes poseen ritos mágicos diferentes que constituyen su privilegio y su secreto y son tanto más necesarios cuánto más difícil y peligroso es lo que se va a ejecutar. La creencia en la magia se basa en una convicción profunda de la solidaridad de la vida. El hombre primitivo —y no hacemos referencia solamente del negro, sino que abarcamos a todas aquellas sociedades denominadas INFERIORES— se siente rodeado a sí mismo por toda clase de peligros visibles e invisibles que no espera vencer por medios físicos. Para él el mundo no es una cosa muerta o muda; puede oír y comprender.

Para él cada elemento tiene su espíritu; el cielo, el mar, el río, la luz, la noche, el viento, el fuego, la tierra, los árboles, las yerbas, las piedras, etc., por lo tanto si los elementos que constituyen la naturaleza tienen cada una su poder, los invoca de modo debido para que ninguno de ellos pueda rehusarle su ayuda. De allí el por qué cuando el hombre se encuentra bajo una fuerte tensión emotiva recurra a las prácticas mágicas o supersticiones. Su ejecución le proporciona un nuevo sentimiento de su propio poder, el poder de la voluntad y de su energía. Lo que el hombre consiga con las prácticas de la magia es la máxima concentración de sus esfuerzos, que en otras circunstan-

cias —las ordinarias— son dispersos e incoherentes. Puede decirse que la “técnica” de la práctica de la superstición o de la magia, es la que requiere semejante concentración tan intensa; cualquier práctica reclama máxima atención. Si no se ejecuta en el orden debido y de acuerdo con las mismas reglas invariables falla en sus efectos.

Aunque no puede conducir a los fines prácticos que anhela, ni a satisfacer sus deseos, le enseña a tener confianza en sus propias fuerzas, a considerarse como un ser que no necesita someterse simplemente a las fuerzas de la naturaleza, sino que es capaz, por el ímpetu espiritual, de regularlas y controlarlas.

Una de las cosas que más ha causado repugnancia y desprecio hacia los negros de Colombia —costas y algunos pueblos del interior— por parte de los “blancos” en todas las épocas, desde la Conquista hasta nuestros días, ha sido la de la práctica de la “magia”, llamada también “brujería”, “hechicería”, “supersticiones”, “curandería”, etc. Se dice aún que el atraso de la raza negra se debe a la dedicación a estas prácticas. Para poner un poco de luz a las tinieblas que envuelven este dilema, es necesario remontar hasta las edades precientíficas, estudiar, aunque a grandes rasgos las bases de las primeras culturas humanas y desde allí descender al continente negro para empezar a hurgar desde los albores del siglo XV para lograr llegar a concluir que a más de serias son efectivas.

Pero como esto demanda largas vigiliyas y copiosas investigaciones, contentémonos con una brevísima visión de las culturas afroamericanas establecidas en el Nuevo Continente desde 1502...¹

II. Coreografía del currulao

Salen en dos filas, las damas por la derecha señores izquierda. Todos llevan un pañuelo en la mano derecha que continuamente se moverá de fuera a dentro y viceversa.

1 Se suspende aquí el original en ALEPH.

1. Inician el paso: el pie derecho avanza y luego se trae el izquierdo para unirlo al derecho; sale el izq. adelante y se acerca el derecho a él. El ritmo se lleva en el cuerpo siendo más acentuado en el hombre que en la mujer. En esta forma llegan hasta colocarse los señores frente a sus parejas y las damas con el mismo paso dan una vuelta en cuatro tiempos para quedar frente a ellos, pero separadas las filas.



2. Los hombres realizan frente a sus parejas un círculo así: paso de cambio iniciado con el pie izq., paso de cambio con el derecho, paso solo con el izq. y luego otro paso con el derecho. Esta marcación de paso de cambio, paso de cambio, izq. y derecho, marcando círculos se hace tres veces y sin volver la espalda. A la cuarta vez los hombres dan vuelta entera con paso de cambio seguido. En estos movimientos el hombre toma el extremo del pañuelo con una mano y el otro extremo con la otra en posición de arriba a abajo y en esta forma y con el ritmo va cambiando de posición, una vez el brazo derecho arriba y el izq. abajo y viceversa. Las damas en su puesto bailan.



3. Al realizar la cuarta vuelta anterior las damas también inician vueltas en la misma forma que los hombres. Como ambos la inician con el pie izq. y están cara a cara queda formando un ocho. Esto se realiza tres veces; a la cuarta vez unen hombro izq. con izq. dando una media vuelta y frenando con ambos pies para devolverse y quedar así en lado diferente.



4. Están nuevamente en dos filas verticales y lado diferente. Todos bailan en el puesto.



5. Repetir los movimientos del No. 2 y 3 hasta cambiar nuevamente de lado. Así quedan damas a la derecha, señores a la izq.

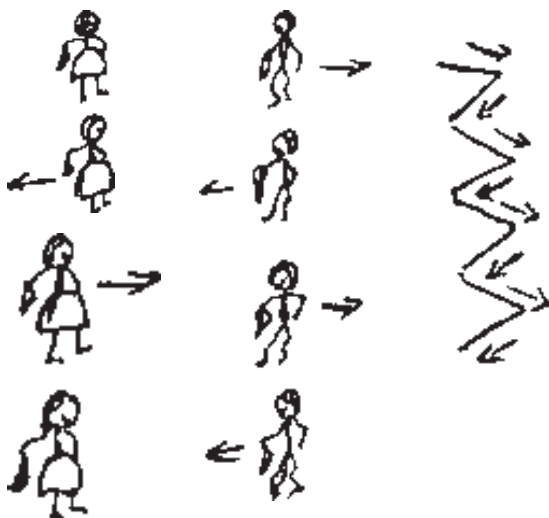


6. Están en dos filas, inician el movimiento cada uno en su respectiva fila. Por parejas uniendo los hombros dan vuelta entera y cambian de parejo. Así llegan los últimos a ocupar el primer puesto y viceversa.



7. En forma intercalada van al centro unos y otros fuera, o sea en zigzag adelante y atrás. Este movimiento lo realizan todos. Así quedan nuevamente en sus respectivos puestos.

8. Con paso de cambio los hombres hacen un círculo, acercándose a la pareja para colocar el pañuelo sobre el hombro y sin desprenderlo siguen girándola y marcando con ella círculos amplios. (3 veces).



9. Los hombres toman el pañuelo y continúan en 9 el círculo solos, regresando al puesto con zapateo. Las mujeres también regresan a su puesto con paso común.



10. Con esto termina la danza y salen de espalda al público con paso de cambio las mujeres y los hombres con zapateo.

El zapateo puede ser variado.



III. Comentario de folclor. Leyenda y poesía

Se encuentra en la literatura campesina de las regiones del Pacífico, una gran variedad de motivos interesantes entre los cuales se distinguen las COPLAS SUELTAS o “volantineras”; las COPLAS GLOSADAS O DÉCIMAS; las LEYENDAS: unas de carácter místico y otras de carácter profano o sea aquellas que crea a diario la fantasía popular; las ADIVINANZAS que se dividen en ADIVINANZAS DE ATE o SIMPLES y ADIVINANZAS DE DES-ATE o sean aquellas definiciones de difícil solución; los MITOS Y LAS FABULAS que tienen relación con animales reales y con animales fantásticos, en los que se puede admirar lo sublime y lo grotesco.

El negro de las regiones del Pacífico, como su ascendiente africano, es buen narrador de viva voz; toda su literatura es oral, rica y, sobre

todo, muy variada en cuanto a motivos de fondo, pero que no alcanza a remontarse más allá de las postrimerías del siglo XV.

Existen los REPENTISTAS que versifican con sorprendente facilidad los sucesos que ocurren en las regiones del litoral. Las versificaciones que realizan son de variado matiz, las hay políticas, de carácter religioso, de cuestiones económicas y también las que se relacionan con la vida cotidiana.

No es raro encontrar décimas inspiradas en temas de historia de la época del Renacimiento y también de aquellas que se han singularizado por la violencia de sus caracteres, por el valor simbólico que se atribuye a sus personajes o por el misticismo pasional de los protagonistas.

Los llamados ARGUMENTOS, tienden a desaparecer. La fantasía de estas modalidades es una mezcla sonriente de ironía y de sentimentalismo, sirven de base para los DUELOS LITERARIOS. Al compás de la música y bajo la influencia del BICHE —o sea aguar-diente criollo— el campesino canta y echa a otro sus coplas, que más parecen pullas, a fin de abrir el reto. Cada uno se esmera en dejar oír su palabra ofensiva o defensiva, razonable o irrazonable, suave o fuerte. Cuando no se pueden dominar con palabras, pasan a las vías de hecho y ... entonces se oye el chocar de los garrotes o de los aceros, gritan las mujeres, ruedan los cántaros y se derrama el guarapo fermentado, crujen las paredes con los recostones sucesivos de los contrincantes y de los apaciguadores, chapotean los canaletes y los potrillos en las orillas y las tablas de las marimbas, que a veces se usan como arma, suenan como cristales rotos. Pasado todo esto que es incidental, toda aquella tempestad torna a su corriente habitual, se olvidan las rencillas, se pone sobre el oleaje encrespado el mástil de la tranquilidad, la calma hace su entrada triunfal y se retorna a la serenidad de antes.

También hay décimas en las que se cantan hazañas guerreras del siglo XV por el estilo de las de Mateo María Boyardo (1434-1494), Conde de Scandiano, en su obra Orlando Innamorato.

LA CUMBIA. SÍNTESIS MUSICAL DE LA NACIÓN COLOMBIANA*

Reseña histórica y coreográfica

POR DELIA ZAPATA OLIVELLA



Epígrafe

En las costas tórridas de nuestros mares y a lo largo del Magdalena y otros ríos, se han esparcido propiciamente los africanos... y se baila la *cumbia* o *cumbiamba* con sin igual desenvoltura y frenesí rayano en el delirio...

(...) bajad a bailar la cumbia so las frondas entoldadas del Atrato, en los jardines que bordan a Barranquilla, bajo los emparrados de Cartagena, y en él jamás como se lo merecería alabado vergel indescriptible que ciñe entre sus ramas y sus frutos, pámpanos y flores, perfumes y armonías a Mompós, la Valerosa.

Antonio José Restrepo (“Ñito”) (Cancionero de Antioquia – “De la Poesía Popular en Colombia”–, discurso en la sesión de gala de la Academia Colombiana de la Poesía, Teatro Colón, Bogotá, 20 de julio de 1911).

* Tomado de Delia Zapata Olivella (1962). La cumbia, síntesis musical de la nación colombiana. *Revista Colombiana de Folklore*, segunda época, No 7, pp. 185-210.

Es un brote de esa África lejana, que llevan en su sangre y que sus ojos nunca vieron; es un rito sagrado ante un Eros cruel y dolorido, ¡Oh, fuego, que así ardes en la cera oscura de la colmena agreste, como en los ampos nevados de las abejas rubias!

(...) Aquello se inflama; en cada mano llamea un blandón; las candelas divagan de aquí para allá... Los tamboriles y los caramillos siguen y siguen; sigue la gaita y el bombo; arden las fogatas y el embolismo no cesa... Viene después... la “Gaitera” y otras danzas, menos complicadas; en fin, esos padres de Ja cumbia y abuelos de ese tango dominador...

Tomás Carrasquilla.

(“La Marquesa de Yolombó”. - Obras Completas).

Prolegómenos

No se encuentra en el diccionario castellano el vocablo *cumbia*, ni su derivación, o variante, *cumbiamba*. La tercera denominación, *fandango*, enteramente castiza, define un antiguo baile español, muy popular, y su tañido. Su diminutivo, *fandanguillo*, se refiere, de modo exclusivo, a la variedad andaluza, típica, del fandango, en boga hasta mediados del siglo XVIII. Algunos señalan su origen en la zona minera de Huelva y creen que los árabes lo llevaron, en su forma primitiva, del África. Fandanguero, o fandanguera, es el hombre o la mujer, que tiene afición, en general, a bailes y diversiones y, en particular, al fandango. Y, por último, *fandanguear* se ha convertido en sinónimo de *jaranear*. Bien sabemos que *jarana* tiene variadas acepciones en América: en Cuba es *chanza* o *burla*, mientras en Guatemala es *engaño*, y en Honduras *trampa* (por deuda); pero su significado español y universal es *algazara*, diversión bulliciosa de gente ordinaria. Esto es, en resumen, todo lo que informa la Academia de la Lengua.

La única voz similar a *cumbia*, que acoge la Academia Española, es la de *cumbé*: “cierto baile de negros y tañido de este baile”. Y *cumbes*

(sin tilde), se llaman los negros que habitan en Bata, en la Guinea continental española.

Si se atan cabos, se puede deducir que la cumbia —de origen mestizo, y más tarde, sometida al influjo hispánico, hasta convertirse en nuestros días en un baile triétnico— ha debido pasar por sucesivas etapas de evolución, desde su lejana inspiración africana hasta su conjunción con las modalidades indígenas americanas y, posteriormente, con la predominante interferencia de los amos coloniales. No sería, pues, sorprendente hallar —con más abundantes y sistemáticos recursos de investigación— parentesco etimológico y también coreográfico, entre cumbia y cumbé, lo cual nos transportaría a la tierra de los negros arrancados por la inhumana codicia esclavista de las comarcas occidentales del África.

La relación entre cumbia y cumbiamba es de sencilla explicación: la cumbiamba, en su origen, no es la cumbia, como baile, sino el lugar donde se baila la cumbia.

Parece que llegó, hace rato, el momento de que la Academia Colombiana de la Lengua, como correspondiente de la matriz española, introduzca en el diccionario estas palabras, honda y definitivamente vinculadas a la historia nacional colombiana.

Lo de fandango se presta para dos suposiciones diferentes: baile popular, o afición a las diversiones. Probablemente algunos chapetones y criollos adoptaron ese nombre por extensión o semejanza, en buen sentido. Pero, si acaso otros lo hicieron con torcida intención, o con despectiva actitud, tal vez aludían a jaranear, o sea, a la algarazara o diversión bulliciosa de gente ordinaria...

Ancestro

La búsqueda del nombre —para cuyo logro se requiere la paciente tarea de remontar la corriente de la historia hasta las fuentes del origen— es algo que corresponde a los investigadores eruditos y

reclama el aporte entusiasta y metódico de estudiosos bien dotados. Es una labor para el cercano porvenir.

La comprobación del origen de la cumbia se liga a la integración del coctel americano y llega a las raíces de nuestro ancestro triétnico, cuyos tres ingredientes, mezclados ya en diferentes proporciones, forman la síntesis de la Nación colombiana.

El tañido propio de los instrumentos que acompañan con su música la coreografía de la cumbia así lo demuestra: tambores de acento negro; flautas de gemido indígena; el vestido y el canto revelan el estilo hispánico.

En el baile, la mujer representa el aporte indígena y el varón ocupa el puesto del negroide.

El continuo contacto de indios y negros durante la servidumbre colonial, y su ayuntamiento bajo las circunstancias impuestas por su común sumisión a los amos esclavistas, debía producir, entre sus consecuencias, el acercamiento y la parcial fusión de sus expresiones musicales: la melancólica gaita o flauta indígena, en cercano contraste con la alegre e impetuosa resonancia del tambor africano. Así surgió este ritmo que llamamos cumbia y que hoy encarna el sentir de una caudalosa porción del pueblo colombiano.

Y el ayuntamiento etnográfico ha quedado simbolizado, de modo peculiar y elocuente, en los distintos papeles que corresponden en el baile de la cumbia a cada sexo. La mujer, como queda dicho, representa la parte indígena, con sus movimientos más pasivos, que algunos consideran casi hieráticos. Ella lleva en- alto, como antorcha, el manojito de espermas (antiguamente eran mechones, usuales en los regocijos públicos), con el cual se alumbraba y a la vez se defiende del insistente asedio del varón, quien durante el baile no cesa en su pertinaz galanteo y le corresponde el aporte del ritmo negro, con las contorsiones y piruetas que admite la plena libertad de expresión.

Época, y ambiente: al pie de las murallas

Al comienzo, las cumbias primitivas no incluían canto; eran simples melodías. Con el canto y con el vestuario penetró en la cumbia, como tercero en discordia, o mejor, como tercero en armonía, la idiosincrasia hispana. Sobre este tercer factor de nuestra triangular base folclórica se han suscitado, y persisten, actitudes polémicas, casi todas de mero prejuicio racista en contra de lo africano y en pro de lo español. Tales posiciones subjetivas se examinan, de paso, más adelante.

El tráfico organizado de esclavos procedentes del África, financiado por las potencias europeas, tuvo su punto de partida alrededor de 1441, o sea, medio siglo antes del primer viaje de Cristóbal Colón hacia el desconocido Oeste.

Durante los siglos XV y XVI, ese tráfico negrero alcanzó gigantescas proporciones, por las rutas marinas que conducían al Nuevo Continente. Y continuó hasta mediados del siglo XIX, ya en vísperas de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos de América del Norte.

Cartagena de Indias, escenario de la amorosa y mística dedicación de Pedro Claver, pero también codiciado objetivo de los agresivos y depredadores piratas era, en el apogeo del tráfico negrero, un gran mercado —o, más propiamente, feria de ganado humano— desde el cual se distribuían los negros que se destinaban al laboreo de las minas en el interior, ante la incapacidad de los indios para resistir tan agobiadoras faenas.

Llegó el momento en que el poder español se empeñó afanosamente en la ciclópea empresa de la construcción de las murallas. Y los negros, de poderosos músculos, a pesar del maltrato, el abandono y las enfermedades, tenían sobre sus hombros todo el peso de la obra (como los esclavos de la antigüedad que levantaron las pirámides faraónicas).

Los negros cautivos, carne de muralla, tenían una sola obsesión: la fuga. Se remontaban, se convertían en cimarrones, para librarse de la esclavitud, y algunas veces burlaban a los perros de presa y alcanzaban la libertad. Los fugitivos se internaban en las selvas. Los que allí lograron reunirse, bajo la dirección del rey negro Bencos-Bihio, fundaron un poblado que se conoce todavía con el nombre de Palenque. Un genuino núcleo africano en la tierra de América, donde por primera vez en este Continente se agruparon hombres rebeldes para proclamar y defender su independencia

Por su parte, los indios —sobre todo los de ascendencia Caribe— libraron cruenta y desigual lucha contra la armadura, el caballo, el sabueso y la pólvora, que daban superioridad bélica a los barbudos peninsulares. Al fin, vencidos, diezmados, los antiguos dueños de la tierra despojada quedaron sometidos a los nuevos amos.

En esa época, negros e indios ocupaban el mismo plano dentro de la sociedad esclavista y feudal. En las tradicionales fiestas de La Candelaria, por ejemplo, los discriminados siervos no podían ocupar las tarimas que ellos mismos, con sus adoloridas manos, construían para realzar la prominencia de blancos chapetones y de criollos privilegiados.

Los indios, que llegaban a Cartagena desde diferentes sitios con sus flautas y tambores de doble repercusión, se unían a los negros, con sus potentes tambores de un solo parche. Se congregaban alrededor de las tarimas de los dominadores, o al frente. Debían guardar cautelosa o respetuosa distancia.

Al principio, indios y negros se alumbraban con una fogata central y bailaban alrededor del fuego, mientras los músicos se situaban a un lado. Más tarde, el fuego fue substituido por un árbol, llamado Bohorque, que transplantaban al centro de la plaza y cuyas ramas adornaban con objetos de colores. Al fin, con el correr del tiempo, los músicos pasaron a ocupar la parte central. Esto ocurre hasta el presente. Y

como, ya no son los chapetones los que dominan y monopolizan las tarimas, pues, los músicos se encaraman en una para sobresalir. Las parejas los circundan.

Las murallas envejecieron. Pasaron a ser mudos e imponentes testimonios de un ilustre y heroico pasado. Y también una sin igual atracción turística en el presente —y más en el futuro—, como singular “corralito de piedra” ... Pero la cumbia, que nació al pie de sus bastiones cuando se colocaban las primeras piedras, renueva su juventud en cada festival, de generación en generación.

La cumbia tuvo cuna de piedra.

Regiones: la “subienda” de la cumbia

La cumbia no se quedó en su pétreo cuna, dentro del recinto Lamurallado, Su fuego y su ritmo se fueron muy lejos, hacia muchas regiones. Avanzó, como “subienda” musical, por los ríos, contra la corriente; conquistó los puertos, las aldeas del interior, las haciendas.

Se podría hacer un mapa especial para mostrar los extensos dominios de la cumbia:

De Cartagena, donde nació, se extendió a todo Bolívar y a Córdoba, cuyas sabanas son las mismas. Remontó el valle del Sinú, pasó rápidamente hacia los Departamentos del Atlántico y del Magdalena. Y, desde luego; conquistó todo el extenso valle del río Magdalena hasta arriba del salto o rápidos, de Honda. Lo mismo aconteció en el norte de Antioquia, por el Bajo Cauca y el Nechí, llevada por “bajeros” y mineros. Estos —negros en su totalidad, en la época de la Colonia— llevaron hasta la montaña, como lo describieron, con la maestría de su elocuencia, Tomás Carrasquilla y Antonio José Restrepo, toda la rica variedad de los ritmos y bailes africanos.

Las tierras de la cumbia forman, probablemente, el más dilatado, y variado latifundio del país.

Variantes: con unidad característica

Por doquier, la cumbia es el eje central de las festividades populares. En cada comarca cambia de nombre. Los usos y costumbres le imprimieron variaciones. Pero ninguna modalidad par- celadora ha logrado desdibujar sus características esenciales, típicas, unitarias. Por el contrario, otros bailes, han recibido su influencia y han alcanzado aspectos de similitud o de imitación.

Las características esenciales de la cumbia' —al lado de los instrumentos, el vestuario y, por supuesto, los movimientos, posiciones y pasos de su coreografía— se mantienen vivas, en general.

Solamente en el Atlántico, donde se llama cumbiamba, suelen cambiar el movimiento circular, con la música al centro, por el desfile callejero. Y las mujeres, por lo regular, no usan velas y tienden a entrelazarse.

En el Departamento del Magdalena, el uso del acordeón imprime otra característica; pero se conserva la coreografía.

En Córdoba bailan en el mismo sitio del fandango, el ritmo de porro o de puya. Es decir, todos los ritmos se bailan alrededor de la cumbia, con coreografía análoga.

Las características- esenciales que distinguen la cumbia, son:

1. Música en tinglado, o tarima central;
2. Las mujeres portan en la diestra uno o varios haces o manojos, de espermas, (antes usaban mechones);
3. Es un baile con luz propia, no refleja, para alumbrar y lucir en la noche.

Es tanto el apego y el aprecio a la costumbre de llevar velas, que el mayor orgullo de una mujer consiste en poder mostrar al día siguiente, o al final de las festividades, los muchos paquetes de espermas que sus “parejos” le han ofrendado en cada baile y que ha consumido sin doblegarse ante la fatiga y sin perder el compás...

Sudheim, citado por don Benigno A. Gutiérrez, en su estudio del folclor de Antioquia y Caldas (Cancionero de Antioquia), ha logrado, entre muchas, la mejor descripción sintética de la cumbia:

“Baile popular al que sólo asiste la gente de escalera abajo y en que las parejas, sin tocarse, ni menos agarrarse, giran hieráticamente en derredor del centro, llevando las hembras un paquete de velas encendidas, enhiesto, a manera de antorcha. En medio del círculo que describen se coloca la música, que no cuenta con más de una flauta de caña, un bombo y otro instrumento indígena conocido por guaches. Agreguemos que el paquete de velas debe darlo el varón, que la música cuenta también con un porro o tambor, aun con dos, y un par de maracas y a vedes se agrega la guacharaca, o sea la carrasca; la flauta se hace de- caña de millo y produce sonido agudo”.

Este “retrato” en prosa de la cumbia ahorra muchas palabras. No obstante, es necesario insistir, y abundar en los detalles, para presentar una imagen completa, cabal, de todo el desarrollo coreográfico de esta tradicional expresión del mestizaje colombiano.

Vestuario: “el calor no está en la sábana” ...

El aporte español se aprecia en la cumbia, principalmente, en el vestuario. Las mujeres lucen amplias polleras. Hay dos estilos de blusas: unas son cerradas, con manga de tres cuartos; llevan volantes en las mangas y también en el remate de la blusa, que cae a unos 50 centímetros del hombro; por la espalda va entallada a la cintura y por delante totalmente suelta. En las tierras más cálidas usan un tipo de blusa escotada, con un gran volante que rodea los hombros y en la cintura va sujeta a la falda. Los hombres siempre visten de blanco. Los pantalones tienen un recogido en la parte de atrás, llamado de “repollo”. La camisa lleva cuello redondo, como de militar, con pechera muy adornada; manga larga, con puño cerrado. También llevan los varones pañuelo rojo alrededor del cuello, sombrero de “concha de jovo”, mochila y, para comple-

mentar el atuendo, la vaina viuda de machete. Además, las mujeres se adornan la cabeza con flores.

Por estos aspectos, el pudor, en medio del sudor, queda a salvo.

Conjuntos: gaitas, caña de millo, acordeón

Los instrumentos musicales, típicos, de la cumbia, se clasifican en tres grupos o conjuntos distintos:

Gaitas. Consta de dos gaitas: macho y hembra; ésta tiene 5 orificios y el macho uno. La hembra registra la melodía y el macho marca el compás, acompañado por una maraca de origen indígena. Cada gaita lleva en la parte superior una cabeza de cera y carbón de madera, y una ranura por donde se impulsa y se aspira el aire (se hace del tronco de una pluma de pavo o pato). Los tambores también son dos: el mayor, de unos 70 centímetros de alto (la boca más abierta se cubre con piel de venado o de tatabra), y otro pequeño, denominado “llamador”, de unos 30 centímetros de alto y cubierto con piel en uno de sus extremos. El mayor marca, con la gaita hembra, la melodía; el menor, con la gaita macho, el compás.

Caña de millo. Este es el instrumento principal. Es una flauta pequeña, de unos 30 centímetros de largo. Se toca transversalmente. En un extremo tiene 4 orificios y en el otro una pequeña lengüeta de 3 centímetros de largo, ligeramente levantada por una hebra de hilo un poco grueso, para impulsar el aire. Se acompaña con 3 tambores: uno de doble repercusión, de origen indígena, y dos iguales a los descritos en el conjunto de gaitas (mayor y menor, o llamador). Se complementa el sonido con un guacho de guadua o de bambú, lleno de semillas. Y, como a falta de bambú buenas son latas... se usan, también algunos sustitutos metálicos, de latón.

Acordeón. Este instrumento europeo es secundado por una caja de doble repercusión, de unos 30 centímetros de alto (o de un solo parche, pero del mismo tamaño); por una guacharaca (o trozo de “caña de lata”, llamado así porque se hace de un bambú especial que tiene

ese curioso nombre); la guacharaca es hueca en una tercera parte de su grueso, tiene ranuras a todo lo largo y otras transversales. Sé rasca con una costilla ele res o con una peinilla.

Coreografía de la cumbia: en la noria del ritmo

Presentamos a continuación, en su orden lógico, consecuente, sucesivo y esquemático —en conjunto y en detalle— el desarrollo del baile de la cumbia:

1. Coreografía o trayectoria del baile de la cumbia.
2. Los 7 pasos de la cumbia.
3. Posición inicial de la mujer y del hombre, y el respectivo movimiento de Jos pies.
4. Las parejas: movimientos combinados y alternos, del tronco y los brazos, para hombres y mujeres.

1. Escena inicial: doble fila india - semicírculo. y encuentro

Esquema de la coreografía: los bailarines entran en escena desde el fondo, en doble fila india. Las mujeres, por la izquierda; los hombres por la derecha.

Trazan un semicírculo. Las cabezas de ambas filas se encuentran en el punto medio y delantero de la escena.

Continúa el semicírculo. Siguen los hombres a un lado y las mujeres al otro, Se encuentran. nuevamente en. el punto medio, como lo indica el esquema.

Al encontrarse cada pareja, hombre y mujer, dan una vuelta sobre sí mismos, en el mismo' puesto.

Luego avanzan hasta cerrar el círculo de la cumbia.

(Esquema número 1).

2. Las 7 fases opacos de la cumbia: galanteo sin contacto

Esta es la trayectoria del baile, a través de sus siete pasos:

Primer paso. Repiqueteo del tambor. Las mujeres describen el primer círculo y conservan su formación. Se enfrenta cada pareja. La mujer amaga a su compañero y éste rehúye el amago. Inmediatamente, siempre conservando la formación, del círculo, las mujeres avanzan.

(Esquema número 2).

Segundo paso. La pareja masculina ejecuta un círculo alrededor de la pareja femenina. Lo inicia detrás de ésta y vuelve a su punto de partida.

Tercer paso. El hombre insinúa colocar su antebrazo izquierdo sobre los hombros de la mujer para invitarla a dar una vuelta con él. La “suelta” (imaginariamente), se separa y; a la vez, gira sobre sí mismo, mientras la mujer completa la suya y sigue adelante.

(Esquema número 3).

Cuarto paso. La mujer describe un círculo corrido alrededor del hombre. Empieza por el lado izquierdo y sigue adelante.

(Esquema número 4).

Quinto paso. El varón inicia otra vuelta alrededor de su pareja. Pasa primero por delante. Le hace figuras y coqueteos. Completa la vuelta por detrás y vuelve a su puesto inicial.

(Esquema número 5).

Sexto paso. La mujer retrocede entonces tres pasos, gira sobre sí misma y amaga como si quisiera quemar al hombre con su haz de espermas. Y continúa luego hacia adelante.

(Esquema número 6).

Séptimo y último paso. El hombre insinúa (sin hacerlo) tomar a su pareja por la cintura. Se alejan juntos.

(Esquema número 7).

3. Posición inicial y movimiento de los pies en los siete pasos

Mujer: posición inicial, de pie, normal. Brazo derecho en alto. Empuña uno o varios paquetes de espermias. La mano izquierda levantada a la altura de la cintura sostiene un extremo de la falda o pollera.

(Esquema: P - F = P. I.).

Movimiento femenino de los pies:

1. El pie izquierdo da un paso hacia adelante, sin levantarlo del suelo. Y en seguida el pie derecho avanza medio paso con relación al izquierdo. Este movimiento se repite continuamente.
2. Se juntan los pies. Ambos se mueven, con pasitos muy cortos: primero el izquierdo y luego el derecho. Seguido, sucesivamente.
3. Pies juntos. Apoyarse sobre los talones. Girar ambos pies, juntos, primero a la izquierda y luego a la derecha.
4. Para las vueltas, la mujer da cuatro pasos comunes y corrientes. Luego describe un pequeño círculo en el mismo puesto y sigue adelante, con el paso inicial.
5. Las vueltas corridas alrededor de la pareja masculina se hacen también con pasos comunes; pero con mayor rapidez y en número de 8.
6. Para los retrocesos: 3 pasos comunes hacia atrás. Se empieza con el pie derecho e inmediatamente se ejecutan los 4 pasos de la vuelta en el mismo puesto.

Hombre: posición inicial, de pie, normal. Ambos brazos en alto.
(Esquema P - M = P. I.)

Movimiento masculino de los pies:

1. Paso de base: el pie izquierdo se mantiene en su puesto; el derecho se mueve hacia atrás un paso. Apoyo permanente, en la parte anterior del pie. El derecho busca la dirección que lleva el izquierdo.
2. El izquierdo se mueve hacia la derecha, sin desprender el talón; el derecho da un paso hacia la izquierda y busca de nuevo la dirección del izquierdo.
3. Un nuevo paso del izquierdo; gira hacia la derecha, mientras el derecho lo hace hacia la derecha y busca otra vez la dirección del pie izquierdo. Esto se repite continuamente, a voluntad del bailarín.

Contraste fundamental y advertencia necesaria. —La mujer baila deslizándose sobre el suelo; nunca levanta los pies. En cambio, el hombre apoya siempre el pie izquierdo, totalmente, sobre el suelo; y el derecho sólo apoya la parte anterior.

4. El ritmo de las parejas: movimientos de tronco y brazos

La siguiente descripción corresponde a los movimientos combinados y alternos de las parejas, con las diferentes actitudes del hombre y de la mujer. Se indican, en particular, como complemento de los pasos ya anotados, los movimientos del tronco, los brazos y las piernas. Y la forma de coordinar el curso de las vueltas para mantener el ritmo.

a) Ya se explicó que la mujer, al entrar en escena, mantiene el cuerpo erguido y lleva en su diestra las velas, mientras la siniestra mantiene en alto la falda—al nivel de la cintura— y la mueve hacia adelante y hacia atrás, al compás de la música. Al finalizar la primera vuelta, cuando la

mujer se encuentra con su pareja masculina, se suspende, el movimiento de la falda. Entonces los pies se juntan y avanzan, serenamente. Así, la mujer lleva el ritmo con todo el cuerpo; casi imperceptiblemente. De este modo continúa hasta el momento en que las parejas se encuentran y describen la primera vuelta, en tanto que el hombre insinúa pasar el brazo por la cintura de su pareja. A continuación, cada pareja da la vuelta, sin tocarse, para cerrar el círculo de la cumbia.

b) Para las vueltas, la mujer semiflexionadas piernas, inclina el tronco hacia adelante y con el brazo derecho, que mantiene las espermas en alto, trata de quemar la barbilla del compañero. Esto se hace con rapidez, ágilmente. Y el hombre, sorprendido, inclina el cuerpo hacia atrás, con igual rapidez, para esquivar la quemadura. Sin perder momento, el hombre vuelve a su posición normal, con los brazos levantados, como si quisiera abrazar a su pareja, a quien nunca toca.

c) En las vueltas corridas, la mujer también semiflexiona las piernas e inclina ligeramente el cuerpo, para salirle adelante al hombre. Ella Continúa siempre hacia adelante y cumple sin cesar la norma de velar por la conservación de la rueda de la cumbia.

d) El varón mantiene, dentro de la rueda de la cumbia, la primacía del libre movimiento: se agacha, gira sobre sus talones, describe círculos y coquetea; como 'Un gato, siempre anda al acecho de la hembra, reclama su sonrisa y, si la consigue, su cuerpo vibra bajo el influjo de la música, pues la mujer no es, en la intocable rueda de la cumbia, más que el incentivo que lo anima para compenetrarse con el ritmo.

Conclusión

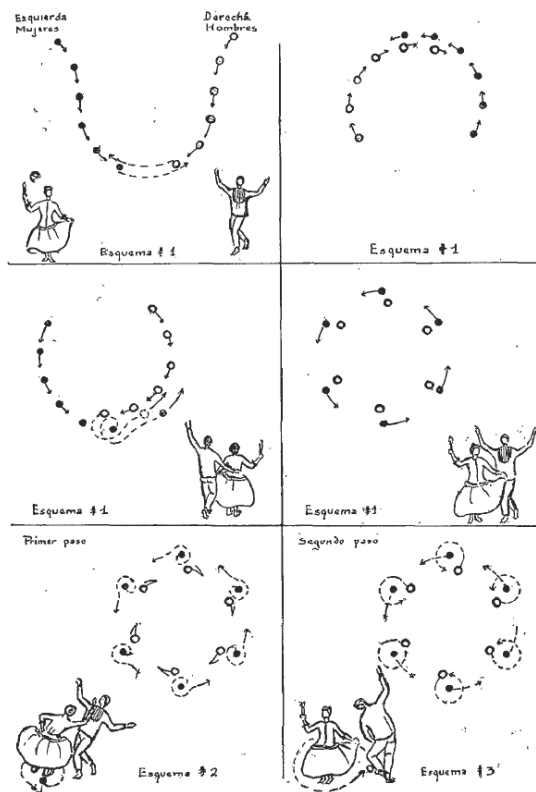
La cumbia: síntesis musical de la Nación colombiana

Tales son, en resumen —dentro de esta reseña histórica y coreográfica—, el origen, la evolución, las variantes, la extensión, el influjo, el estilo, las características especiales y los movimientos propios de la cumbia colombiana, típica y secular expresión de nuestro

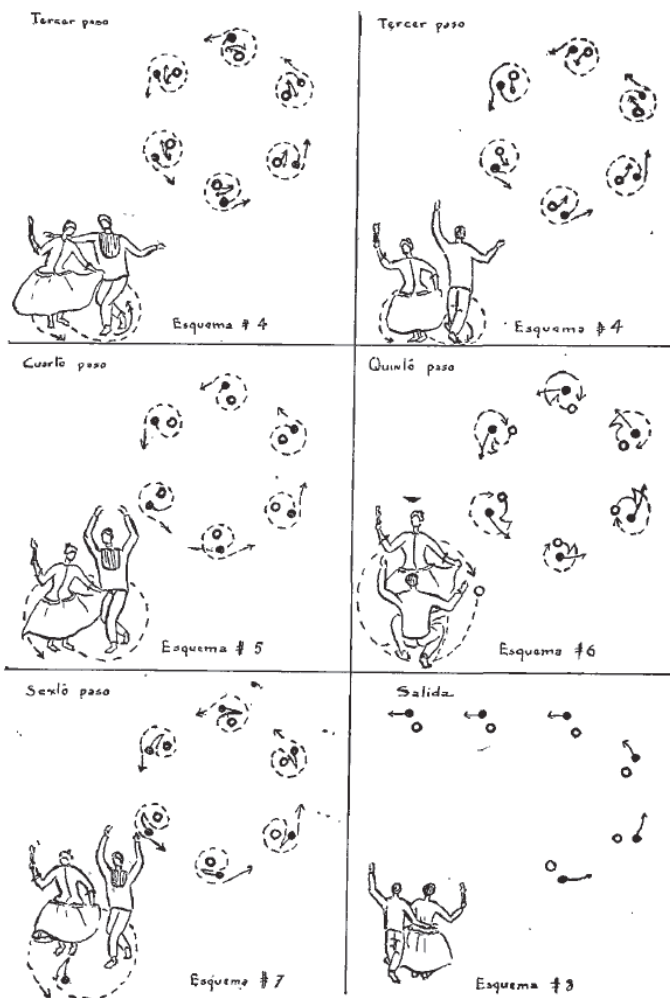
mestizaje. Un equipo o conjunto coreográfico en el que confluyen la rítmica-euforia del negro, la cadenciosa melancolía del indio y el donaire del español.

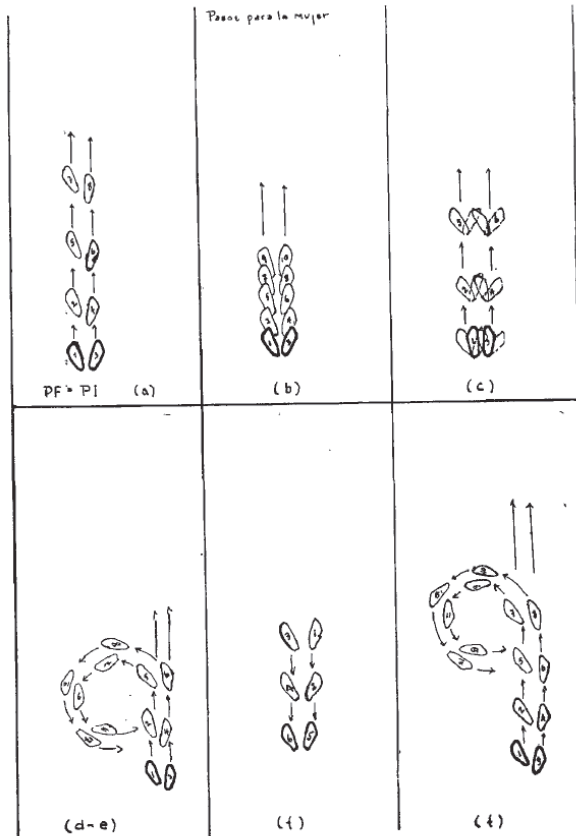
Es como una síntesis musical de nuestra nacionalidad.

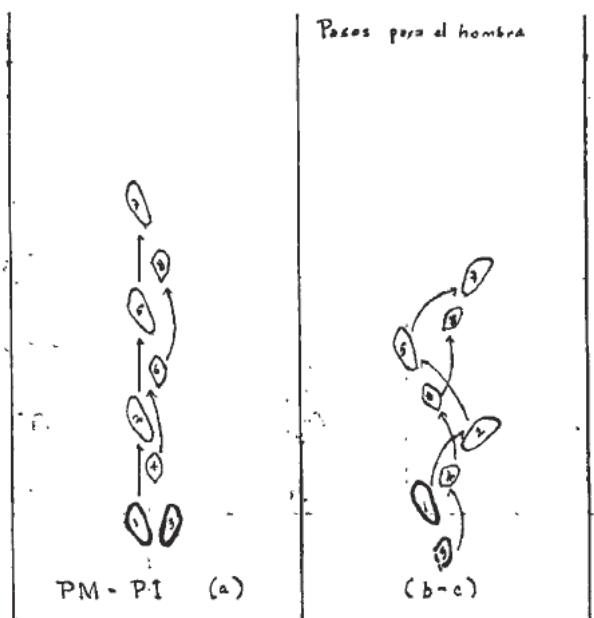
Y, por los vestidos, pero, sobre todo, por el hecho singular de que la mujer apenas simboliza un rítmico tabú, cualquier junta de censura la puede aceptar para menores...



ANTOLOGÍA DE ESCRITOS AFROCOLOMBIANOS







SOBRE LOS COMPILADORES



Carlos A. Valderrama

Universidad Icesi, Cali

Doctor y magíster en Sociología por la Universidad de Massachusetts, Amherst (Estados Unidos), con una especialización en Estudios Afrodiaspóricos y Latinos de la misma universidad. Trabajador social de la Universidad del Valle (Colombia). Investigador asociado al Centro de Estudios Afrodiaspóricos (CEAF) de la Universidad Icesi (Colombia).

José Antonio Caicedo Ortiz

Universidad del Cauca, Popayán

Magíster en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar (Ecuador) y sociólogo de la Universidad del Valle (Colombia). Profesor del Departamento de Estudios Interculturales de la Universidad del Cauca. Investigador del Centro de Memorias Étnicas. Coordinador de la Cátedra Afrocolombiana Rogerio Velásquez Murillo.

OTRAS PUBLICACIONES DEL GEUP



[2019]

Seis cuentos. Ganadores y finalistas del segundo concurso de cuento Andrés Caicedo

Varios autores

Cuentistas vallecaucanos. Antología

Varios autores

Compilador: José Zuleta Ortiz.

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (I)

Narradoras vallecaucanas. Antología

Varias autoras

Compilador: José Zuleta Ortiz.

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (II)

Mito, tradición oral, historia y literatura del Pacífico colombiano. Antología

Varios autores

Compilador: José Zuleta Ortiz.

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (III)

Poesía indígena de América. Antología

Varios autores

Compilador: José Zuleta Ortiz.

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (IV)

Adivina, fabula y canta. Literatura para niños

Varios autores

Compilador: José Zuleta Ortiz.

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (V)

Cóndores no entierran todos los días

Gustavo Álvarez Gardeazábal

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (VI)

Lectores

Jorge Idárraga

Colección: Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca (VII)

[2018]

8 cuentos. Ganadores y finalistas del primer concurso de cuento

Andrés Caicedo (segunda edición)

Varios autores

El Pacífico cuenta. Antología de jóvenes narradores del Pacífico colombiano

Varios autores

Compilador: Antonio García Ángel

Y sin embargo se mueve. Selección de columnas periodísticas de

Óscar Collazos publicadas en El Tiempo, 1993-2013

Óscar Collazos

Compiladores: Juan Camilo Sierra Restrepo, Laia Collazos y

Nuria Amat

[2017]

Reina de américa

Nuria Amat

Juan Rulfo. El arte del silencio

Nuria Amat



Uno no sabe
cuánto miente
hasta que le toca
hablar de su
vida...

Hazel
Robinson Abrahams

La propuesta de este libro es ofrecer al público experto y a la comunidad en general, algunos de los escritos más importantes de los y las afrocolombianas durante el siglo XX. La *Antología de Escritos Afrocolombianos* es una manera de conocer las visiones y perspectivas del mundo afro desde la voz de sus propios protagonistas. La recopilación de estos ensayos es una manera de ampliar la representación de los y las afrocolombianas, más allá de lo cultural folclórico o de otros ámbitos comúnmente asociados con estas poblaciones.

Nos interesa en esta propuesta vislumbrar la configuración de un campo intelectual y político a partir de un archivo escrito que hace parte de nuestra labor investigativa. Esperamos esta sea una oportunidad para conocer, debatir y reflexionar sobre una tradición poco visible en Colombia y que paulatinamente ha venido creciendo como otro lente de autorepresentación de lo afrocolombiano desde el campo de la escritura y las trayectorias intelectuales.

